EL COJO ILUSTRADO

Año XIII — 1º DE DICIEMBRE DE 1904 — Nº 311

PRECIO
SUSCRIPCIÓN MENSUAL .....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:
J. M. HERRERA IRIGOYEN
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL
DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA
NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

DANTE Y BEATRIZ. — Por C. Saccaggi

TRES POETAS FRANCESES (1)

—

Stéphane Mallarmé—Georges Rodenbach—Albert Samain

—

Deseo hablaros de tres poetas, que he amado profundamente, y cuya desaparición en plena juventud me ha llenado de tristeza. Tres grandes, tres exquisitos soñadores, tres artistas sumos del ritmo, cuya obra se purificará con el tiempo, agrandándose su nimbo de luz, á medida que los años corran sobre su tumba. Con los tres he mantenido una amistad espiritual, sin conocer personalmente á ninguno de ellos. Los tres me han honrado con sus obras, con sus cartas, con sus gentilezas, mil veces superiores á los méritos del poeta, joven y obscuro, nacido allá, en apartado rincón de América latina. Ellos acogieron mis pobres versos con esa altura de los que nada envidian, porque todo lo poseen en su magnánima generosidad, en su cultura exquisita, en su noble cordialidad. Déboles, entonces, el homenaje de mi cariñoso recuerdo y de mi humildísima ofrenda.

A STÉPHANE MALLARMÉ,—cuyos libros admirables había leído antes de venir á Europa,—no tuve tiempo de visitar en París, pues cuando me disponía á hacerlo, en septiembre de 1898, debí partir para mi país, en viaje de carácter urgente.

El día que me embarqué en Marsella, el 10 de septiembre de 1898, leí, con hondo pesar, la noticia de su muerte, acaecida después de rápida enfermedad. Pocos días antes había recibido en Ginebra una breve carta suya —admirable de intensidad en su laconismo,—acusando recibo de mi poema *La Selva de los Sueños*, que le dedicaba, y traducido en prosa rítmica al francés, enviándole el manuscrito á su retiro de Valvins, cerca de Fontainebleau, del cual había hecho «el sitio preferido de su soledad y de su ensueño».

Había ya recibido otras dos cartas suyas, después del envío de mis Poemas *Bajo-Relieves* y *Traducciones;*—autógrafos preciosos que conservaré siempre con alto y sincero orgullo, entre mis papeles venerados, junto con las cartas de Leconte de Lisle y de José María de Heredia, estos tres príncipes del verso en Francia.

Me había invitado á sus recibos literarios de la *rue de Rome*, que frecuentaban sus discípulos y sus admiradores, sobre los cuales han escrito tan bellas páginas Bernard Lazare, en su libro *Figuras contemporáneas;* Albert Mockel y Teodoro de Wisewa, el eminente crítico y colaborador de la *Revue de Deux Mondes*.

Entre los que frecuentaban sus recibos literarios de los martes, figuraban Ghil, Morice, de Régnier, Tailhade, Laforgue y todos aquellos espíritus selectos entre los jóvenes escritores contemporáneos. Algunos de ellos son célebres poetas ó críticos eminentes ó novelistas de primera línea, como Pierre Loüys, Henri de Régnier, de Wisewa, Huysmans, Manclair, ó pintores famosos como Manet, que ilustró sus poemas y como James Whistler, autor del retrato de MALLARMÉ, que figura en su libro de versos.

Era STÉPHANE MALLARMÉ—dicen los que frecuentaban sus recibos—entre los cuales, mi amigo el joven y notable escritor venezolano Pedro Emilio Coll, que colaboraba en el *Mercure de France*,—era MALLARMÉ el más exquisito *causeur*, el más delicado artista, el más encantador anfitrión; se concibe así el influjo poderoso que su personalidad ejercía sobre el grupo de jóvenes intelectuales que lo rodeaba, y le llamaba franca y sinceramente su Maestro.

Pero este artista superior tenía el orgullo de su arte, como un nuevo Leonardo de Vinci. Se aislaba del aplauso fácil y banal, se eliminaba de la turba, no por falsa vanidad, sino por una alta y severa conciencia de su culto poético, por un pudor único, que ya había sentido el divino Leonardo, cuando hizo su divisa: *e se tu sarai solo, tu sarai tutto tuo.*

Se explica, entonces, que fuera desconocido de la multitud; burlado por muchos necios; combatido por muchas pequeñas envidias comunes y bajas. A los espíritus de alta estirpe les acontece así.

De una profunda erudición, conocía á fondo la lengua francesa, y muchos de sus giros y modos de construir la frase parecen extraídos de la rica lengua que hablaron y escribieron los Ronsard, los Villon y los Petrus Borell.

Poseía el idioma inglés tan sólidamente como su propio idioma, y fué profesor de literatura inglesa durante muchos años, en varios colegios de Francia, sobre todo en Avignon, donde su amistad fué íntima con los poetas provenzales, con Mistral, Aubanel y Roumanille, los tres ruiseñores de la dulce Provenza. Fué el primero que hizo conocer los poemas de Edgar Poe, traduciéndolos directamente, completando así la evolución iniciada por Beaudelaire, que interpretó de modo admirable, los cuentos del gran Poeta y psicólogo de *Ulalume*, de *Ligeia*, del *Cuervo* y de *Berenice*.

Elegido «Príncipe de los Poetas», á la muerte del magnífico Leconte de Lisle, supo este hombre admirable, mantener el verdadero cetro intelectual sobre un grupo selecto de jóvenes y descollantes inteligencias. Entre tanto, su nombre era completamente ignorado en América latina, y si alguna vez se le citó con motivo de polémicas de orden literario, fué para acusar una tristísima ignorancia de su obra, y para emitir sobre él, como sobre Verlaine ó sobre Ibsen, una de esas arriesgadas y monstruosas debitaciones de críticos apasionados ó malévolamente ignorantes; para crucificarle, y para probar que los que manejan en Hispano-América el garrote de la crítica, ignoran por completo las evoluciones de la poesía contemporánea, ó están fosilizados y estratificados cerebralmente en una rutina de dos mil años.....

Ankilosis de la Psique.....

Pero, á estos críticos terribles, especies de ogros malignos de la literatura, entre nosotros, que creen que la poesía está estancada desde Horacio,—podríamos oponer el triunfo lento y seguro de Ibsen, de Poe, de Verlaine, y hasta podremos, tal vez, predecir el busto de mármol ó de bronce de STÉPHANE MALLARMÉ, levantado en el Parque Monceau ó en los jardines del Luxemburgo... ¿No se levantó así, en el cementerio de Boston, la tumba de Edgar Poe,—después de una larga noche de olvido y de injusticia?...

El juicio humano es lento, tortuoso, difícil, mezquino é ingrato. A unos, ofrece una corona de espinas; á otros, una esponja de hiel... Pero llega una hora de suprema ecuanimidad; una luz desconocida y como milagrosa, ilumina el fondo de las conciencias; caen los muros de las viejas rutinas refractarias—y sobre las tumbas polvorientas y olvidadas, crecen laureles misteriosos, que no se sabe quien ha sembrado—y se alzan los nombres de los artistas, de los Poetas, de los pensadores olvidados ó escarnecidos, entre un luminoso nimbo de gloria, que vale por una resurrección!...

Pero, ¿qué extraño que no se conociera en América al artista supremo, á MALLARMÉ, cuando en Francia mismo, era casi ignorado? Jules Lemaître, por una de esas bizarrerías de su fino talento, tuvo un día el capricho de *puntuar* un soneto de MALLARMÉ,—aquel famoso soneto que sin duda conocéis: *La Tumba de Edgar Poe:*

Tel qu'en Lui-même enfin l'éternité le change,
Le Poète suscite avec un glaive nu
Son siècle épouvanté de n'avoir pas connu
Que la mort triomphait dans cette voix étrange!
Eux comme un vil sursaut d'hydre oyant jadis l'ange!
Donner un sens plus pur aux mots de la tribu
Proclamèrent très haut le sortilège bu
Dans le flot sans honneur de quelque noir mélange.
Du sol et de la nue hostiles, ô grief!
Si notre idée avec ne sculpte un bas-relief
Dont la tombe de Poe éblouissante s'orne.
Calme bloc ici-bas chu d'un désastre obscur
Que ce granit du moins montre à jamais sa borne
Aux noirs vol du Blasphème épars dans le futur.

Y bastó este rasgo de espiritualidad de Lemaître, para que la *turba multa* de los críticos de gacetilla, de los arambelosos de la inteligencia y de la espiritualidad dieran en exclamar: MALLARMÉ es ininteligible! Estos decadentes, que todo lo quieren transformar, hasta la sintaxis!»

Pero fue más imperdonable todavía,—pues lo de Lemaître era una *pochade*—que un miembro de Academia, hombre de talento—repitiera en alguna conferencia lo de lo *ininteligible* y *obscuro*.

Mas ya sabemos, por experiencia, que las academias no son infalibles, y que todos sus miembros no son *inmortales*, sino por una gentileza del vocablo.

Nada define tan admirablemente la poesía del Maestro, como estas frases de un bellísimo estudio de Remy de Gourmont:

«Hay en el Louvre, en medio de una colección ridícula, por casualidad una maravilla, una Adrómeda, marfil de Cellini. Es una mujer horrorizada, toda su carne temblorosa por el espanto de sus ligaduras: ¿adonde huir?—y es así la poesía de STÉPHANE MALLARMÉ..... Emblema que conviene aún, porque, como el poeta, no hizo más que copas, vasos, cofrecillos y estatuetas. No es colosal, pero es perfecto. Su poesía no representa un gran tesoro humano instalado ante la multitud sorprendida; ella no expresa ideas comunes y fuertes, que galvanizan fácilmente la atención popular adormecida por el trabajo; ella es personal, replegada como esas flores que temen el sol; no exhala su perfume sino por las tardes; no entreabre su pensamiento sino en la intimidad de un pensamiento cordial y seguro. Su pudor demasiado feroz se cubre de múltiples velos, en verdad; pero hay mucha delicadeza en este cuidado de huir las miradas y las manos de la popularidad. Huir, adonde huir? MALLARMÉ se refugia en la obscuridad como en un claustro; coloca el muro de una celda entre él y el entendimiento del vecino; quiere vivir solo con su orgullo. Pero era este el MALLARMÉ de los últimos años, cuando rozado, mas no descorazonado se sintió invadido por el disgusto de las vanas frases, que otrora había tocado á Juan Racine; cuando él se creó, para su propio uso, una nueva sintaxis, cuando empleó palabras con significados nuevos y secretos. STÉPHANE MALLARMÉ ha escrito mucho, relativamente, y la mayor parte de su obra no adolece de obscuridad..... Existen pocos escritores obscuros en francés; así es que nos acostumbramos, cobardemente, á no buscar sino las fáciles y primarias escrituras. Y, sin embargo, es raro que los libros ciegamente claros valgan la pena de ser releídos..... La literatura que satisface en seguida á la generalidad de los hombres, es necesariamente nula..... La obra de MALLARMÉ es el más maravilloso pretexto para *soñar*, que haya sido hasta ahora ofrecido á hombres fatigados de tantas afirmaciones pesadas é inútiles: una poesía llena de dudas, de tonos cambiantes y de perfumes ambiguos, es quizá la única que podría agradarnos; y si la palabra *decadencia* resumiera verdaderamente todos estos encantos de otoño y de crepúsculo, debiera acogérsela y hacer con ella una de las llaves de la viola; pero él ha muerto; el maestro ha muerto; la *pénultième* ha muerto».

Después de este admirable intérprete, de tan fino espíritu de análisis, todo queda explicado—y la *Isis* velada, misteriosa y hermética, no es tal sino para el ojo del profano. Hay siempre algo más allá de las palabras; el

(1) Este capítulo forma parte de un futuro *Ensayo* sobre los poetas más altos de la Francia contemporánea.

FLORA HACE DESCARRILAR UN TREN RAPIDO. — Cuadro de P. A. Brunet-Houard

verso tiene profundidades y penumbras que es necesario descifrar. El que me sugiere más ideas, el que despierta en mi *psiquis* más honda y misteriosa emoción, es para mí el más perfecto artista.

¿Recordáis esa poesía diáfana, armoniosa, sugestiva del Maestro, *Apparition*? El verso es insuperable de delicadeza y de gracia. El cuadro luminoso de la tarde, rápida y fugitiva; deslumbramiento de la amada, que aparece con los cabellos nimbados de sol..... La armonía es como suspiro de violoncello:

La lune s'attristait. Des séraphins en pleurs
Rêvant, l'orchet aux doigts dans le calme des fleurs
Vaporeuses, tiraient de mourantes violes
De blancs sanglots glissant sur l'azur des corolles.
—C'était le jour béni de ton premier baiser.
Ma songerie aimant à me martyriser
S'énivrait savamment du parfum de tristesse
Que même sans regret et sans deboire laisse
La cueillaison d'un Rêve au cœur qui l'a cueilli.
J'errais donc, l'œil rivé sur le pavé vieilli
Quand avec du soleil aux cheveux, dans la rue
Et dans le soir, tu m'es au riant apparue
Et j'ai cru voir la fée au chapeau de clarté
Qui jadis sur mes beaux sommeils d'enfant gâté
Passait laissant toujours de ses mains mal fermées
Neiger de blancs bouquets d'étoiles parfumées».

Traducir á MALLARMÉ es obra arriesgada; su verso tiene ondulaciones de seda, cambiantes de ópalo, dulzuras de viola, misteriosas profundidades.....

Respetando en lo posible la contextura del poema, tan delicado y tan sutil, guardando en la versión castellana peculiaridades de forma y de espíritu, hé aquí la mía, que sólo puede dar una impresión aproximada del original:

APARICIÓN

La luna se entristecía. Serafines soñadores
Llorando, el arco en los dedos, en la calma de las flores
Tenues iban desprendiendo de las moribundas violas
Sollozos que deslizábanse por las azures corolas.....
—Era el día bendecido de tu primera caricia.
Mi soñar, martirizándome, se embriagaba con delicia,
Se embriagaba sabiamente del aroma de tristeza
Que un ensueño deja siempre, sin dolores ni aspereza,
En el corazón de todo aquel que lo ha poseído.
Yo vagaba, pues, por el pavimento envejecido
Cuando en la calle, á la tarde, con el sol en tu cabello
Sonriendo me apareciste nimbada por su destello.
Y yo creí ver el hada del sombrero luminoso
Que allá en mis sueños lejanos, sueños de niño dichoso,
Pasaba, dejando siempre de sus manos mal cerradas,
Nevar blancos ramilletes de estrellitas perfumadas.....

Y aquellas estrofas de *Les Fenêtres*:

Voit des galères d'or, belles comme des cygnes,
Sur un fleuve de pourpre et de parfums dormir
En berçant l'éclair fauve et riche de leurs lignes
Dans un grand nonchaloir chargé de souvenir!

Je me mire et me vois ange! et je meurs et j'aime,
—Que la vitre soit l'art, soit la mysticité—
A renaitre portant mon rêve en diadème,
Au ciel antérieur où fleurit la Beauté!

¿Quién podría asegurar, de buena fe, que esos versos son incomprensibles; quién podría desconocer la aristocracia de esa forma exquisita, la limpidez de esas imágenes, la proyección de esas ideas?.....

O bien en *Brisa Marina*, aquel grito tan hondo, tan humano; que ha vertido tan noblemente al castellano el poeta Guillermo Valencia:

«La chair est triste, hélas! et j'ai lu tous les livres,
Fuir! là-bas fuir! Je sens que des oiseaux sont ivres
D'être parmi l'écume inconnue et les cieux!».....

En el propósito de publicar algo de MALLARMÉ, en un futuro volumen de traducciones castellanas, admirando el *Après midi d'un Faune*, pregunté al maestro si quería permitirme tal audacia. Le enviaba al mismo tiempo mi libro *Traducciones*. Y hé aquí su respuesta, que conservo entre mis autógrafos predilectos:

Valvins, près Fontainebleau, Novembre 1897.

Mon cher poète,

Je sais ce que c'est traduire, encore que je n'osais le faire en vers, ce qui semble, pourtant, l'unique condition; aussi pensez-vous que je m'émerveille à vous entendre, dans *Traducciones*, inaugurer un ton presque avec chaque poète à qui va votre culte; et précisément le sien!..... Je devine, au moins, cela; moi qui ne sais pas l'espagnol et défaille devant le sens de vos mots quelquefois: mais leur musique ne me trompe pas, aidée du souvenir de l'original. Il va sans dire que vous pouvez puiser à votre gré, ultérieurement, dans mes vers, en cas que vous me réserviez ce grand honneur.

Votre

STÉPHANE MALLARMÉ.

Y el que firmaba estas líneas, tan nobles, tan generosas, era el insuperable traductor de Poe, el Príncipe de los Poetas franceses, después de la muerte de Leconte de Lisle..... *Primus inter pares!* Esa sincera modestia, en un espíritu de su temple, en un carácter tan altivo y desdeñoso del aplauso común, no es acaso la característica más bella de su alma pura, serena, tranquila y fuerte?

Se comprende el inmenso dolor que su muerte súbita produjera en el ánimo de sus discípulos, de sus admiradores, de la *élite* intelectual que frecuentaba su salón. Cuánta digna y hermosa página se ha escrito sobre él, por Vielé Griffin, por Víctor y Paul Marguerite, por Henry de Régnier, por Pierre Loüys, por Camille Manclair, por Wisewa, por todos los que descuellan en el extraordinario movimiento del Arte y la Literatura en Francia.

De labios del ilustre maestro de *Les Trophées*, del grande y querido José María de Heredia, escuché nobilísimas frases, altos conceptos, afectuosos recuerdos dedicados al poeta de *Hérodiade* y de *L'après-midi d'un Faune*.

Una edición magnífica de este último poema, con una estrofa original de MALLARMÉ, estaba entre los papeles predilectos del Maestro, entre los autógrafos de Leconte de Lisle, de Théofilo Gautier, de Beaudelaire y de Bauville.

Me refirió los rasgos de espiritualidad, del exquisito conversador, del fino gentilhombre que había en MALLARMÉ. Y al hablar del colega muerto, el gran poeta descendiente de los conquistadores, tuvo palabras que denotaban su noble estirpe espiritual y la alta ecuanimidad de sus juicios literarios.

Si Flaubert hubiera conocido á MALLARMÉ, lo hubiera clasificado, como á Leconte de Lisle: *un pur*.

Es decir, un puro, un ferviente del arte por el arte, un amoroso de la forma por ella misma, superiormente desprendido de todo lo que no constituye placer estético, en fin, un iniciado, un hierofante, un sacerdote de un culto espiritual y refinado, no accesible á todos, sino á un público de letrados, que se separa francamente de la masa. Tal literatura no ganará nunca los sufragios del gran número; y ocurrirá con ella, lo que con las *Afinidades Electivas* de Goethe, que no serán comprendidas y apreciadas, sino por un grupo reducido y selecto de espíritus. Arte demasiado sutil, para ser popular.

En agosto de 1898 envié al querido maestro Stéphane Mallarmé, un poema, á él dedicado, con el título «La Selva de los Sueños,» cuya traducción literal, en prosa rítmica francesa, le acompañaba.

La primera estrofa de ese poema, dice así:

«Dans un vague contour de Rêve, à la pénombre
Crepusculaire, que par endroits, l'horizon éclaire,
Telle, par les nuits du fauve mois de Juin, la pleine
Lune, ressuciter des fantômes de brouillard accoutume,
Une forme blanche passa, si frêle et si belle,
Comme une vierge d'une étoile enamourée!
Une forme blanche passa, d'une paleur de nard.
Arome mystérieux que ma mémoire garde!
Une forme blanche passa, entourée de clartés lunaires,
Et sa parole magique fit sur moi comme un
Diadème de soupirs.....La résonance légère
Caressa mon esprit comme une fleur de neige,
Caressa mon esprit comme l'aile vaporeuse
D'un archange assoupi, sous la lumière douteuse.
Elle entra sons un bois de tilleuls millenaires.....
Les nénuphars tendaient leurs minces lucensoirs;
De courbes luxurieuses entourant les chênes,
Grimpaient, comme de bleus serpents, les glycines;
Les lys, rêveurs et chastes Parsifals,
Pleuraient la nostalgie des gothiques missels,
Et, sur leur tige, se dressaient, subtils comme des Idées,
Les jones cinglants, les graciles nimphéas,
Les amaranthes tristes à la tendre couleur lilas,—
Si douce qu'elle endort, qu'elle enivre la pupille—
Et près des anémones, les mornes asphodèles,
Vêtues de la tunique solennelle de leur deuil».....

El maestro respondió con estas líneas gentiles, que guardo preciosamente entre mis papeles electos. Fué, quizás, ésta, una de las últimas cartas que escribiera antes de morir el poeta de *«Hérodiade»*; pues, como todos saben, expiró en los primeros días de septiembre, en su casita de campo, tras una rápida enfermedad.

Dice su carta:

«Valvins près Foutainebleau
17 Août 1898

Mon cher Poète.

Je vous remercie, avec cordialité et émerveillement, du don particulier que vous me faites de ce beau poème si impregné de Poe et de votre songerie propre solennelle, fluide et mystérieuse, *La Forêt des Rêves*.

J'ai circulé entre vos vers; y pénétrant, comme en un profond massif enchanté.

Toute ma gratitude, aussi, que l'envoi de votre portrait me permets de vous presser la main, moins à tâtons ou à travers le seul rêve.»

A vous

STÉPHANE MALLARMÉ.»

GEORGES RODENBACH

Había nacido en Tournay, y educado en Bruges, donde recibió esas primeras impresiones, que determinan la orientación de un alma, y la polarizan. En él, la influencia del medio ambiente, preconizada por Taine, es indiscutible. Su pensamiento debió sentir el influjo de esta ciudad antigua, llena de iglesias y de conventos, de canales lentos, donde se reflejan las fachadas melancólicas, y los árboles cuyo follaje parece estremecerse á los vientos del norte. Su poesía, puramente contemplativa y reflexiva, es la proyección moral de ciudad que el poeta habitó en su primera juventud.

De GEORGES RODENBACH, caído en plena juventud, á los 43 años de vida, cuando empezaba á ascender los difíciles peldaños que llevan á la Gloria y al Triunfo,—de este dulce, suave y querido poeta, me ha quedado en el espíritu esa impresión melancólica y vaga que deja la contemplación de los crepúsculos de otoño,—cuando empiezan á rodar las primeras hojas amarillentas del bosque, que crujen con un gemido sordo bajo nuestros pies.....

No encuentro otra imagen para caracterizar mi sensación espiritual, mi simpatía por el artista delicado y sutil que había en el Poeta del *Reino del Silencio*, y en el narrador de *Bruges-la-Morte*.....Alguna vez, bajo la impresión inmediata de su desaparición, tracé en rápidas líneas, más que un juicio crítico del artista y de su obra,—tan rica y tan personal,—algo como una elegía en prosa, que depositaba mi admiración afectuosa sobre su temprano sepulcro.

Para leer á RODENBACH, para *sentirle*, es preciso abandonar todo prejuicio literario, toda tiranía de secta ó de escuela. Es tan complejo en su uniformidad este poeta—tan *femenino* y tan cambiante, y tan tenue, tan tenue, que cuando creéis comprenderlo, se os escurre entre los dedos, como el azogue, como un pájaro, ó como una salamandra.

No había cumplido 42 años, cuando la muerte lo arrebataba á los suyos, á la Poesía y á la Gloria.

De origen belga, adquirió por derecho de conquista, la nacionalidad intelectual de Francia—y en París, en ese centro de la cultura humana, su talento llegó á ser designado por Edouard de Goncourt para formar parte de su academia.

Nadie ha pintado como este poeta el silencio, la serenidad apacible de la vida en las ciudades flamencas—y sobre todo en ese *Bruges-la-Morte*, que le ha inspirado uno de sus más bellos libros y sus más delicadas estrofas.

Había yo también simpatizado con este bello espíritu,—y dedicádole, con sincera admiración, uno de mis poemas. El tuvo la gentileza de aceptarlo en frases armoniosas, nobles y puras. En su carta, escrita en caracteres pequeños y originales, me decía:

Mille remerciements pour l'amabilité de la dédicace et félicitations pour la beauté de cette traduction, pleine de rithme et de couleur—en attendant le grand plaisir de lire *Les Palais Illusoires* au: beau titre.

Votre

GEORGES RODENBACH.

Flota sobre los versos de este poeta sutil una suave niebla de tristeza, un sello de vaga melancolía, como el doliente colorido que imprime el beso del otoño á las cosas de la naturaleza. El sonido lento y acompasado y monótono de las campanas de los conventos, en la hora del *Angelus*; los desfiles de las procesiones de Viernes Santo, en las viejas ciudades monacales; el paso rápido de las monjas y de las *béguines* en su *Bruges* crepuscular: todo eso se siente, se ve, se escucha y se adivina, en los versos de sus poemas, *Les Vies encloses* y *Le Règne du Silence*, libro admirable este último, que no me fatigo de leer.....

Cuando llegó la noticia de su muerte, envié al *Mercure de France* este soneto, escrito en la lengua que tan admirablemente había cincelado el poeta, ay! para siempre desaparecido:

GEORGES RODENBACH

Il avait la frileuse et pleurante harmonie
Cachée au fond des êtres, occulte au fond des choses;
Dans son âme flottaient les arômes des Roses,
Des Roses-thé, rêvant en sa lente agonie.

Et, comme un son lointain des flûtes, sa poésie
Venait nous caresser de ses rithmes moroses:
Diadème de soupirs sur des lèvres écloses,
Rare parfum d'Orient qui dans l'air se délie.....

La Lune, toute en pleurs, douce et pâle Juliette,
De ses regards dolents cherchera son Poète
Par les sombres canaux, où l'eau triste s'endort:

Mais, en vain!..et voyant qu'on n'entend plus ses signes,
Et que naviguent en silence tous les Cignes,
Comme un grand Lys, s'effeuillera sur le cher Mort!

(Este soneto tuvo la rara fortuna de agradar á algunos poetas franceses, amigos de RODENBACH—y de merecer una amable misiva de Alfred Vallett, director del *Mercure de France*. Más tarde fué traducido fielmente al castellano por el joven poeta Carlos Ortiz, que se iniciaba en las letras con un bello volumen de poesías: *Rosas del Crepúsculo*, haz delicado de flores vesperales).

Un último libro del poeta de *Bruges-la-Morte* acaba de aparecer. bajo la cariñosa selección de sus admiradores: *L'Elite*, finos y penetrantes estudios críticos, retratos de escritores y de artistas, que el autor conoció personalmente, ó á través de sus obras.

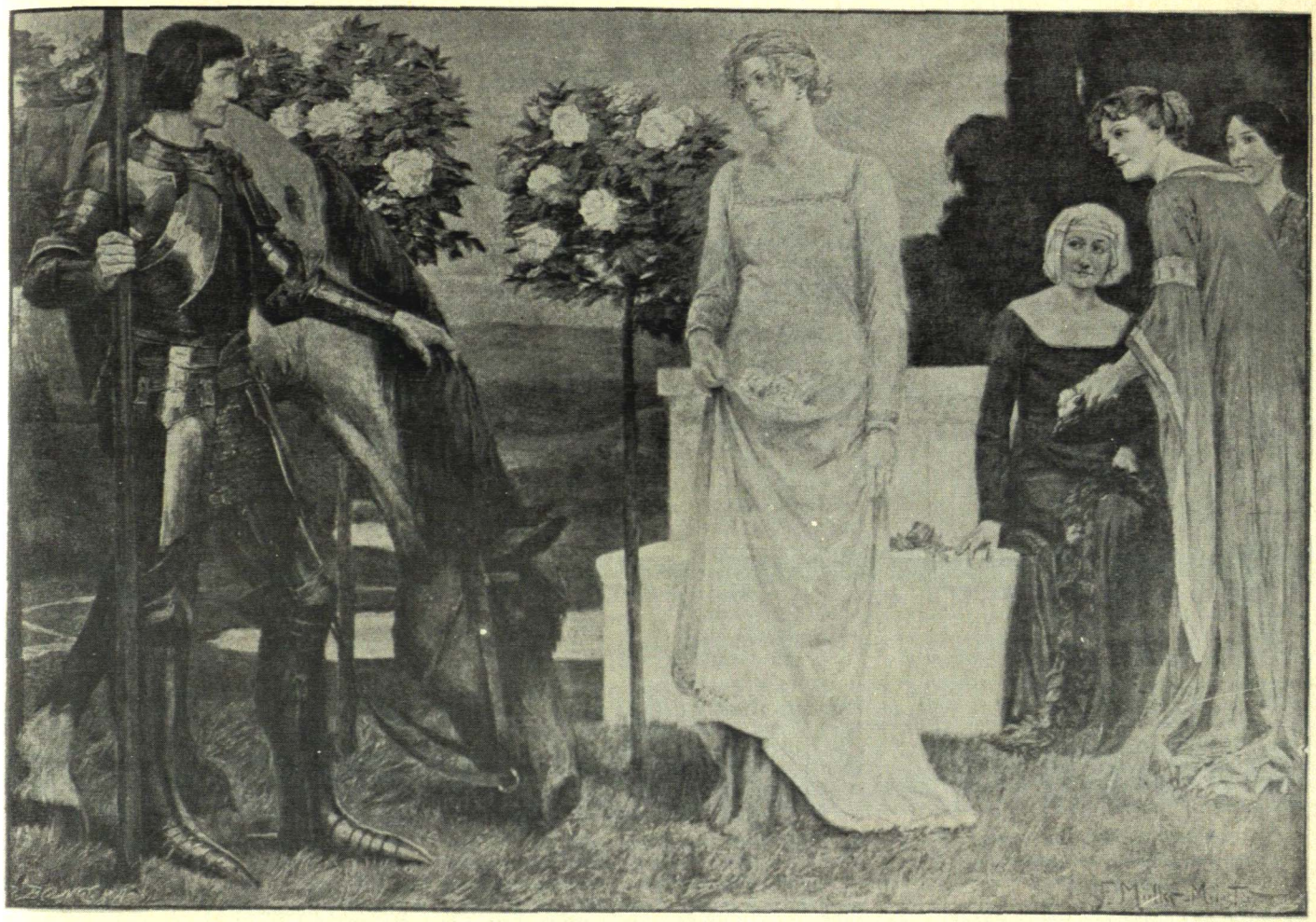
Son notables, por la precisión de las líneas, por la nobleza del estilo, por la penetración psicológica, aquellos que estudian á Mallarmé, á Verlaine y al pintor-escritor James Whistler, tan famoso por el retrato de la madre, que está en el Museo del Luxemburgo—y que colocó repentinamente á Whistler al nivel de los más grandes *portretistas*, (perdón, por el galicismo!) del siglo actual.

Este gran pintor, americano del norte, era, al mismo tiempo, un brillante y ágil polemista. Se recuerdan siempre, y se leen con gusto, sus escritos sobre estética y sus ruidosas querellas sobre crítica de Arte, con los pintores ingleses de la Escuela Prerrafaelita, discípulos y sucesores de Burne Jones y de Dante Rossetti.

Los jóvenes escritores belgas, y los grandes escritores de la patria de RODENBACH, levantarán en breve, á la memoria dulce y suave del cantor de *Bruges-la-Morte*, un monumento que recuerde la noble fisonomía á las generaciones del porvenir.

He aquí cómo canta el poeta á la vieja ciudad: (traduzco literalmente):

«Pequeña ciudad extinguida y de otros tiempos, que
«Conserva un no se qué, de virgen y de lánguida
«Y parece dormir en tanto se la amortaja;



ROMANZA. — Cuadro de Fr. Müller-Münster

«Pues ved ahora que, para embalsamar su muerte,
«Los canales semejantes á telas caladas
«De las que los puntos de oro del gas han hilvanado el borde,
«Y en tenue tejido de las flotantes humaredas
«Se enroscan forjando pequeñas bandas de agua
«Y de bruma, en torno de la pálida adormecida
«—Tal el cadáver envuelto en mallas, de una momia—
«Y la luna, agrega á su frente, una cinta de luz».....

Algunos han criticado esta cualidad de sutilizar al infinito, girando alrededor de los mismos fenómenos físicos ó morales. Pero, este fenómeno, es en él una especie *d'envoûtement*, de hechizamiento, de absorción lenta y continua, que él nos cuenta en su primer novela *L'art en Exil*, en el que describe en tonos sombríos, la mortal tristeza de un poeta confinado en un destierro de provincia. Su ritmo peca, á veces, de monotonía ; en su orquesta no suenan los grandes cobres ; apenas si los violines, las violas, las arpas, dejan escapar sus rumores como velados, á la *sordina*.

Así, la intensa poesía, que se desprende de sus versos—á veces aparentemente obscuros—es como una aroma sutil de viejas flores encerradas largo tiempo, entre las hojas de un libro, ó en el fondo de un cofre que guarda reliquias de amores difuntos.....

*

Albert Samain

Tócame, ahora, hablaros de Albert Samain, el dulce poeta del *Jardin de l'Infante*, y de *Au flancs du Vase*, que acaba de tender la vela de su nave al *más allá* misterioso ; hacia la sombría Isla de la Muerte, que el pincel formidable de Boeklin ha sabido fijar en el lienzo trágico.

Henry de Régnier, decía, en frase exquisita y profunda, que «la Musa de Samain agitaba una espada brillante en una mano, y una rosa sangrienta en la otra». El símil es admirable—porque hay estas dos cosas en la poesía de Samain : flores de embriagante perfume, y trágicos resplandores de incendio y de muerte. No es tan solo el dulce cantor crepuscular, que algunos han creído ver en él—por más que la música inimitable del verso verleniano tenga en él un intérprete casi insuperable.

Cuando pienso en Samain, en su destino, en su breve vida, recuerdo aquellos dos versos del pobre y exquisito Verlaine :

«Vieux chevalier masqué, qui chevanche en silence,
La douleur, en passant, me frappa de sa lance» .....

No había seguramente en él el orgullo cuasi olímpico de Vigny. Como observa algún crítico, no se encerraba este poeta, por exceso de vanidad ó de indomable fiereza, en su Torre de marfil ; sino en un refugio menos orgulloso y más dulce, para una alma que escucha su canto interior, y se deja mecer por sus propias melodías. Y este canto interior, estas melodías, eran precisamente las que podían agradar á un público que había llegado á repugnar las *platitudes*, la nada ideológica y artística en que había caído el realismo. Samain puede, así, considerarse un poeta de transición, pues su arte presagiaba un despertamiento, anunciaba una evolución hacia cosas más delicadas, hacia paisajes de más dulce colorido. Era, por decir así, una línea de unión entre el arte de ayer y el de mañana. Su forma, tan flexible, es en general, la de los jóvenes poetas de su generación. Podría considerársele un *parnasiano*, por su respeto á la disciplina de los maestros, si el influjo de Verlaine, en la música ondulante del verso, no se hiciera, á veces, sentir en sus poemas. Pero, este respeto á la disciplina parnasiana, Samain lo tomó en la medida que debía, sin renunciar á la modalidad personal—y sin dejar de comprender que toda pauta es un medio y no un fin.

Los últimos versos *Aux flancs du Vase*, muestran la influencia de Andrés Chénier. Esa mirada hacia el pasado—el *ritorniamo all'antico*, que dice D'Annunzio ; la elección de los asuntos, la tendencia al neo-hellenismo, es la misma que se observa en algunos otros poetas de la nueva generación ; Hérold, de Régnier, Vielé, Griffin y algunos otros, que hoy culminan y son ya alguien en las letras de Francia.

Lo que agrada en Samain es la suprema distinción, la exquisita aristocracia de su Musa. Parece su alma delicada, *distante*, llevar, como una Princesa, la diadema de perlas de Ormuz sobre la frente.

Basta leer algunos de sus versos :

Mon âme est une infante en robe de parade,
.....
Les portraits de Van Dyck aux beaux doigts longs et purs.
Pâles, en velours noirs, sur l'or vieilli des murs,
En leurs grands airs défunts la font rêver d'empire.

Les vieux mirages d'or ont dissipé son deuil
Et dans les visions où son ennui s'échappe,
Soudain—gloire ou soleil—un rayon qui la frappe
Allume en elle tous les sufis de l'orgueil.

Mais d'un sourire triste, elle apaise ses fièvres ;
Et redoutant la foule aux tumultes de fer,
Elle écoute la vie—au loin—comme une mer.....
Et le secret se fait plus profond sur ses lèvres.

Así habla el poeta, en la pieza liminar de su primer volumen: *Au jardin de l'Infante.* La nobleza de su alma y su melancolía, allí se transparentan. La existencia fue harto dura á este artista, y su fin no lejano, los breves días que le quedaban por pasar aquí abajo, no podían menos que amargar su poesía, poniendo sobre ella así como un tinte vago de tristeza resignada, doliente.

No faltaron en su hogar modesto, las flores de la amistad, que manos generosas esparcieron hasta sus últimos días. Pero él amó la soledad, el silencio, el trabajo ignorado, y cinceló sus versos dulcemente, y lentamente, acariciado por la mirada santa de su madre—y los ojos tristes puestos en un horizonte lejano, lejano de misterio, de gloria y de Ensueño.....

Rodéanle de simpatías afectuosas, los maestros, José María de Heredia, Sully Prudhomme; los mismos que habían animado al poeta en sus primeros ensayos; y luego, los de su grupo intelectual, de Régnier, Griffin, Rivoire, Guerin, Gregle.

Pero, el artista no abría de par en par las puertas de su corazón, sino á aquellos que le eran caros por el vínculo espiritual, el más noble, el más puro, el más alto de los vínculos.

Hubo un momento en que pudo creerse feliz—dentro de los límites restringidos de toda felicidad aquí abajo—y fue cuando la Academia Francesa coronó su bello libro de poemas *Au jardin de l'Infante.* La notoriedad llegábale, agitando verdes palmas de triunfo; la crítica aplaudió al autor, casi desconocido el día antes, y en el mundo vertiginoso de París, sonaron para SAMAIN, en un día bello de su vida, los clarines de oro de los conquistadores...

Pero, aun en medio del aplauso, su alma se repliega sobre sí misma, temerosa de mostrarse demasiado, inquieta en medio de la alegría de un minuto.

Mon cœur tremblant des lendemains,
Est comme un oiseau dans tes mains
Qui s'effarouche et frissonne.

Il est si timide qu'il faut
Ne lui parler que pas trop haut
Pour que sans crainte il s'abandonne.....

....

Si este delicado artista no dió todas las mieses de oro que hubiera podido esperarse de su fino talento, hay que reconocer que lega al porvenir una noble memoria, y una obra poética exquisita, si no de vastas proyecciones. Y si la Gloria no pudo ceñirle su gajo inmarcesible y eterno,—que bien pocos alcanzan,—á él le fue dado el destino envidiable de encantar las almas tiernas, dolientes y melancólicas, esparciendo sobre ellas como un óleo peregrino y suave de perfumes y de armonías.....

LEOPOLDO DIAZ.

Ginebra 1903.

EN EL CAMPO

Á LUIS RONCAJOLO

Besos del aura en la gentil floresta,
en la cascada plácidos rumores,
de alados y risueños trovadores
en el ramaje melodiosa orquesta.

Música de ventura en la modesta
choza de los humildes labradores,
en los nidales música de amores,
gloria en los cielos! en el campo fiesta!

Prendido al cuello el vellocino de oro
la núbil, la fecunda primavera
del seno exprime el germinal tesoro;

Y agreste musa, pródiga derrama,
por el bosque, la fuente y la pradera,
las harmonías de la eterna gama.

A. ACOSTA MEDINA.

Maracaibo: 1904.

IMAGEN AGRESTE

Recuerdo con insólito goce la ruda aspereza de una canción bárbara que oí, en una tarde remota, en el patio de una choza india, perdida en el corazón de una montaña.

La cantó con palabras coloridas y ademanes raros, una pequeña salvaje adolescente, hembra fresca y sana, olorosa á mieles y rosas silvestres. Vestía una clara camisa rústica, de un escote primitivo, que dejaba desnudos los senos nacientes. Una corta enagua de género burdo cubríala escasamente hasta las rodillas, y las piernas morenas eran de una redondez perfecta.....

Llegué al bohío extraviado tras un largo galopar por las verdes cañadas y los altos pajonales. Al desmontar, la gente rústica me obsequió con un vaso de espesa leche y con la ingenua alegría de sus simples corazones.

Luego, bajo las últimas llamaradas del poniente, la muchacha bailó ante mí una danza voluptuosa y mágica. Inmóvil de asombro, la vi comenzar su baile, único y admirable, y suyo nada más. Sus brazos, su cabeza, sus hombros, su cintura, toda ella empezó á moverse de una manera cadenciosa y suave y lánguida y lasciva; las amplias curvas de su cuerpo felino mostraron á mis ojos los divinos tesoros de su potente juventud. Erguíase alta y leve como un tallo de junco; hacíase pequeña é infantil; balanceábase como una frágil rama de sauce; meciase con los párpados cerrados, y con la roja boca entreabierta; y cálida y ebria con su propio aroma, giraba en actitudes harmoniosas en un continuo vértigo carnal. El menor de sus ademanes semejaba una caricia; y á cada tenue movimiento exhalábase de su carne un fuerte perfume pecaminoso. Era embriagadora como el licor extraído de las piñas de sus montañas, así, danzando, bajo la llama de sangre del crepúsculo, en medio del vasto hálito de la fecunda tierra, oyendo el agudo cantar de las cigarras y el susurro lejano del viento desgreñando las pesadas cabelleras de los árboles!

Obedecía, indudablemente, á la ley de un ritmo secreto, aquella muchacha campesina, en su enervante baile, incitador de rojos anhelos. ¿En dónde aprendió á hacer de su cuerpo una cadencia y un imán poderoso para el deseo? ¿Ante la mirada de qué tosco jayán abrióse por vez primera la flor maravillosa de su gracia?

Abismábame en estas ideas, cuando la danzadora quedóse inmóvil algunos instantes. Después, con los brazos en alto y en los ojos una luz sombría, entonó una canción, que vibró en el aire sereno y repitieron los ecos, á la distancia. Canto de las cumbres, de las aves salvajes y de los roncos huracanes; y también, á veces, dulce canción de melancolía, aguda como un puñal ó monótona como un lamento; pero de un encanto prodigioso para el alma soñadora....

Bajo la obsesión alucinante de aquel cántico, soñé largamente con una vieja raza heroica, del que fuera el himno de guerra. E impregnado mi espíritu con el misterio y la tristeza de las cosas que me rodeaban, evocó la poesía de los siglos muertos.

El último parpadeo del sol iluminó á la hermosa. Sus grandes ojos húmedos, me miraban en silencio, extrañamente.

FROILÁN TURCIOS.

LOS DOS CLAVELES

HISTORIA VULGAR

Antonia y yo nos conocimos desde la infancia. Ella era hija de don Basilio, Administrador hacía muchos años de las numerosas fincas urbanas de mi madre, viejo probo, si los hay: «pobre, pero honrado,» como dice la frase de cajón más socorrida en achaque de biografías.

Diariamente veía yo á la muchacha, ya en mi casa, ya en la suya, á donde mamá, no obstante sus intransigencias seudoaristocráticas y el escrúpulo conque seleccionaba mis amistades, me permitía ir con frecuencia, en razón del cariño que don Basilio había profesado á mi padre, del cual fue el servidor más abnegado y fiel.

Nunca olvidaré la modesta, pero limpia y luminosa vivienda de don Basilio. Pertenecía á un viejo convento, convertido, por obra y gracia de algunos barretazos de más y de algunos tabiques de menos, en casa de vecindad, pues su vetustez y maltrato no le permitieron, á pesar de que estaba situado en buena calle, realizar el anhelo de todo caserón céntrico: la ostentación de un letrero en el zaguán, que diga: «Se alquilan despachos.»

Tenía el edificio claustros amplísimos, á donde se colocaba, en oleadas de luz, el júbilo de la mañana; un enorme huerto que invadía todo el patio, con árboles frondosos, á la sombra de los cuales las flores desabrochaban la fresca y olorosa seda de sus corpiños, y abrían su ojo zarco y hondo algunos pozos, en cuyos brocales enlamados se esperezaban los gatos.

A la vivienda de don Basilio le tocaba un buen pedazo de corredor, limitado por dos barandales de madera pintados de verde; tenía, además, cuatro enormes balcones que miraban á la calle, una calle semicolonial, semimoderna, en que al lado de los poderosos muros rojos de tezontle, se erguía presuntuosa, con humos de *skyescraper*, tal ó cual construcción de piedra con alma de hierro, semejando una pajarera gigantesca. Y por último, ¡oh delicia! la azotehuela, amplia, asoleada, llena de macetas y de gorjeos de canarios, estaba comunicada con la azotea, una inmensa azotea donde crepitaba, como velamen de barco, la ropa blanca, «tendida á secar,» como en el verso de Becquer.

Desde la azotea el espectáculo era solazoso y pintoresco: La heteróclita arquitectura de la ciudad, en que se codeaban todas las vejestorias y todas las fantasías de esa nueva escuela yankilandesa que asaz nos invade; desde la torre cuadrada con su caperuza de azulejos, hasta la mansarda anodina, pintada de azul ó rojo; desde el minarete morisco, hasta la aguja gótica; desde la luminosa iglesia romántica hasta el templecillo protestante, con reminiscencias ojivales y no sé qué de estación de ferrocarril en su conjunto; desde el andamiaje desgarbado y zancón de las duchas, hasta el tubo ventilador que bosteza microbios.... todo en un laberinto loco se proyectaba en la atmósfera cristalina ó nebulosa, ora sobre la limpieza europea de ciertas calles pavimentadas con esmero, ora sobre la adiposidad de los figones, de las tocinerías y de las «tablas» hormigueantes de *gatas* y de pelados.

En la noche la magnificencia de las es-

INTIMACION AL RUSO, EN 1685

trellas, esos imanes de oro que se atraen, cintilaba sobre aquella azotea privilegiada, especialmente en el cielo austral, no mascado por altas construcciones, y muchas veces el *Centauro*, el *Escorpión* y el *Lobo* siguieron, con sus pupilas diamantinas, mis precoces meditaciones bajo el lujoso cielo mexicano.

Me basta una evocación repentina para mirar aún, hasta en sus menores detalles, el humilde escenario que describo, sobre todo los balcones llenos de macetas y la azotehuela poblada de gorjeos y del monólogo embrollado de un perico lunático, cuya alma verde sufría frecuentemente accesos de cólera morbosa, durante los cuales mordía á la propia fámula que le llevaba las sopas de chocolate.

*
* *

Antonia era una muchachita sencilla y afectuosa. Me quería de tal suerte, que se hubiera dejado matar por mí. Yo, con crueldades nacientes, que después me ha costado arduos esfuerzos dominar, gustaba de atormentarla. Cuando iba á mi casa (sombría y quieta desde la muerte de mi padre, tan quieta y tan sombría que toda la luz de mi niñez jamás bastó á alumbrarla), sometía yo á mi amiga á duras pruebas. Gustábame, por ejemplo, encerrarla en un cuarto obscuro y mantenerme á la puerta, espiando, con una tensión indecible de mis nervios, el menor signo de pena. La pobre criatura permanecía por algún tiempo en un rincón, silenciosa, resignada; mas á poco poníase á sollozar dulcemente en la sombra, muy dulcemente... Entonces todas las fuentes de mi compasión se derramaban y una voluptuosa piedad infantil, que después he pretendido en vano analizar, se apoderaba de mí. Abría yo la puerta, entraba á la pieza y llenaba de caricias á mi víctima, que á poco se consolaba entre mis brazos. Más tarde he pensado que esto no era quizá más que un sencillo refinamiento inconsciente para excitarme á quererla. Y es que mis grandes cariños jamás han podido tener otra forma que la de la piedad. Para que yo ame á alguien mucho, fuerza es que le compadezca mucho. Las vidas llenas de sol y de alegría me inspiran el furtivo y curioso interés que experimento por un pajarillo locuelo. Las miro, oigo su cascabeleo, y paso.... Fuerza es que detrás de una vida adivine yo el calvario de una tristeza, de un abandono, de una angustia, para que vaya hacia ella lleno de un lirismo insensato. La felicidad del sér á quien amo traza un límite á mi amor. Yo me voy cuando el sol viene... Quién sabe si esto no es más que un supremo orgullo: el orgullo de dar siempre y de no recibir jamás, el orgulllo de ser luz....ó quién sabe si, por el contrario, es una suprema bondad de mi espíritu el amar de tal suerte.

En cierta ocasión, esta que yo llamo crueldad infantil, por no hallar en mi reducido léxico otro nombre que le cuadre, me condujo hasta la barbarie. La madre de Antonia, una buena mujer, gorda y plácida, aplanchaba una camisa de don Basilio en el comedor, á la hora de la siesta. Acababa la criada de traerle una plancha retiradita de las brasas, la que fué calada con un pedazo rápido del índice, previamente untado en saliva y que produjo un chasquido peculiar, cuando vinieron á decir á la señora que alguien la llamaba con urgencia. Dejó la plancha verticalmente sobre la mesa y fué á ver qué le querían. Yo, que jugaba en un rincón, inspirado por una idea diabólica, dije, exabrupto, á Antonia que vestía una muñeca ahí cerca:

—Si me quieres, quémate un dedo con esa plancha.

La pobre criatura me miró con sus grandes, con sus enormes ojos negros, desolados, y me respondió:

—Sí, te quiero.... pero duele mucho.

—Pues, si me quieres, pon el dedo en la plancha, insistí.

—¿Cuánto vas á que lo pongo de veras? me respondió por fin entre resuelta y medrosilla.

—A ver...

.....Y lo acercó en efecto con resolución á la ardiente superficie de aquel hierro y lo mantuvo ahí por dos segundos.

Luego retiró, lanzando un leve grito, su dedo ampollado, justamente á tiempo que volvía la señora.

—Pero, hija, ¿qué has hecho? exclamó ésta al ver que la criatura sacudía llorando la mano atormentada.

Yo temblé, presintiendo una reprensión de la pobre madre. Estaba avergonzado de mi conducta. Pero Antonia se limitó á decir con su vocecita dolorida:

—Me quemé por un descuido, mamá.

—Ven, dijo ésta, ven á que te ponga luego un trapito con aceite de comer...

Y cuando la niña volvió con su dedo vendado y se me acercó entre satisfecha y llorosa, yo, con la voluptuosidad com-

pasiva de que ya he hecho mérito, la cubrí de besos.

En aquel momento la adoraba....

*
* *

Mi madre me envió á estudiar á un colegio de los Estados Unidos, á donde iba á verme cada año, y no volví á México sino siete años después, á los diez y nueve de edad, á disfrutar de algún reposo, mientras emprendía, en una ciudad de Europa, mis estudios profesionales.

Volví martajando el español, peinado de castaña, con una levita que ostentaba sendos bolsillos exteriores en los faldones, unos zapatos claveteados como para «footing», y trocados la agudeza y *sprit* latinos (en mí muy problemáticos, por lo demás), por unos «conejos» de padre y muy señor mío y una cachaza burlesca y pesada, fértil en bromas toscas y apoyada por la fuerza bruta, de la cual dí muestras contundentes en varias ocasiones, dejando tumefactos algunos carrillos.

Antonia había desaparecido por completo de mi campo visual: La pelota ocupaba por entonces mis ocios, y más de un mes se pasó desde mi llegada sin que nos viésemos, hasta que una tarde don Basilio vino á decir á mi madre que en su casa me habían preparado una comida á la mexicana, compuesta toda de aquellos platillos que eran en otro tiempo mi delicia.

Entonces no existían todavía en México, las *Cordon bleu* yankees que preparaban *the mole* como cualquier poblana de los viejos tiempos; ninguna *miss* vendía *mexican tamales*, ni americano alguno expendía en *the Queen Xochitl* ó algo por el estilo, *the richest pulque of the Country*, y el privilegio de nuestros buenos platillos clásicos estaba vinculado en pocas cocineras. La que tenía don Basilio era doctora en eso de guisos, y acepté con placer el convite.

Me encontré—y esta fue la impresión capital de mi visita—con una Antonia muy bella. Dicen que no hay diez y ocho años feos: los diez y siete suyos eran, por todo extremo, bien logrados y embelesadores.

La color trigueña armonizando con los inmensos ojos negros, el espigado talle, la gallardía y el garabato del movimiento, la música de la voz, la tentación divina de la boca, un poco gruesa y fresca y apetitosa como una ciruela roja en el estío, hiciéronme olvidar por completo el futuro *menu* nacional, con todas sus promesas....

Diez vidas sucesivas serían impotentes para borrar de mi memoria la tarde de aquel día. Tras de una breve conversación en familia, Antonia y yo nos retiramos á uno de los balcones, á aquel que más amaba yo porque estaba guarnecido de tiestos, entre los que descollaba mi favorito, uno de claveles disciplinados, que me placían en extremo, y empezamos á desgranar el prestigioso rosario azul del «¿te acuerdas?»....

La luna en su primer cuarto se desplomaba en el abismo, láctea y fina, enredando nubecillas leves en sus radiosos cuernos de plata. La respiración suave de las macetas nos envolvía. La calle se agitaba con esa alegría del anochecer en las grandes ciudades; los focos incandescentes empezaban á mostrar en las tiendas su nudo de fuego; y entre la balumba hecha de todos los ruidos, del tintinear de los tranvías, del rodar acompasado de los coches, de los gritos de los vendedores, nuestros espíritus experimentaban un bienestar inefable, impregnándose misteriosamente de aquella resurrección del pasado, arrullados por una música interior, mecidos por no sé qué blanda mano invisible, como si se balancearan en la propia hamaca luminosa de la luna, que idealmente bella y bogando bajo un ligero pabellón de celajes, parecía la cuna de plata de un dios reciennacido allá en los cielos.

Antonia había cortado un clavel y puéstolo entre sus labios, y mordía con sus finos dientes azulados el tallo de la flor, sonriendo á mis palabras acariciadoras, que evocaban en sencillo lenguaje nuestra infancia.

Mi prolongada comunión con las almas sajonas habíame vuelto, quizá por contraste, un poco más idealista de lo que fuí, y la infinita poesía de aquella noche y de aquellos diez y siete años, míos, sólo míos, porque yo los había alumbrado todos con mi presencia ó con mi recuerdo, me sumergía en la beatitud suprema.

—¿Te acuerdas, me dijo Antonia entre dientes, cuánto te gustaban mis claveles? ¡Muchas veces despojaste esta pobre macetita, que no ha dejado por eso de darlos cada día más bellos!

—Qué bien huele ese que tienes entre los labios, le respondí.

Y lentamente, tímidamente, acerquéme para olerlo, y aspiré su esencia al par que el perfume de los diez y siete años, que se exhalaba virgen, poderoso, por la entreabierta boca en flor.... y como mis labios estaban tan cerca de los pétalos y como los pétalos estaban tan cerca de sus labios, no supe cómo, no advertí con qué maquinal impulso besé el clavel y la boca.... la boca y el clavel, á medias cada uno, suave y furtivamente á ambos, sin que ni antes ni después de aquella caricia sonase palabra alguna de amor, fuera del lejano y misterioso: «¿Te acuerdas?»

*
* *

Adios *Tennis*, *Cricket*, *Base ball*, *foot ball* y todo ese herbazal de championaje, que me traía vueltos los sesos. La «conquista pacífica» había acabado ahí, en el balcón, detenida ante la incontrarrestable conquista hecha de mi alma por los ojos de Antonia....

Después de una semana de vagar por la Reforma y Chapultepec, con las manos en los bolsillos (¡aquellos bolsillos!) de la levita yankee, pensando en el «beso;» después de una semana de comer poco, de dormir menos, de esquivar la presencia de todo el mundo, hasta de Antonia, por un sentimiento de timidez extemporáneo y excesivo; después de una semana, en suma, durante la cual se realizó en mí toda la ridícula sintomatología del amor, me resolví á dar un gran paso: Fuíme á ver á mi madre y le dije de primas á primeras, con una resolución poco común en mi carácter:

—Mamá, yo no quiero ya ir á Europa, no quiero ser ni médico, ni ingeniero, ni nada.... lo que quiero es casarme con Antonia.

—¡Con Antonia!

Mi madre se echó á reír con una risa nerviosa que me desconcertó en absoluto, y pasado este momento de hilaridad, altamente ofensivo para mí, la escena cambió por completo con un: «¡Pero tú estás loco, pobre hijo mío!» Al cual siguió el viejo razonamiento de rigor, el asendereado estribillo de «la desigualdad de educación,» rociado con lágrimas, con reproches, tan de clisé como el «Ingrato, ya no quieres á tu madre» y sazonado con un ataque de nervios á la mexicana, tres días de cama, cierta resignada actitud sentimental, suspiros mezclados de un «Al fin y al cabo yo he de durar poco» y, por último, pasada la crisis, insinuantes confidencias acerca de una muchachita muy buena, muy distinguida, muy linda, hija de una vieja amiga de infancia (naturalmente), y que me quería y con la cual me casaría á mi regreso.... «Pues, ¿y mi viaje á París? ¿qué, era moco de pavo eso de conocer París de Francia, la capital del mundo, y poder volver al cabo de algún tiempo á mi tierra, con un «yo estuve en París, en el bolsillo del chaleco?» ¡Ah! y no volver así nomás, sino con un título profesional, y, como si todo esto no bastara, encontrarme en México para alumbrar las leves tinieblas que se atraviesen á opacar el excepcional esplendor de mi vida, con cierta güerita de ojos maravillosamente azules, de labios finos que deletrearían temblando, junto á los míos, la santa palabra ritual y misteriosa, el verbo eterno del amor humano....

—Pobre Paquito mío, que quiere trocar todo esto por un amorcillo romántico de casa de vecindad, por una Pepita de «adentro 4,» por la hija del cobrador de mis casas.... *Shoking*».... (este *shoking*, así como ciertas palabras demasiado literarias, conste que no las dijo mi mamá.)

—Buena muchacha, cierto, y un hombre ejemplar ese don Basilio. En veinte años que llevaba de administrar nuestras fincas, jamás había inventado una gotera.... jamás se había cogido un real. Ella los estimaba mucho, los protegería siempre y acabaría por casar á la muchacha con un hombre honrado, trabajador, que la hiciera feliz.... Pero conmigo, ¡qué disparate!

Inútil me parece decir que mi madre me convenció bien y pronto y que un mes después, sin haberle dejado á Antonia de mí más que la mitad de aquel beso compartido entre el clavel y sus labios, partí para Francia.

*
* *

Torné al cabo de seis años y supe que don Basilio y su esposa habían muerto, que Antonia se había casado y tenía tres hijos. Mi madre la había apadrinado. «Sólo que, según sus palabras, no había tenido buena mano»....

—Figúrate, añadió, que su marido bebe, bebe mucho desde hace dos años, y ella está muy enferma, tiene un tumor, dicen que canceroso... Si no fuera por mí, la hubiera matado el hambre antes que la enfermedad, que no la ha de perdonar por cierto. Parecía tan honrado y tan laborioso su marido... Es un mecánico inteligente y trabajador, especialista en bicicletas, y trabajaba en una casa de la Avenida Juárez, hasta que le dió por la bebida y lo pusieron de patitas en la calle. ¡Pobre Antonia!»

Confieso que al oír á mi madre sentí un vago malestar y hasta un poquillo de remordimiento; mas este último me lo sacudí del cerebro con una reflexión perogrullesca: Yo no tenía la culpa de que el marido de Antonia bebiera....

Pocos días después de tal conversación, una mañana, á eso de las diez, leía

UNA ESCENA EN UN ASILO DE ENAJENADOS ITALIANOS. — Cuadro de Ricardo Pellegrini

yo los diarios arrellanado en una mecedora de mimbre, en el corredor de mi casa, cuando un chiquillo de cuatro á cinco años de edad, muy pobremente vestido, subió como relámpago la escalera y casi casi fué á caer sobre mi asiento.

Yo hice un movimiento de sorpresa, al que él respondió, pálido y cortado el aliento, diciéndome:

—Vengo á buscar á la señora...

Mi madre había salido á misa y díchome que después iría á hacer algunas compras.

—Volverá tarde, respondí al chiquillo, cuyos enormes ojos azorados se clavaban en mí con angustia. ¿Qué le querías?

—Mamá sigue mala y deseaba verla...

—Y ¿quién es «mamá»?

El niño se quedó perplejo por un instante, mas luego respondió lleno de convicción:

—Mamá Toña, mamá Toña....

—¡Mamá Toña!....

Comprendí, y si no lo hubiera comprendido, habríanmelo dicho aquellos ojos aterciopelados, llenos ahora de una honda pena, ¡los mismos ojos de Antonia!

—La señora vendrá tarde, indiqué al niño, y movido por repentina piedad, añadí: Pero dile á tu mamá, que yo, Francisco, iré á verla en cuanto me vista, de aquí á una hora. ¿Dónde viven?

—Donde siempre, replicó el niño con sencillez, y después de una furtiva despedida, echó á correr con la velocidad conque había venido.

* * *

La misma vivienda, clara y amplia, la misma calle semicolonial, semimoderna, en que al lado de los poderosos muros rojos de tezontle, se erguía presuntuosa y con humos de *skyescraper* tal ó cual construcción de piedra con alma de hierro.... Sólo que ahora lo nuevo era más y lo viejo era menos. Al entrar me chocó, empero, cierto desorden en la casa, cierto abandono, cierta desolación, el *sunt lacrimæ rerum*... suspirado por los muebles rotos y por las paredes desmanteladas.... En el comedor, primera pieza que atravesé, el marido de Antonia, alcoholizado, roncaba estrepitosamente. En la salita, casi vacía, una muchacha indígena mecía en sus entecos brazos á una criatura ética, que berreaba á grito herido. Cerca de una de las vidrieras, donde algunos rectángulos de papel de periódico amarillento, que hinchaba á cada paso el aire de la calle, suplían á los vidrios ausentes, una chiquilla como de tres años jugaba con carretes vacíos é hilachos descoloridos, murmurando no sé qué soliloquio incoherente y apacible. Iba yo á pasar á la pieza inmediata, la de Antonia, sin duda, cuando el niño de marras, que había salido á recibirme, me dijo:

—Que dice mi mamá que si no le hace el favor de esperar un momentito. Se está arreglando.

«Se está arreglando».... esta sencilla frase era todo un poema de delicadeza; era una sonrisa, una leve sonrisa al viejo amor, que flotaba sobre toda aquella miseria y toda aquella pena. El pasado tornó á llamar con su mano de fantasma á mi corazón, pero tan quedo.... había transcurrido tanto tiempo.... Por fin, el chiquillo volvió; con sencilla familiaridad me dió la mano y me condujo á la pieza de Antonia. Yacía ésta en un pequeño catre de hierro desconchado, y, con un esfuerzo que se adivinaba á primera vista, había arreglado las ropas, zurcidas, pero albeantes, hecho sacudir y ordenar los pobres muebles de la estancia, y (dulce y melancólica coquetería de enferma) habíase puesto un caracol muy limpio, ornado con un viejo listón malva, único lujo de su indigencia, prenda única que había encontrado, sin duda, á mano, para recibirme....

Me sonrió con una pálida y dijera yo «otoñal» sonrisa, y me indicó una silla de tule á su lado.

—¿Cómo estás? me dijo con una inflexión de tranquilo afecto; ¡qué grande has vuelto! Tenía muchos deseos de verte, pero me daba pena escribírtelo...

Yo estoy muy enferma, muy enferma... si supieras, y meneaba la cabeza con un movimiento acompasado, de una melancolía indecible.

Me senté á su lado, y ella, con una sencillez infinita, ajena á toda alusión, á todo reproche, con una inflexión de paz, de abandono, de resignación casi animal ante la vida, como si su único día de amor, la esplendidez de su único día de amor, se hubiera ya perdido entre las perspectivas más lejanas de su existencia, ahogado en un mar de alcohol, de miseria, de enfermedad y de hastío, siguió diciendo:

—«Desde que tú te fuiste, me ha ido muy mal. Sabrás que me casé. Mi marido era al principio muy trabajador y muy bueno, pero los amigos lo han perdido, los amigos y su debilidad de carácter. Ahora es incorregible, toma sin cesar, y aunque en el fondo le apena verme tan enferma, el vicio puede más que él. Tu mamá, que ha sido mi providencia en la tierra, me ha prometido que lo pondrá en un asilo, á ver si lo curan con esas inyecciones de bicloruro de oro, que diz que son tan buenas y eficaces.... Ya tiene un principio de *delirium tremens* y las noches que pasamos con él son espantosas....

Mientras hablaba, con aquella monótona tristeza mezclada de estoicismo, yo la contemplaba con pena. Sus encantos de los diez y siete años habían desaparecido por completo; su cutis estaba manchado de paño, su busto era tan descarnado, que daba angustia; solamente sobre el desastre de su hermosura, sobre el derrumbamiento entero de su gracia, sus dos ojos, sus dos enormes ojos aterciopelados, negros y pensativos, seguían radiando misteriosamente, como dos soles sobre una ruina abandonada....

Y siguió su monólogo.

—«Desde mi último niño no he quedado bien y no puedo levantarme sino con dolor y fatiga, con mucha fatiga, sobre todo. No creas, tengo miedo de ya no aliviarme. Es una enfermedad de la cintura la que he contraído, puede ser que un tumor. No tengo fuerza para nada, Carlitos», y señalaba al mayorcito de sus hijos, el que me había guiado y que en aquel momento, arrodillado al pie del lecho, clavaba en su mamá sus bellos ojos acariciadores, «es el único que me ayuda....¡Pero está tan chiquito! La muchacha mandadera se ocupa el día entero con la criatura, que está enferma también y que llora mucho»....

Y todo esto lo monologaba más que lo refería, con la misma voz lejana, igual, velada apenas por una sombra de dolor. Ya no pretendía resucitar ni evocar siquiera el pasado; había abdicado de todo, de su hermosura, de su juventud...hasta de sus recuerdos quizá. Ya no pensaba tal vez nunca en su infantil idilio roto...¿para qué?....Cuando se bracea en plena borrasca, no es el momento de recordar la vieja barca lírica que al son de flautas y violines nos llevaba por el canal apacible, sombreado de álamos, hacia la escalinata de mármol....Quizá á lo sumo, alguna vez, en la desolación de su espíritu resignado, murmuraba, vaga, muy vagamente, aquel «pudo haber sido»....consuelo único de lo irremediable, que inspiró á Dante Gabriel Rosetti sus versos dolorosos:

«Look in my face, my name is might have been.....»

No flotaba en su naufragio ni un átomo siquiera de su vanidad de mujer; la enfermedad y las penas la habían afeado y destruido, ella lo sabía bien, y sus ojos decían que ya no esperaba nada, que ya no quería nada, que no tenía reproche alguno que hacerme ni que hacerle á la vida, y que sólo pedía un poco de pan y un poco de piedad para sus hijos.

Mi vieja misericordia se derramó sobre mi espíritu como una agua clara y humedeció mis ojos con dos lágrimas....que procuré ocultar. Tomé dulcemente la mano de la enferma, aquella pobre y pálida mano, en uno de cuyos dedos se notaba aún la cicatriz de la quemada de antaño, y acariciándola con abandono fraternal entre las mías, le dije:

—Tranquilízate, Antonia, ya nada te faltará....ya nada les faltará á tus hijitos.

Después, sintiéndome incapaz de permanecer sereno, me levanté para marcharme.

—Hoy mismo, añadí, te enviaré un buen médico; mi madre también vendrá á verte y te traerá todo lo necesario.

—Dios te lo pague, Francisco, Dios te lo pague....añadió la enferma. «Hasta lueguito entonces, ¿eh? Dios te lo pague»....

Y de pronto, como movida por una súbita y delicada inspiración:

—Mira, Carlitos, dijo al niño, abre el balcón y córtate un clavel de la macetita para el señor. Todavía ayer los regué—agregó dirigiéndose á mí—en un momento en que pude levantarme...*Son de los mismos*....

Volvió el niño con la flor y ella la tomó, hizo que me acercara, é incorporándose con pena, la prendió trabajosamente en el ojal de mi levita.

Después, como para defenderse de una emoción que acaso sentía ya brotar á sus ojos en sal y amargura de llanto, atrajo á su pecho la cabecita de su hijo, murmurándome aún: «hasta lueguito, que Dios te lo pague», y escondió su rostro entre los rizos pálidos del niño, mientras yo me alejaba lentamente....

AMADO NERVO.

POEMAS EN PROSA

—

EL OTOÑO VERDE

—

Las primeras brumas sobre el río; las mañanas frescas; las tardes húmedas; un escalofrío que disipa al sol..... Es el Otoño verde que comienza, hermano del Otoño rojo y amarillo, de la Floresta de incendio y oro.

La estación de esmeralda despide sus últimos reflejos: tienen la brillantez y la claridad de las horas vivientes de primavera, una gloria desfalleciente de estío. Es, en el bosque humedecido sin lluvia, el horizonte violeta de los matorrales; y en los jardines estriados de telas de araña, el fuego de artificio de los grandes soles dorados, de pétalos de llamas, de negro y viviente corazón, como una bestia misteriosa.

Un velo de gasa flota sobre las colinas, y ablanda los contornos de las cosas, hasta parecerlos de terciopelo azul y gris. Los gatos friolentos se refugian al hogar. Un malestar sutil, dulce, empero angustioso, oprime el corazón: es la conciencia del tiempo que pasa. El año huye, corre la vida; el Otoño verde da el toque de agonía.

Melancólicas mañanas en que el hombre se sorprende viejo; en que se contémplan el raudal y el bosque, los campos amarillos y rojos, sintiendo el semi-vejamen de un sér en quien el divino miraje luminoso de la belleza de las formas se oscurece, en quien la secreta comunión del hombre y de la naturaleza se rompe como una amistad traicionada, ó como un amor burlado.....

Melancólicos instantes en que se deja de ser víctima de las apariencias de decoración feérica de la realidad; en que ya no se le dice al momento fugaz: «Detente, que eres bello!» en que se es como un durmiente despertado de un sueño, al salir de su ensueño..... Rápido estremecimiento del alma, mísera angustia de sentirse vivo sin vivir, íntimo pesar de que no ha sido lo que ha podido ser, laxitud de actos repetidos, monótonos y vanos, percepción clarísima de la infinita miseria que es la urdimbre de la existencia: tal en nosotros, se mira el Otoño verde del paisaje, doblado de un reflejo tremulante, claro é inexorable, en el que palpita el Otoño verde de la vida.

Pronto vendrá la extraña decoloración del «tisú» moviente de la Floresta, de la túnica del raudal, de los cielos escarchados y fríos. Entonces, resignados á la magia imperiosa del espectáculo solemne, será dulce, acaso, asistir á la metamorfosis eternal, y pasear el ensueño bajo los bosques dormidos, sobre los musgos salvajes, al abrigo de las frondas de oro, de cobre, de plata y de cromo.

Entre tanto, es necesario sufrir, y saborear, el encanto amargo de este minuto, que da á la Estación verde expirante, el fulgor indecible de una mirada joven, subida á los ojos de una mujer grácil, émula de esas rosas de otoño que el poeta ha dicho más exquisitas que todas, y que tienen la piel fina y amortiguada, por tanto, más olorosa y suave.....

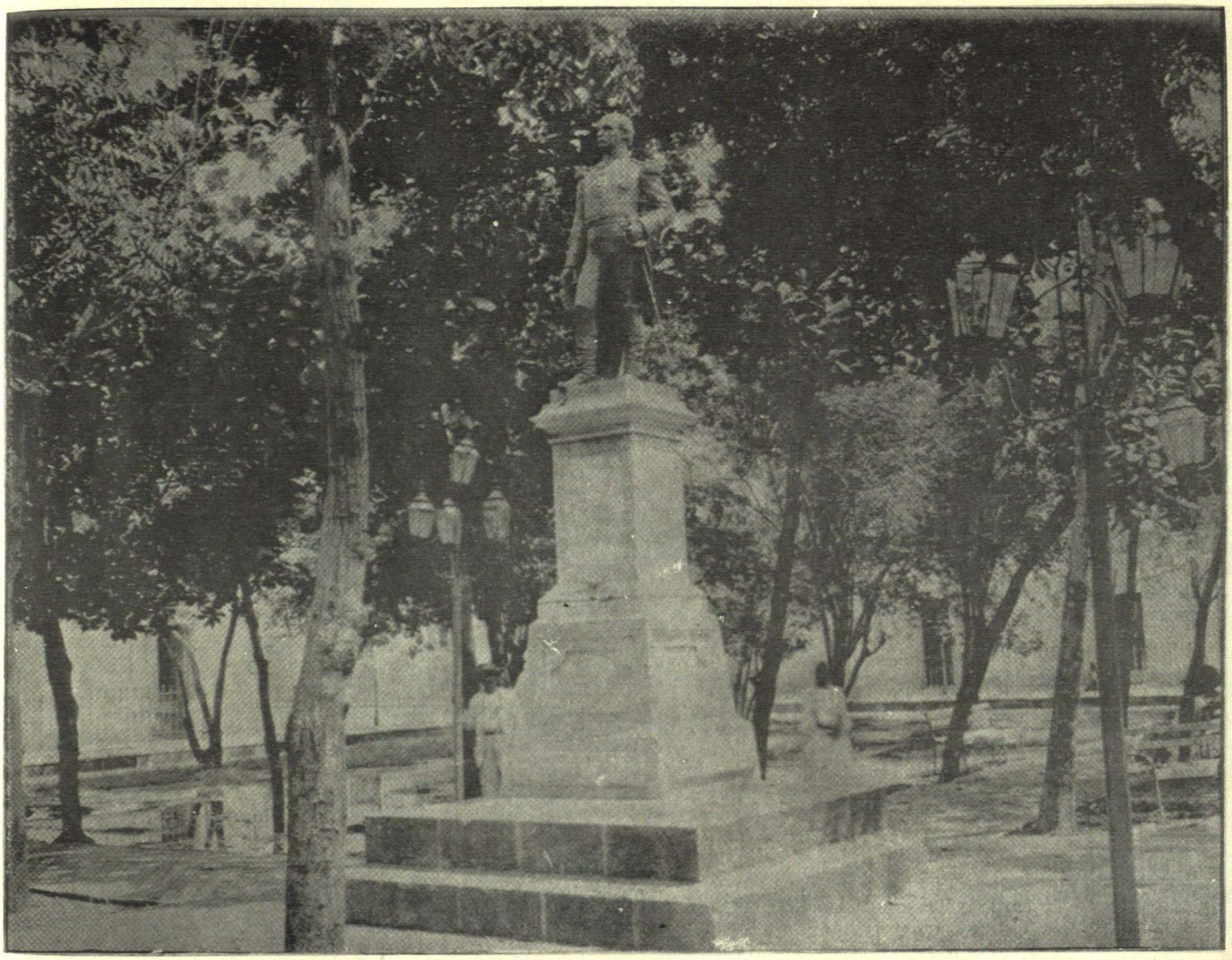
Las blancas brumas de la mañana, los vapores crepusculares del Otoño verde, atraviesan el alma con «esplines» rápidos y agudos. Una influencia penetrante y malsana se exhala de los rayos amortiguados, de la tierra blanca de rocío.

Por eso debemos amar esta estación cruel y dulce, efímera y cambiante; amarla como á un placer que dañase, como se aman las sensaciones dolorosas y profundas, que hacen vivir!

El Otoño rojo y amarillo, ese tiene más majestad, más misericordia, y dorada grandeza: es la estación de los pesares sin acritud. Conviene á la blanca senectud y á la madura belleza de las mujeres; á las que llegan á la edad indecisa en que todo el sér se expande en formas firmes y plenas, en que la carne brilla como nácar húmedo, sabrosa á fruto sazonado, inspiradora al hombre de la piedad amiga que se siente por toda forma de belleza perecedera. Se teme en ella los próximos fracasos: ¡se siente tan bien que buscan en nuestras miradas la admiración que las conforte! Expresan tan bien la elocuencia muda, esas miradas suyas veladas de languidez, en las que se traiciona la suprema invocación á la dicha y la melancolía de la juventud que parte!

Los ancianos á su vez, extraen del otoño muriente una belleza especial y contrita, que les sienta bien, los adorna, y les da á su fisonomía un resplandor de vida sin calor, sordo resplandor, como un rayo pálido de ese sol poniente que sus pupilas inmóviles reflejan fijamente.

El Otoño rojo y amarillo tiene el esplendor de una fiesta final: algo supremo se desprende de la languidez de ese mes de llama triste: se siente en él la poesía de un adiós, la dulzura de una agonía, como el alma enrarecida de las flores que van á morir. El corazón se dilata y se siente



CORO: Estatua del Mariscal J. C. Falcón — Plaza Falcón. Fotografía de Avril

arrullado por una suave y pungente nostalgia: es una estación enferma, en la cual nos sentimos enfermos sin estarlo, por mareo de alma, por malaria de corazón.

El Otoño verde es el estremecimiento precursor y conmovedor; es la espina de la gran rosa amarilla y muelle, exquisita y mustia, que nos disponemos á respirar, deliciosamente.

PAUL ET VICTOR MARGUERITTE.

OFÉLIDAS

—

Tu faz siempre en mi espíritu se eleva;
la ve en lo etéreo, en la techumbre inmensa,
y si la advierte que tocó en la tierra,
es en el resplandor de alguna estrella
ó en la sombra de un pájaro que vuela.

*

Te lo puedo jurar, no la ha tenido:
¿tiene historia algún sér que no ha sufrido?

*

Para el amor que á germinar empieza,
el más fecundo abono es la tristeza.

*

Es pobre amor para que tenga vida:
cuando quiere ser rico, se suicida.

*

No me seducen las galas
que mi ambición ha obtenido
y me declaro vencido.
¡Soy de los que tienen alas
que son más grandes que el nido!

*

No puedes engañarme en este lance:
huyes de mí, tan sólo
para el goce sentir de que te alcance.

*

¡Cuántas noches insomne,
cuántas noches en vela,
esperando la aurora,
para tener alguna compañera!

*

Mis viejos amores,
¡ay! ya no reviven.....
¡Qué muertos tan muertos
los muertos que viven!

*

No quieras el amor locuaz que estalla:
el amor sólo es grande cuando calla.

*

Cuán sabio el hombre si encontrado hubiera
un perdurable y bendecido estado
en que nunca el amante se extinguiera:
ser casado y al par no ser casado.....

*

Soy feliz porque me quieres
y tu amor mi dicha trunca;
como dice Platón, *eres*
sin acabar de *ser* nunca.....

*

Incrédula, no extraño que tú reces:
una fe momentánea
¡hace alegre la vida tántas veces!

*

¿Por qué el Bien no tendría,
en lucha con el Mal, lo que éste tiene
sobre aquél, la energía?

*

¡Ay, qué esfuerzo! ¡Pensar lo que aún resta
para ir á la nube!.....
Cuanto más empinada la cuesta,
más alto se sube.

*

(*Del anónimo.*)

Tengo celos de lo que te cerca;
de cuanto subsiste, si está en tu camino,
y aún del aire sutil que te besa.....
porque es masculino.

*

De la tierra los años precisos,
con cálculo exacto, ni el sabio imagina;
nadie sabe la edad de la tierra.....
porque es femenina.

MANUEL S. PICHARDO.

SOBRE LA MUERTE DE UN PERRO

—

Mauricio Mœterlinck acaba de publicar un libro, el *Doble jardín*, que es, en opinión de los críticos franceses, una obra maestra: entre sus páginas figura la que traducimos á continuación, escrita al día siguiente de la muerte de su perro *Pelléas*. En París, esta página ha sido ofrecida «á la admiración, no solamente de los cazadores, amigos y cómplices de los perros, sino á todos cuantos amen, comprendan y penetren el alma obscura de nuestros humildes hermanos los animales.»

El hombre ama al perro, pero lo amaría infinitamente más si considerase, en el conjunto inflexible de las leyes de la naturaleza, la excepción única que constituye este amor, el cual llega á romper, para acercarse á nosotros, los tabiques para todo sér impenetrables que separan las especies. Estamos solos, absolutamente solos sobre este planeta de azar, y entre todas las formas de la vida que nos rodean, ni una sola, fuera de la del perro, hace alianza con nosotros. Algunos seres nos temen, la mayor parte nos ignoran, ninguno nos ama. Tenemos, en el mundo de las plantas, esclavos mudos é inmóviles, pero nos sirven á su pesar. Sufren simplemente nuestras leyes y nuestro yugo. Son prisioneros impotentes, víctimas incapaces de huir; pero silenciosamente rebeldes. Tan pronto como los perdemos de vista, se apresuran á traicionarnos y á volver á su libertad salvaje y malhechora de antes. Si tuviesen alas, la rosa y el trigo huirían al aproximárnosles, como huyen los pájaros.

Entre los animales contamos algunos servidores solamente sumisos por indiferencia, por cobardía ó por estupidez: el caballo, inseguro y poltrón, que no obedece sino al dolor y que no se adhiere á nada; el asno, pasivo y taciturno, que está á nuestro lado porque no sabe qué hacer ni adónde ir, pero que guarda, sin embargo, bajo la carga y la albarda su perfidia; la vaca y el buey, felices con tal de que coman y porque desde hace siglos no piensan jamás en ellos; el carnero asustadizo, que no reconoce otro señor que el miedo; la polla, fiel al corral, porque en él halla más maíz y desperdicios que en la selva. No hablo del gato, porque nosotros no somos para él sino una presa demasiado gorda é inmasticable, animal feroz cuyo oblicuo desdén no nos tolera sino como parásitos estorbosos en nuestro propio hogar. A lo menos, él nos maldice en su misterioso corazón; pero todos los demás viven cerca de nosotros como pudieran hacerlo cerca de una roca ó cerca de un árbol.

No nos quieren, no nos conocen, apenas nos observan. Ignoran nuestra vida, nuestra muerte, nuestra partida, nuestro regreso, nuestra tristeza, nuestra alegría, nuestra sonrisa. Ni siquiera oyen el sonido de nuestra voz sino cuando los amenaza, y, cuando nos miran, es con la estupefacción desconfiada del caballo, en el fondo de cuyos ojos pasa como el frenesí de un ímpetu, ó con el susto de la gacela que nos ve por primera vez, ó con el melancólico estupor de los rumiantes, que no nos consideran sino como un accidente pasajero é inútil en medio de sus praderas.

—

Desde hace millares de años son, á nuestro lado, tan extraños á nuestros pensamientos, á nuestra afección, á nuestras costumbres, como si la menos fraternal de las estrellas los hubiese dejado caer ayer sobre nuestro globo. En el espacio sin límites que separa al hombre de todos los otros seres, no hemos logrado sino hacerles dar dos ó tres pasos ilusorios, á fuerza de paciencia. Y si mañana, dejando intactos sus sentimientos con respecto á nosotros, la naturaleza les diese la inteligencia y las armas necesarias para vencernos, confieso que desconfiaría mucho de la venganza impetuosa del caballo, de las represalias obstinadas del asno y del odio rabioso del carnero. Huiría del gato como huyo del tigre; y aun la buena vaca, somnolente y solemne, no me inspiraría sino una maliciosa confianza. En cuanto á la polla, de ojo redondo y listo, como buscando una alimaña ó un gusano, estoy seguro que me devoraría sin vacilaciones.

Ahora, en medio de esta indiferencia y esta incomprensión total en que vive todo cuanto nos rodea, en ese mundo incomunicable en que todo tiene su objeto herméticamente encerrado en sí mismo, en que todo destino está circunscrito á él no más, en que no hay entre los seres otras relaciones sino las de verdugos á víctimas, de comedores á comidos, en que nada puede salir de su esfera estancada, en que sólo la muerte establece crueles relaciones de causa á efecto entre las vidas cercanas, en que la más leve simpatía nunca ha dado un paso consciente de una especie á otra, entre todo lo que respira sobre la tierra, solamente un animal ha logrado romper el círculo fatídico, fugarse de sí mismo para saltar hasta nosotros, franquear definitivamente la enorme zona de tinieblas, de hielo y de silencio, que aísla cada categoría de existencias en el plan ininteligible de la naturaleza.

Este animal, nuestro buen perro familiar, por sencillo y poco admirable que nos parezca hoy lo que ha hecho, aproximándose tan sensiblemente á un mundo para el cual no había nacido y al cual no estaba destinado, ha realizado, sin embargo, uno de los actos más insólitos y más inverosímiles que podamos hallar en la historia general de la vida.

¿Cuándo se ha efectuado este reconocimiento del hombre por la bestia, y cuándo este paso extraordinario de la sombra á la luz? ¿Somos nosotros quienes hemos buscado al gozquejo, al galgo, al lebrel, entre los lobos y los chacales, ó es él el que ha venido espontáneamente á nosotros? No sabemos nada de ello. Por lejos que se dilaten los anales humanos, hallamos al perro á nuestro lado como ahora; pero ¿qué son los anales humanos en presencia de los tiempos sin testigos? Lo cierto es que él siempre ha estado en la vivienda humana, tan antiguo, tan cómodo, tan perfectamente adaptado á nuestras costumbres, como si hubiese aparecido sobre la tierra, y tal cual es, al mismo tiempo que nosotros. No necesitamos adquirir su confianza ni su amistad: nace nuestro amigo. Todavía tiene cerrados los ojos y ya cree en nosotros: desde antes de nacer se ha entregado al hombre.

Pero la palabra «amigo» no pinta exactamente su culto afectuoso. Nos ama y nos venera como si lo hubiéramos sacado de la nada. Es, antes que todo, nuestra criatura, llena de gratitud y más devota que la niña del ojo. Es nuestro esclavo íntimo y apasionado, al que nada desalienta, que nada rehusa, en el que no se altera la fe ardiente y el amor. Ha resuelto, de una manera admirable y conmovedora, el espantoso problema que la sabiduría humana tendría que resolver, si una raza divina viniera á ocupar nuestro globo. Ha, lealmente, religiosamente, irrevocablemente, reconocido la superioridad del hombre y se ha entregado á él en cuerpo y alma, sin reservas, sin perfidias, no dejando para sí, de su independencia, de su instinto y de su carácter, sino lo indispensable para continuar la vida prescrita por la naturaleza á su especie. Con una certidumbre, una desenvoltura y una sencillez sorprendente, juzgándonos mejores y más poderosos que todo lo que existe, ha traicionado, en provecho nuestro, á todo el reino animal, al cual pertenece, y reniega sin escrúpulo de su raza, de sus semejantes, de su madre, y aun de sus hijos.

—

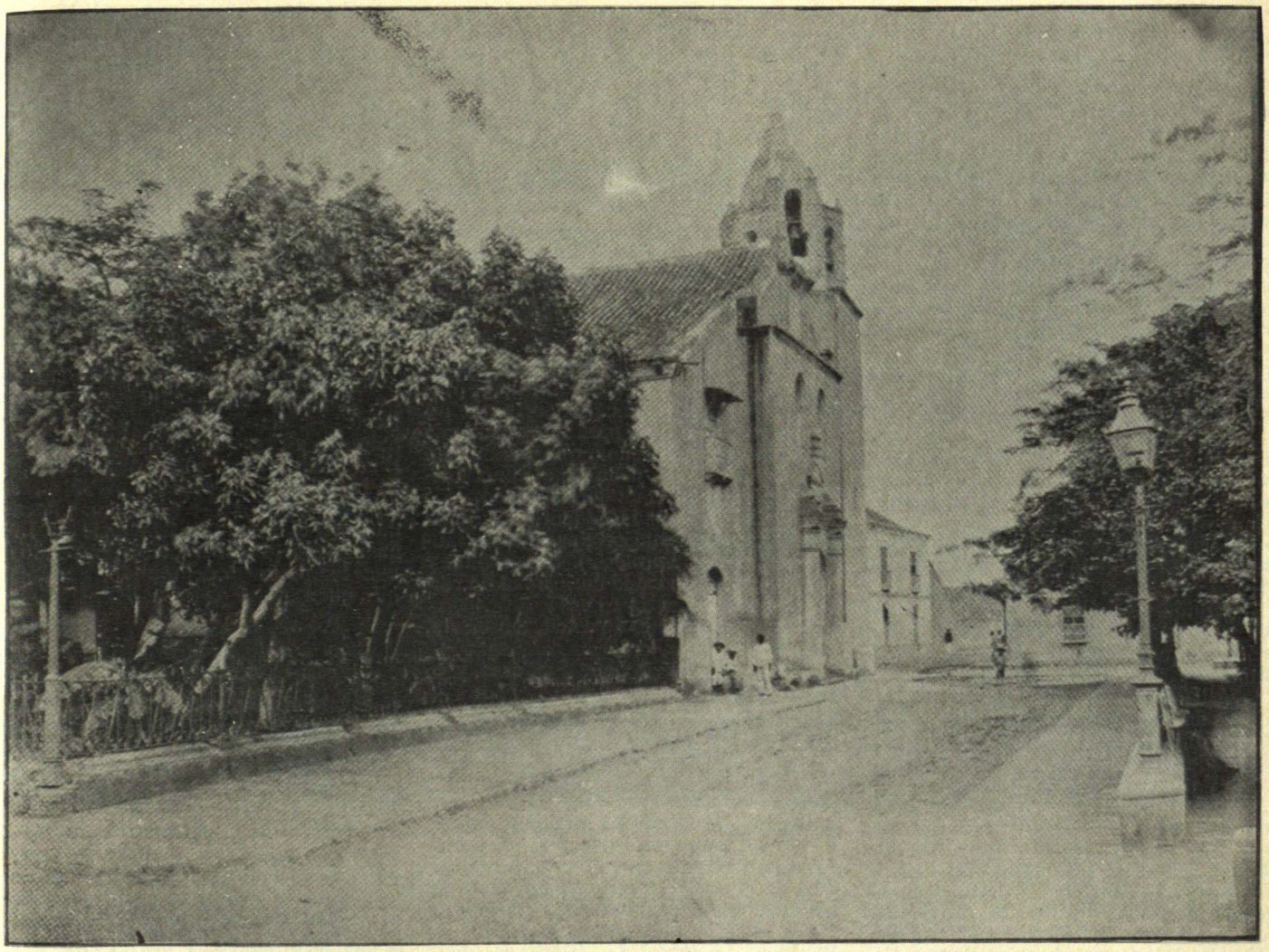
No solamente nos ama en su conciencia y en su inteligencia: parece que es el instinto de su raza, todo lo inconsciente de su especie, lo que no piensa sino en nosotros y lo que nos sea útil. Para servirnos mejor, para adaptarse mejor á nuestras diversas necesidades, ha tomado todas las formas, y ha sabido variar hasta el infinito las facultades y las aptitudes que pone á nuestra disposición.

¿Se necesita que nos ayude á perseguir la caza en la llamada? Sus piernas se alargan desmesuradamente, su hocico se afila, sus pulmones se ensanchan; se hace más rápido que el ciervo. ¿Se oculta la presa en el bosque? El genio dócil de la especie, previsor de nuestros deseos, nos ofrece el zarcero, una especie de serpiente solapada que se desliza en la maleza más cerrada. ¿Necesitamos quien conduzca el rebaño? El mismo genio complaciente le concede la talla, la inteligencia, la energía y la vigilancia necesarias. ¿Lo destinamos á guarda y defensa del hogar? Su cabeza se redondea y se hace monstruosa, á fin de que sus fauces sean más poderosas, más temibles y más tenaces. ¿Descendemos con él hacia el Sur? Su pelo se acorta y se aligera, para que pueda acompañarnos fielmente bajo los rayos de un sol tórrido. ¿Subimos hacia el Norte? Sus pies se alargan para escarbar mejor la nieve, su piel se espesa á fin de que el frío no lo obligue á abandonarnos. ¿Lo destinamos solamente á nuestros juegos, á distraer la ociosidad de nuestras miradas, á adornar y á animar el hogar? El se reviste de una gracia y de una elegancia soberanas, se hace más pequeño que una muñeca para dormirse en el regazo, aun consiente, si nuestro capricho lo exige, en hacerse ridículo para complacernos.

En el inmenso crisol de la naturaleza no se encontrará un solo sér viviente que haya mostrado una flexibilidad análoga, semejante abundancia de formas, tan prodigiosa facilidad de adaptación á nuestros deseos.

Es que, en el mundo que conocemos, entre los genios de la vida, diversos y primitivos, que presiden á la evolución de las especies, no existe ninguno, fuera del perro, que se haya jamás cuidado de la presencia del hombre.

Se dirá quizá que hemos sabido transformar casi tan profundamente ciertos animales domésticos. Sí, quizá; bien que esas transformaciones no sean comparables á las del perro y que el género de servicios que nos prestan esos animales



CORO: Iglesia Matriz. — Fotografía de Avril

permanezca, por decirlo así, invariable. En todo caso, bien sea puramente imaginaria esta impresión ó que responda á una realidad, no parece que se sienta en esas transformaciones la misma buena voluntad inagotable y cariñosa, el mismo amor sagaz y exclusivo. Por lo demás, es perfectamente probable, que el perro, ó mejor, el genio inaccesible de su raza, no se inquiete por nosotros y que no haya en realidad sino que simplemente sepamos sacar partido de las aptitudes varias que ofrecen los azares de la vida. No importa; como nada sabemos del fondo de las cosas, es preciso atenernos á las apariencias; pero siempre es consolador comprobar que, cuando menos en apariencia, existe sobre el planeta, en donde estamos solitarios como reyes incógnitos, un sér que nos ama.

— —

Sea lo que fuere de estas apariencias, es lo cierto que en el conjunto de las criaturas inteligentes que tienen derechos, deberes, una misión y un destino, el perro es un animal verdaderamente privilegiado. Ocupa en este mundo una situación única y envidiable entre todas. Es el único sér viviente que haya encontrado y reconozca un dios indudable, tangible, irrecusable y definitivo. Sabe á quien entregar lo mejor de sí. Sabe á quien darse por sobre sí mismo. No tiene que buscar un poder perfecto, superior é infinito, entre tinieblas, hipótesis y ensueños. Lo tiene aquí, ante sí, y se mueve en su luz. Conoce los deberes supremos que todos ignoramos. Tiene una moral superior á todo cuanto descubre en sí, y que puede practicar sin escrúpulo y sin temor. Posee la verdad en su plenitud. Tiene un ideal positivo y cierto. Tanto es así, que el otro día, antes de enfermar, yo veía á mi pequeño *Pelléas* sentado al pie de mi mesa de trabajo, la cola cuidadosamente recogida entre las patas, la cabeza un poco inclinada para interrogarme mejor, atento y tranquilo á la vez, como debe estarlo un santo en presencia de Dios. Era feliz con esa dicha que no conoceremos acaso jamás, puesto que esa felicidad nacía de la sonrisa y de la aprobación de una vida incomparablemente más alta que la suya. Allí estaba estudiando, bebiendo todas mis miradas, y contestándome gravemente, como de igual á igual, para enseñarme sin duda que al menos con los ojos, el órgano casi inmaterial que transformaba en inteligencia afectuosa la luz, sabía que me estaba diciendo todo lo que amor debía decir.

Y al verlo así, joven, ardiente y creyente, trayéndome en cierto modo, desde el fondo de la naturaleza infatigable, nuevas frescas de la vida; confiado, maravillado, deslumbrado, como si hubiese sido el primero de su raza, que venía á inaugurar y que estuviésemos aún en los primeros días del mundo, yo envidiaba la alegría de su certidumbre y me decía que el perro que encuentra un buen amo, es más feliz que éste, cuyo destino tambalea aún, por todas partes, en medio de tinieblas.

MAURICE MŒTERLINCK.

EL RASGUÑO

Cuando al baile vinisteis, como diosa ataviada,
á vuestros cortesanos deslumbrando á porfía,
al ver tan bello busto cada quien se decía:
«¡es la Venus de Milo por un traje velada!»

Mas en un hombro os vimos una raya encarnada:
tal la nieve sonrójase á los besos del día;
tal sangra alba paloma entre la garra fría
del azor: era púrpura con el nácar mezclada.

¿Ese mármol de Paros quien rayara insolente?
Vos echabais la culpa de un broche á la rudeza,
mas yo á la flecha de oro de Eros, el niño alado:

Al corazón tiraba: la punta torpemente
—tembloroso Cupido ante tanta belleza—
no dió en el objetivo y deslizóse á un lado!

TEÓFILO GAUTIER.
Tradujo MANUEL MESTRE GHIGLIAZZA.

CRONICAS CONTEMPORANEAS

—

LA CASA BLANCA

—

Durante muchos días del verano presente he podido ver, desde la ventana de mi cuarto, una casita blanca, situada en la falda de un cerro lejano. Desde mi albergue provisional recreaban mi vista numerosos huertos poblados de árboles frutales y separados unos de otros por cercas de piedras y cetos de zarzamoras; más allá, un riachuelo, que parecía refunfuñar malhumorado al arrastrar su menguada corriente por el cauce peñascoso; luego praderas extensas, á las que servían como de cenefas álamos y fresnos; después pardas y áridas colinas, y, por último, á media ladera de la más alta y distante de todas, la casa de mi relato.

Por la tarde, cuando ya «hacían sombras de leguas las montañas», todavía los rayos del sol iluminaban la casa blanca, semejante, á la distancia que yo la veía, á una oveja perdida en el monte. Ni un árbol cerca de la casa, ni un camino; para llegar hasta ella había que ir á campo traviesa.

—¿Quién vive allí?—pregunté á uno de los arrieros que conocen á palmos las trochas, sendas y veredas de aquellos montes.

—Allí—me contestó—vive, hará como media docena de años, un señor que desde el día que llegó á la casa no se ha apartado de ella un tiro de piedra.

—¿Y usted le conoce?

—Sólo una vez le he hablado: es un hombre recio, de barba y pelo entrecanos, muy serio y muy caballero. A lomos de mis mulas le llevé yo desde Madrid unos cajones y maletas, y después de pagarme muy bien el porte, me dió dos duros de propina. Yo recelo que á él ha debido de pasarle algo muy gordo.

—Y la casa, ¿existía antes de vivir ese señor en ella?

—¡Quiá! No, señor. ¿Cómo quiere usted que ningún cristiano, no siendo un desesperado, se hubiese ido á pasar su vida en ese destierro, en donde por no haber ni siquiera hay pájaros? El señor ese de quien he hablado á usted, mandó á hacer la casa, y en cuanto la vió acabada vino á vivir en ella. No crea usted, aunque parece chica desde aquí, es bastante grande; tiene un portal á estilo de pueblo, y tiene también un jardín pequeño que cae del lado de allá, y un corral con una porción de bichos.

—¿Vive solo con ellos ese señor?

—No: le asiste y cuida un criado más viejo y más serio todavía que el amo. Cada quince días ese criado monta en un borriquillo y va á buscar, ya á un pueblo, ya á otro, lo que á su señor y á él les hace falta.

*
* *

El relato, que aquí copio tal como lo oí, me hizo mirar con más interés que antes la casa blanca. «La taravilla de molino» de mi imaginación no se daba un punto de reposo. ¿Habría ido el dueño de aquella casa á curarse allí de una gran pena, de uno de esos dolores que matan el alma y le quitan la esperanza? ¿Sería un perseguido, un criminal acaso? ¿O sería tal vez un filósofo ibseniano, que buscaba la fortaleza en la soledad?

Aunque enemigo de entrometerme en vidas ajenas, sentía grandísima comezón por hacer una visita á aquel misterioso solitario. Al fin una tarde me decidí, crucé las huertas, atravesé el río y las praderas, y con harta fatiga trepé por el agrio repecho en que blanqueaba la casa de mis preocupaciones. Ladridos furiosos de perros, una voz que los calma, y un hombre en pie bajo el emparrado que da sombra al dintel de la casa.

Era, en efecto, el señor de ella como el arriero le había descrito. Vestía traje de pana cenicienta, calzaba gruesos zapatos de campo y cubría su cabeza con sombrero de anchas alas. Esta vestimenta campesina no encubría ni los finos modales, ni el aire señorial del que con ella iba ataviado.

Entre la fatiga de la trabajosa ascensión y la dificultad de explicar mi presencia en aquel sitio, es lo cierto que no encontraba camino para empezar mis hablas con aquel señor, que me miraba con extrañeza. Al cabo de algunos instantes rompió él el enojoso silencio.

—A usted, sin duda, le han hablado de mí como de un ente original y raro (movimiento mío de protesta). Sí, original y raro, y ha tenido usted curiosidad de verme y hablarme. ¿No es eso?

—Me han hablado de usted, en efecto, pero con elogio.

—Es igual; usted viene á mi casa, y yo me complazco en recibirle.

Dí las gracias, é invitado por mi cortés interlocutor, entré en el ancho portalón, crucé una espaciosa sala con muebles de comedor, y entré en un gabinete con dos grandes ventanas que daban á un jardín ó huerto, cuyos árboles metían atrevidamente sus ramas en la estancia. Los muros estaban cubiertos de estantes cargados de libros. Delante de un sillón de baqueta había una gran mesa frailuna, y sobre ella, amontonadas, profusión de Revistas: *La Revue*, *La Revue des deux Mondes*, *The Museum*, *La España Moderna*, *La Nueva Antología*, *Review of Reviews*. Con las cubiertas rojas, azules y verdes de las Revistas, formaban contraste las tapas amarillas de algunos libros de los más recientemente publicados.

—Le llamará á usted la atención ver aquí, en esta especie de madriguera, todos estos libros y publicaciones.... Son mi único lujo y mis únicos amigos.

A todo esto el criado, silencioso y grave, nos sirvió sendos *bocks* de cerveza.

—Crea usted me dijo mi noble huésped—que celebro de todas veras su venida á este destierro. Años hace que no cruzo la palabra más que con este criado, y semanas enteras se pasan sin que uno ni otro digamos «esta boca es mía.»

La vida de usted aquí—dije yo—será muy aburrida.

—No lo crea usted—me replicó.—Tengo mis libros, mis animalejos, mi jardín. Además, el que sabe mirar encuentra interés en todas las cosas: los afanes de las hormigas; el seguir día por día y hora por hora el crecimiento misterioso de las plantas y el desarrollo de las aves domésticas; la contemplación del cielo, lo mismo cuando se tiñe de grana, anunciando la salida del sol, que cuando palidece y se cubre de estrellas; las nubes que pasan; la bandada de aves emigradoras que se alejan; el brillar de los insectos entre la hierba, son espectáculos que me atraen con mayor fuerza que en otro tiempo las fiestas y regocijos de las grandes ciudades.

—Pero todo eso es una contemplación pasiva. La vida es algo más que un espectáculo: es actividad, movimiento, lucha....

—¡Oh! todo eso me lo sé de memoria; lo he oído repetir cien veces, y aun yo mismo lo he propalado cuando vivía en medio del torbellino del mundo. Sí, yo he tenido pasiones insensatas: he soñado con la gloria, he creído en una porción de fantasmas que se han desvanecido como el humo, y al cabo he comprendido que todo ello es vanidad de vanidades y todo vanidad.

—Hay, sin embargo, quien afirma que la vida es *plenitudo plenitudinis, et omnia plenitudo*.

—Sí, conozco ese cantar; es de Unamuno. Ahí lo he leído—dijo señalando una Revista—; pero, ¡qué quiere usted!, entre Salomón y Unamuno, estoy por Salomón. Bien están las ilusiones para el que puede tenerlas; pero una vez perdidas, son como la fe: jamás se recobran. ¿Recuerda usted el anhelo de fray Luis de León cuando, «roto casi el navío», huyendo del mar tempestuoso del mundo, exclamaba que quería vivir

> «A solas, sin testigo,
> libre de amor, de duelo,
> de odio, de esperanza, de recelo»?.....

pues tal es mi deseo único, que he podido realizar en este triste, quizás, pero pacífico rincón. Aquí no tengo que sufrir ni el ajeno arbitrio, ni la malevolencia de los enemigos, ni el afecto interesado de los amigos, ni engaños, ni desengaños, ni mordeduras de la envidia, ni agobios del presente, ni incertidumbres del porvenir. Aquí puedo ser á toda hora yo mismo, sin sentirme deformado espiritualmente por el choque y roce con la sociedad. Aquí, créame usted, siento el placer inefable de la paz.

—Pero la paz es la muerte; la Iglesia, con su profunda sabiduría, dirige esta exhortación á los muertos: «Descansa en paz».... La paz es el sepulcro.

—Sea; pero si es al mismo tiempo un gran bien, ¿por qué no adelantar para nosotros su goce? Por qué no ajustar nuestra vida en lo posible á ese ideal de serenidad que la Iglesia nos desea? ¿Cree usted que es más feliz que yo el que á estas horas anda intrigando para saciar su ambición, ó para conquistar un aplauso, ó para ceñirse una corona de oro ó de laurel, que tanto monta? Si la vida es un circo, yo prefiero mirarla desde la grada á pelear en la arena.

Fuí á contestar, y mi interlocutor me interrumpió:

—Dirá usted que esto es egoismo.... Lo es, sin duda; pero si usted analiza los actos humanos, en todos ellos verá el egoismo como resorte principal. El eremita que se retira al desierto y el monje que se encierra en un convento de la Trapa ¿qué buscan sino es su eterna felicidad, sacrificando en aras de ella los bienes temporales? Y ¡qué placer tan grande el que proporciona el apartamiento del mundo! Cierto estoy de que Carlos V sentíase más feliz en su celda de Yuste que entre las aclamaciones de sus soldados después de la batalla de Mulberg. ¿Sabe usted lo que consideraba Cicerón como el bien supremo? Una biblioteca en un jardín. Poco há leí una anécdota que confirma mis ideas sobre el aislamiento.

EL *COOLIE* REEMPLAZANDO LA LOCOMOTORA EN MANCHURIA

Eleonora Duse, la gran trágica italiana, visitó hace algunos años la quinta próxima á Niza en que esperaba resignada la muerte la madre de Guy de Maupassant. La anciana señora, al despedirse de la artista, le dijo:

—Veo con pena que está usted triste.

Sonrióse melancólicamente la Duse, y la anciana siguió:

—Es usted joven y hermosa; el público la aplaude con frenesí; su fama vuela por todas partes; tiene usted riqueza, amor, gloria.... ¿Qué le falta?

—*¡Pace!*—contestó con voz ronca la gran trágica.

*
* *

El sol se había ocultado ya, y la distancia que tenía yo que recorrer era larga. Me despedí de mi amable interlocutor, que me acompañó hasta algunos pasos de la casa. Emprendí el camino de la mía, y al volverme para saludarle le ví por última vez erguido, tranquilo y sonriente, en medio de aquella soledad, más solemne aún con las sombras del crepúsculo.

Cuando entré en el pueblo era ya de noche: los trabajadores del campo volvían, cantando, de sus faenas; grupos de chiquillos jugaban alegremente a las puertas de las casas; por las ventanas entreabiertas veíanse los hogares, y en torno de ellos atareadas mujeres que preparaban la rústica cena.

Entonces, á pesar de todas las filosofías del señor de la casa blanca, pensé en su triste soledad y tuve lástima de él.

AUGUSTO F. VILLEGAS.
[Zeda.]

IN MEMORIAM

MANUEL FOMBONA PALACIO

—

Alma feliz! Dejada la envoltura
De frágil barro, en ángel transformada
Cruzó cantando la celeste altura.

Y ante el Juez de los orbes prosternada,
Con sencilla oración dejó rendida
La cuenta de su lúcida jornada:

*

—Señor, aquí estoy ya. Bajo la egida
De tu inmutable ley, vengo á tu seno
Fuente de luz y manantial de vida.

De culpas libre y de rencor ajeno,
Salí del triste mundo en que me viste
Compadecer al malo, amar al bueno.

Todos los altos bienes que me diste:
Nobleza, inspiración, inteligencia,
Los consagré al amor que me pediste.

Mi norma fue tu voluntad: la Ciencia,
Que amé como obra tuya y sol del alma,
No maculó el cristal de mi conciencia.

Y cuando avaras de mi dulce calma
Me acometieron dudas y pasiones,
Luché con ellas y alcancé la palma.

Planté un verjel de castas ilusiones
Santuario del honor, donde resuena
Tu nombre entre plegarias y canciones.

Por Tí, Señor, lo abandoné sin pena,
Como holocausto del amor profundo
Que á tu trono de gloria me encadena.

También te ofrendo mi ideal fecundo,
Mi lira de poeta, y estas flores
De bendición que recogí en el mundo;

Porque nada hay sin Tí. De los ardores
En que la ciega humanidad se inflama,
Sólo quedan tinieblas y dolores;

Y el Arte es himno que tu nombre aclama,
Sacra pasión que nos eleva al cielo
Para ser mariposas de tu llama.

Refugiado el poeta bajo el velo
De tu divina gracia, su albedrío
Pone al compás del celestial anhelo....

Tal es la cuenta que á tus plantas fío;
Recíbela á merced, alza tu mano
«Y hágase en mí tu voluntad, Dios mío».

*

Poetas! bendecid á vuestro hermano!
Seguid á la fulgente mariposa
Rumbo á la luz del Eternal Arcano.

Son esos los que ciñen la gloriosa
Corona que los ángeles prefieren;
Son esos los que triunfan de la fosa!
Son esos los que nacen cuando mueren!

P. FORTOULT HURTADO.

18 de noviembre de 1904.

LA PRUEBA

—

(ESBOZOS PARA UN DRAMA EN PREPARACIÓN)

(Un salón con dos puertas laterales. A la derecha una ventana que da á la calle. Entre la ventana y la puerta una chimenea. Al fondo dos cónsolas adornadas con grandes búcaros y coronadas de espejos. Los muebles son antiguos y todo huele en la habitación á mezquindad de alma. Estamos en una casa de gente opulenta, pero primitiva, que no ha adoptado todavía el moderno bienestar, que sigue repitiendo gestos anteriores. En la calle se oye la música monótona y triste de un organillo. María está á la izquierda, disponiendo en los búcaros hermosos ramilletes de rosas blancas. Presta oído á la serenata. De pronto vacila, se acerca al balcón, y arroja una moneda al músico ambulante. Luego vuelve á colocar las flores en los jarrones que están á la derecha. Dolores entra lentamente, en silencio. Pasea los ojos por la habitación y repara en María que está ensimismada. La música cesa).

DOLORES *(humildemente).*—María.....

MARÍA *(volviéndose)* —¡Ah!.....Eres tú, mi buena amiga...Buenos días...¿Estás mejor?

(Los ecos del organillo entran de nuevo por la ventana abierta).

DOLORES.—A mi edad no es posible estar mejor...La vida emborracha.....Al que ha vivido muchos años le ocurre lo que al que ha bebido mucho vino: no puede tenerse en pie.

MARÍA.—*(Que ha permanecido distraída, prestando oído á la música).* ¡Oh!.....esa música....esa música.....La calle está desierta..... ¿Qué busca ese hombre?

DOLORES.—Es un ciego. Le he visto al subir. Está encorvado bajo la lluvia y envuelto en harapos. Tiene hambre quizás.....

(La música cesa otra vez.)

DOLORES.—*(Prosiguiendo, como si hablara sola, mientras María se ha quedado con los ojos fijos en la ventana.)* Los pobres.....Los pobres no somos como los ricos.....no tenemos derecho á la felicidad.....¡Cuanta miseria!..... En mi pequeña guardilla siempre hay alguno que aguarda la hora de comer.....yo les doy lo que sobra en la casa...

MARÍA.—*(Despertando.)* ¿Y Vely, aquel viejo mecánico que trabajaba en la fábrica?

DOLORES.—Está en el Hospicio. Los hombres son como las máquinas, se les reemplaza cuando no sirven.....¡Ya no encontraba trabajo!....¡sesenta años!.....La señora de Enriquez le concedió por favor una cama en el hospital de beneficencia....Es tan difícil conseguir una cama en ese hospital....Todos no tenemos derecho á morir allí....

MARÍA. Es verdad....

(La música vuelve á resonar en la calle. Se oyen las voces de una disputa. María y Dolores abren la ventana para ver lo que ocurre.)

DOLORES.—*(Mirando hacia la calle.)* Le prenden....

MARÍA.—*(Con miedo.)* ¿Por qué?.....

(Las dos mujeres se toman de la mano y se quedan sobrecogidas, como si siguieran con los ojos una escena.)

DOLORES.—*(Cerrando la ventana.)* La música era demasiado triste.....

MARÍA.—*(Enjugándose los ojos.)* Es verdad, hacía daño....

DOLORES.—¿Lloras?

MARÍA.—Esos músicos ambulantes son el símbolo de mi suerte....Sola en el mundo, recogida en esta casa por caridad, obligada á una servidumbre eterna, respirando la desgracia por todas las bocas del corazón.....¿Qué quieres que haga?.....Hay momentos en que siento bruscas sacudidas de independencia....Quisiera beber aire, abandonar esta prisión donde se agotan mis ansias, abrir hueco en las tinieblas, ir más allá...Aquí no tengo nada.....nada más que tu amistad. Mi vida ha sido siempre así... y así será hasta que muera...¿Te acuerdas?... Hace mucho tiempo, mucho tiempo,....cinco años quizá...Era un día triste,....como hoy..... A mi me habían despedido del colegio en que estaba internada, porque ya no había quien pagase mi pensión.....El hombre que enviaba el dinero todos los meses.....mi padre.....á quien nunca he visto.....que no sé cómo se llama..... se había olvidado de mí....había muerto acaso....No lo sé.... Hacía más de un año que la directora no recibía nada.....Entonces....ya te imaginas.....Me tenía allí por compasión.....Si supieras lo que he sufrido en aquella casa.... Cuando vió que el dinero no venía, comenzó á hacerme sentir mi estado, á decirme que yo vivía allí de limosna,....á humillarme ante las demás....á obligarme á servirlas.....Yo soporté al principio todo con humildad.....Bastante hacían con no echarme de la casa....Me hice pequeñita, pequeñita, como una niña de dos años...Y ya tenía quince.....Comprendía todo y me desgarraba el alma, porque siempre ha habido en mí no sé qué fermento altivo, como si recordase las cimas de un origen.....Pero entonces hice cuanto pude para inclinarme y dominar mis instintos.....Acepté la situación, creyendo que á fuerza de acurrucarme y acariciar, acabarían por quererme.....Pero aquellas gentes eran malas....malas.....Cuando las otras alumnas me vieron descender casi al rango de criada, comenzaron á tratarme con una autoridad despreciativa que me desgarraba el corazón....No sé cómo, descubrieron que yo no tenía padres, y me agobiaron bajo sus ironías sangrientas....«La pobre María no se podrá casar—decía una—porque como no tiene padres, no se sabe de dónde viene»....«Por supuesto,—añadía otra,—se ignora dónde ha nacido; no tiene casa ni nombre»....«¿Cómo te llamas?»—insistía la más pécora....«María», murmuraba yo, roja de vergüenza.....«María, sí; pero ¿María qué? ¿no tienes un apellido?».....Ellas lo sabían, pero encontraban placer en recordármelo á todas horas.....Una vez, una me dijo que mi madre había sido una perdida.....y no pude contenerme....La cogí por un brazo, la apreté contra el muro....«Repite que mi madre era una perdida», le dije....Ella, ciega de cólera, me gritó: «Sí, sí, era una perdida....»Entonces no sé lo que pasó....Una nube se extendió ante mis ojos....y, sin saber lo que hacía, la cogí por los cabellos y la arrastré por el patio....A las voces, acudieron las otras alumnas y la directora....Todos estuvieron contra mí.... La muchacha se levantó con los ojos llenos de odio y contó á su capricho lo que había pasado. Yo me negué á desmentirla....El alma de todas aquellas gentes era tan pequeña, que no me hubieran comprendido....Desde ese día empezó un nuevo martirio para mí. La directora me amenazó de mil maneras, me dijo que yo era una hija de la casualidad, que no podía equipararme á las otras niñas..... Ellas tenían un porvenir, mientras que yo no tenía nada....Me repitió que las otras pagaban y que yo estaba ahí por caridad.....Me advirtió que desde ese día comenzaba un nuevo orden de cosas: yo limpiaría de mañana las salas de estudio y ayudaría á las faenas de la casa. Según ella era indispensable modificar mi carácter y *combatir en mí las malas herencias*..... Comprendí que ella también se refería á mi madre y me mordí los labios....

¡Pobre madre mía!....Yo no la he visto nunca, pero la quiero mucho, porque ha debido ser muy desgraciada.....Si las gentes se ensañan tanto contra su memoria, ¡que no habrán hecho contra ella misma!....Mi vida en aquella casa se hizo imposible. Todo era reproches y castigos. Cuanto más cuidado ponía en contentar á la directora, más exigía ella de mí, más descontenta se mostraba, más rudas eran sus frases....Y cuando yo le decía que por qué no me expulsaba, que por qué no me dejaba salir de allí, me azotaba con insultos y me insultaba con golpes...Conservaba todavía la esperanza de que mi padre pagaría los meses atrasados... Por eso me retenía. Pero, ¿dónde estaba mi padre? Nadie sabía nada de él. Cuando la directora se convenció de que era cosa perdida, hizo un lío con mis ropas y me ofreció llevarme á una agencia de colocaciones. Yo me negué...y salí sola.....sola.....¡que extrañas me parecieron las calles!.....Toda la mañana erré por ellas, con los ojos vacíos, sin atreverme á entrar en ninguna parte,....Andando, andando, me encontré en una gran plaza y me senté en un banco, al sol...¿Te acuerdas? Tu pasabas por ahí, cargada con tu cesta, porque venías del mercado.....Te sentaste á descansar también....Me hablaste.....nos estrechamos la mano,...y como nuestras manos sudaban tristeza, se quedaron unidas.....Fuiste tan buena conmigo! Me trajiste aquí, hablaste en mi favor.....Si entré en esta casa con resignación, fué porque sabía un poco más de la vida.....Y aquí estoy, aguardando, sin saber qué es lo que aguardo. Cuando tú llegas, me parece que tengo menos miedo en este palacio habitado por fantasmas....Anoche leí un cuento triste: la historia de una desgraciada como yo, que se extrangula porque no sabe quienes fueron sus padres....¿Sé yo acaso dónde están los míos?....Mi destino es ser una sirviente....No me quejo. Pero todo lo que ocurre ante mis ojos es tan injusto, que me parece que estoy soñando....

DOLORES.—No, tú no sueñas; tú ves. Los que sueñan son ellos. *(Señalando el interior de la casa.)*

MARÍA.—Por eso son más felices.

(Se oye en las habitaciones de la izquierda un murmullo de risas.)

DOLORES.—Vienen.

MARÍA.—*(en voz baja).*—Que no nos encuentren aquí.

ESCENA II

(Entran ruidosamente.)

DOÑA JOSEFA.—Ya traerán todo. Para don Domingo el grog humeante, para Felipe el Oporto, rojo como la cinta de la legión de honor...

JULIA *(á Felipe).*—Es verdad; ¿cuándo le decoran á usted?

FELIPE.—Siendo extranjero, es difícil obtenerlo.

DON DOMINGO.—Sin embargo, sus trabajos químicos son conocidísimos en Francia.

JULIA.—Ya verán ustedes como á raíz de la próxima promoción se nos aparece el doctor Romero con el ojal florecido.

DOÑA JOSEFA.—¡Quién con más méritos! *(continuando su enumeración interrumpida)*...Para Felisa, naturalmente, lo mismo que toma su marido....para Enriqueta no sé.....porque las las mariposas no tienen costumbres...

ENRIQUETA.—*(Que está hojeando un álbum en un ángulo del salón.)* Hoy tomaré té, aunque ya va pasando la moda de tomar té!...*(observando una fotografía.)* Pero, ¿quién es este chicuelo, Josefa? Parece una langosta con sus pantalones ajustados y su gorro en punta....

DOÑA JOSEFA.—¿El que está á la entrada de una escalera?

ENRIQUETA.—Sí.

DOÑA JOSEFA.—Es Alberto, cuando tenía seis años. Me acuerdo que le hicimos retratar el mismo día de su natalicio....

(Todos rodean á Enriqueta para ver la fotografía.)

DON DOMINGO.—Los ojos tienen la misma expresión.

JULIA.—Sí, pero mirele usted la ropa....

FELIPE.—Lo que me gusta es el gorro...

FELISA.—*(como un eco de su marido.)*—El gorro....

JULIA.—¡Como cambian las modas! ¿Se acuerdan ustedes de aquellas mangas que se llevaron hace diez años?

VENUS DESARMA A CUPIDO.—Por F. Boucher—(Colección de Alfredo de Rothschildt)

DON DOMINGO.—*[amargamente.]* Todo pasa.

FELIPE.—*(completando.)* Y muchas costumbres de hoy serán mañana retratos antiguos.

DON DOMINGO.—*(irónico.)*—Ya saben ustedes que el doctor es revolucionario, á pesar de la cintita roja.

[Vuelven á sentarse en grupo en el salón.]

JULIA.—Si todos los revolucionarios fuesen como el doctor Romero, la revolución sería un juego de sociedad....Déjenle ustedes derribar, que no corremos ningún riesgo....El doctor es un hábil aplacador de muchedumbres....

FELIPE.—Si es así, no son ustedes los que deben quejarse. Por lo demás, no soy revolucionario. Me parece hábil hacer ciertas concesiones al espíritu subversivo que nos rodea... Hay que defender nuestras buenas tradiciones. Todo se empieza á poner en tela de juicio: nuestras creencias, nuestros derechos.....Y es necesario encontrar medio de contrarrestar la amenaza....

DOÑA JOSEFA.—El doctor será diputado.

DON DOMINGO.—Y ministro....

JULIA.—Y presidente....

ENRIQUETA.—*(Cerrando ruidosamente el álbum.)* Y cuando seas presidente papá, me casarás con un diplomático que tenga mucho dinero....

DOÑA JOSEFA.—Esto del diplomático me recuerda la aventura de Elvira, la hija del abogado que defendió á mi marido, en el pleito que tuvo con la familia de aquel obrero que murió entre las máquinas.

DON DOMINGO.—Narvaz, dice usted.

DOÑA JOSEFA.—Narvaz, cabalmente. Pues la hija se entusiasmó con los títulos de un portugués que llegó aquí hablando de su situación política y de su inmensa fortuna, se casó con él, partieron para Lisboa,...y se encontró con la policía que les esperaba en el puerto. El opulento marqués resultó un simple caballero de industria....

ENRIQUETA.—*(Contrariada).*—Pero todos los nobles no son así.

DON DOMINGO.—Tienes razón....y cuando tu papá esté en el poder, podrás elegir el muñeco que más te guste.

ENRIQUETA.—No se burle usted de mí, don Domingo, porque cuento lo que ví en el paseo ayer de tarde....

JULIA.—*(Con alegre vivacidad)* ¿qué viste? ¿qué viste?....si nos lo cuentas te regalo un.... ¿qué te regalaré?....

FELIPE.—No le regale usted nada, porque es una indiscreta...¿sabes acaso lo que vas á decir?....

ENRIQUETA.—Sí que lo sé.....Como que me hizo mucha gracia....

JULIA.—A ver, á ver....

DON DOMINGO.—*[Mal humorado.]* ¡Parlanchina!

DOÑA JOSEFA.—Déjela usted, don Domingo.

ENRIQUETA.—Pues han de saber ustedes que cuando regreso con la institutriz de casa del profesor de baile, atravieso esos jardines adonde van los niños á jugar durante las horas de sol. Aquello está lleno de amas de cría y de niñeras...Y es el caso que al internarme en un sendero poco frecuentado, en un banco, frente á una fuente...¡no!...¡no!.....¡no se puede decir!

(Don Domingo, que ha hecho gestos de im-

paciencia mientras Enriqueta hablaba, se levanta y se pone á pasearse á lo largo del salón.)

JULIA.—Sí, sí, dilo, dilo, (*se levanta y se apoya en el respaldo de la silla de Enriqueta*) dilo porque si no me enfado.

FELIPE.—[*que se ha levantado y ha ido á juntarse con don Domingo.*] No la haga usted caso; son niñerías.

(*Don Domingo hace un gesto de denegación.*)

ENRIQUETA.—Pues en el banco, frente á la fuente, ví sentado á don Domingo...A su lado estaba una criadilla, con un chiquillo en brazos...Nada más natural, dirán ustedes. En un jardín público todo el mundo puede sentarse en los bancos...Pues no, no era natural; porque si no, ¿cómo me explican ustedes que tuviera don Domingo una horquilla colgada del bigote?

DOÑA JOSEFA.—(*oprimiendo enérgicamente el botón de la campanilla eléctrica.*—María!

.....

MANUEL UGARTE.

BLANCA

—

I

Amo los blancos lirios porque tienen
el color inefable de tu cara;
y en su cáliz el cándido perfume
de tu alma.

II

A orillas de un torrente que se arroja
en salto, que conmueve la montaña,
miré mecerse un lirio salpicado
por el agua.

En torno viejos pinos pesarosos,
lentamente, al fragor, cabeceaban;
á lo lejos la nieve de la cumbre,
sonrosada

por el último beso de la tarde;
y, más allá, la florescencia casta
de las estrellas que en el hondo cielo
comenzaba.

Entre enorme explosión de flores libres,
salvajes por silvestres,—pura y blanca—
aquella flor doblábase en su tallo
y miraba

hacia abajo, con ansias de arrojarse
en la enorme parábola del agua....
Y recordé tu amor, á las orillas
de mi alma.

III

¡Oh Noche! tú miraste que el torrente
bramó por prevenir el mal....y nada!
La flor cayó en sus brazos, y él, rugiendo,
lanzó hasta el cielo sus espumas blancas
como huyendo de sí; mientras los pinos,
los viejos pinos, pensativos, graves,
lentamente, al fragor, cabeceaban,
bañados por la luna que surgía
como un sér sin amor, sin esperanza.

IV

No inclines la corola hacia el abismo
de mi alma;
tengo sobre el torrente un privilegio:
la palabra.

JESUS E. VALENZUELA.

EL REY JOVEN

—

Era la tarde anterior al día fijado para su coronación, y el rey joven hallábase sentado, solo, en su hermosa cámara. Los cortesanos habían solicitado su permiso, inclinándose hasta el suelo conforme el ceremonial, para retirarse á la gran sala del Palacio, donde recibirían algunas últimas instrucciones del maestro de ceremonias; porque aún quedaba entre algunos de ellos, cierta llaneza, lo que—apenas hay necesidad de decirlo—es tan disgustante en un señor de la corte.

El joven muchacho—era en efecto un muchacho, pues no tenía más de diez y seis años—no lamentó el alejamiento de los cortesanos. Arrojóse con un suspiro de satisfacción sobre los dos cojines de su bordado lecho, y allí permaneció, fijos los ojos y abierta la boca, como un fauno ó como un animal de los bosques recientemente apresado por los cazadores.

Y en verdad eran cazadores quienes le encontraron. Habían caído sobre él por casualidad, mientras seguía, desnudo, con la zampoña en la mano, el rebaño del pobre cabrero, su educador y de quien imaginaba ser hijo. Nacido de la única hija del viejo rey, fruto del nacimiento secreto de aquella con un hombre que le era muy inferior,—un extranjero, decían algunos, que por el mágico poder de su laúd, hízose amar de la princesa, y según otros tratábase de un artista de Rimini á quien ella acogiera con honores, quizá con demasiados honores, y que desapareció luego, dejando inconclusa la obra que realizaba en la catedral—fué, á los ocho días de su nacimiento, robado á su madre durante el sueño y puesto al cuidado de un paisano y de su mujer que no tenían hijos y vivían en un separado rincón del bosque, á más de una jornada de camino de la ciudad. La pena,—la peste, según declaró el médico de la corte—ó como sugiriéronlo algunos, un activo veneno italiano administrado en una copa de preciado vino, mató en menos de una hora, después de comenzado el sueño, á la princesa. Y mientras el mensajero que llevaba el niño en el arzón de su silla, saltaba á tierra, de su corcel fatigado, y golpeaba la ruda puerta del cabrero, el cuerpo de la princesa era depositado en el fondo de una fosa cavada en un cementerio abandonado, lejos de las puertas de la ciudad, fosa donde yacía igualmente—decíase—el cadáver de un hombre joven extranjero y maravillosamente hermoso, cuyas manos ligábanse en la espalda con una cuerda y cuyo pecho descubría innumerables y rojas heridas.

Tal era por lo menos la historia que se refería al oído, en voz baja. Lo cierto era que el viejo rey, en su lecho de muerte, impulsado, ya por el remordimiento de su culpa, ya por el simple deseo de evitar que pasase el reino á extrañas manos, había hecho buscar al niño y, en presencia del Consejo, reconocídole por su heredero.

Y parece que, desde el instante de su reconocimiento, reveló indicios de esta rara pasión por la Belleza que debió tener una tan gran influencia sobre su vida toda. Aquellos que le acompañaron en el recorrido de las habitaciones para él destinadas, hablaron de la exclamación brotadá de sus labios, cuando vió los delicados vestidos y las ricas joyas que le fueron preparadas, y de la alegría, casi salvaje, conque desembarazóse de su ruda túnica de cuero y de su toscomanto de piel de carnero.

A veces, por cierto, faltábale la vida libre de los bosques é irritábase del fastidioso ceremonial de la corte que le absorbía tantas horas del día; pero el maravilloso palacio, del que hallábase ahora dueño, pertenecíale como un nuevo mundo de goces para él creado, y cuando lograba escaparse del Consejo ó de la cámara de audiencias, precipitábase escalera abajo hacia los leones de bronce dorado y hacia las gradas de deslumbrante pórfiro, y circulaba de sala en sala, de corredor en corredor, como quien buscase en la contemplación de cosas bellas, un remedio á sus males, una especie de confortamiento á su convalescencia.

Durante sus viajes de exploración, como decía—(y realmente eran para él verdaderos viajes á través de un maravilloso país), acompañábanle á veces esbeltos pajes de la corte, de cabellera rubia, mantos flotantes, alegres cintas que ondeaban; pero casi siempre iba solo, sintiendo, por decirlo así, instintivamente, por una suerte de adivinación, que se aprende mejor los arcanos del Arte en secreto, y que la Belleza, como la Sabiduría, ama al adorador solitario.

En esta época referíanse de él muchas historias curiosas. Deciase que cierto grueso burgomaestre, llegado para presentar un memorial muy pomposo en nombre de sus administrados, habíale sorprendido de rodillas, en actitud de veneración, ante un gran cuadro enviado de Venecia, que parecía anunciar el culto de dioses nuevos. Otra vez desapareció durante varias horas y, después de mucho buscarle, encontrósele en una pequeña cámara de la torrecilla norte del castillo, contemplando, como en éxtasis, una piedra preciosa griega que representaba á Adonis. Habíasele visto—la noticia se extendió—aplicar besos de fuego sobre la marmórea frente de una estatua antigua, hallada en el lecho del río, fuera de donde se construye el puente, y que llevaba como inscripción el nombre del esclavo bitinio de Adriano. Y una noche entera pasó en observar el efecto de los rayos lunares sobre una imagen en plata de Endimión.

Todas las cosas raras y preciosas ejercían verdaderamente una gran fascinación sobre él, y en su imperioso deseo de procurárselas, envió al extranjero sus servidores: á los mares del Norte para comprar ámbar á los pescadores; al Egipto para buscar esa curiosa turquesa verde, que se encuentra únicamente en las tumbas de los reyes y á la que se atribuye propiedades mágicas; á Persia para traer sedas y alfarería; y á la India para adquirir gasas, marfil, piedra de luna, brazaletes, maderas de sándalo, esmalte azul y chales de lana fina.

Pero lo que le preocupaba sobre todo, era la ropa que debía llevar el día de su coronación, la ropa tejida con oro, y la corona ornada de rubíes y el cetro con sus hileras sucesivas de perlas. Y en esto tenía su pensamiento esa tarde, mientras estaba extendido sobre su magnífico lecho, mirando el gran leño de pino que se consumía en el hogar abierto. Los dibujos trazados por los más famosos ar-

MUERTE DEL MARISCAL BESSIÈRES EN LA BATALLA DE LUTZEN, 1813.—Cuadro de E. Boutigny

tistas de la época, habíanle sido ya presentados desde hacía varios meses, y entonces dió orden de trabajar noche y día para su realización; era preciso revolver al mundo entero para hallar joyas dignas de ser empleadas en la obra. Y en su imaginación, él veíase, de pie, ante el altar mayor de la catedral, en la soberbia vestidura de un rey; una sonrisa se deslizó y quedó sobre sus jóvenes labios é iluminó sus ojos, sombríos como el bosque.

Después de algunos instantes de meditación, levantóse de su lecho y apoyándose en la campana esculpida de la chimenea, miró á su alrededor en la semi-oscuridad de la sala. Ricos tapices representando el triunfo de la Belleza, cubrían los muros. Un gran armario, incrustado de ágatas y de lapis-lázuli, llenaba un rincón, y, haciendo cara á la ventana, había un pequeño gabinete curiosamente trabajado,—con *panneaux* de laca empolvados ó pintados de oro,—sobre el que estaban colocados algunos finos cubiletes de vidrio de Venecia y una copa de ónix de venas oscuras. Pálidas adormideras había bordadas sobre la pequeña cobertura en seda del lecho, como si hubiesen caído allí de una mano debilitada por el sueño, y grandes rosales en marfil estriado soportando el dosel, en lo alto del cual se elevaban gruesos mechones de pluma de avestruz, blancos como la espuma, hacia el pálido plata del techo cincelado. Un Narciso antiguo de bronce verde, tenía encima de su cabeza, un espejo bruñido. Sobre la mesa, había un cáliz bajo, de amatista. Fuera, podíase ver la inmensa cúpula de la catedral, apareciendo vagamente como una gruesa ampolla sobre las casas perdidas en la sombra, y los centinelas fatigados que iban y venían en la terraza brumosa cerca del río.

A lo lejos, en un verjel, un ruiseñor cantaba. Un ligero perfume de jazmines penetraba por la ventana abierta. El rey joven arregló sus bucles oscuros para desembarazar su frente, y tomando un laúd, dejó deslizar sus dedos sobre las cuerdas. Sus pupilas cerrábanse adormecidas y una indolencia extraña apoderóse de su cuerpo. Jamás en otro tiempo, había sentido de una manera tan penetrante y con una alegría tan refinada, la magia y el misterio de las cosas bellas.

Cuando el reloj de la torre señaló la media noche, llamó y los pajes entraron: desvistiéronle ceremoniosamente, versaron sobre sus manos agua de rosa y arrojaron flores sobre su almohada. Y poco después de haber dejado ellos la cámara, dormíase, el rey joven.

*
* *

Y tuvo un sueño. Y este sueño fué así:

Creía hallarse en una larga y baja bohardilla, entre el runrún y el chis-chas de innumerables telares. Una débil apariencia de día penetraba por las ventanas enrejadas y hacíale ver las figuras descarnadas de los tejedores inclinados sobre su trabajo. Pálidos niños, de aspecto enfermizo, estaban en cuclillas sobre las inmensas vigas en forma de cruz.

Cuando las lanzaderas se movían de parte á parte de la cadena, los pobres niños levantaban los pesados barrotes, y al detenerse la lanzadera, dejábanlos caer y unían los hilos. Sus rostros parecían enflaquecidos por los sufrimientos del hambre y sus manos totalmente heladas, temblaban. Algunas mujeres de rudo aspecto, hallábanse sentadas junto á una mesa, y cosían. Un olor horrible infectaba toda la pieza. El aire era pesado y malsano; la humedad rezumábase en las paredes.

El joven rey avanzó hacia uno de los tejedores, detúvose al acercarse y le miró.

Y el tejedor levantó hacia él sus ojos irritados:

¿Por qué me observas? ¿Eres una espía encargado por nuestro amo para vigilarnos?

—¿Quién es tu amo? preguntó el joven rey.

—Nuestro amo, gritó el tejedor con tono amargo, es un hombre lo mismo que yo. Pero verdaderamente, hay una diferencia entre nosotros—él lleva trajes finos, y yo harapos, y si soy raquítico por falta de alimentos, él, por el contrario, sufre un poco á causa de tanto comer.

—El país goza de libertad, dijo el jo-

ven rey, y tú no eres esclavo de ningún hombre.

—En las guerras, replicó el tejedor, el fuerte tiene razón sobre el débil, y en tiempo de paz el rico somete al pobre. Nosotros debemos trabajar para vivir, y se nos pagan tan miserables salarios que nos morimos. Nosotros trabajamos para los amos durante todo el día y ellos encierran el oro en sus cofres; nuestros hijos dejan el mundo prematuramente, y las caras de los que amamos se tornan duras y malas. Nosotros exprimimos los racimos y otro bebe el vino, sembramos el trigo y nuestra mesa está vacía. Llevamos las cadenas aunque nadie las vea, y somos esclavos aunque se nos llame hombres libres.

—¿Y sucede lo mismo á todos?

—Sí, á todos, respondió el tejedor, á los jóvenes como á los viejos, tanto para las mujeres como para los hombres, á los niños y á los viejos encorvados bajo el peso de los años. Los comerciantes nos oprimen y debemos forzosamente obedecer sus órdenes. El sacerdote pasa rezando su rosario; nadie se preocupa de nuestra suerte. Por nuestras calles sin sol se desliza la Pobreza con sus ojos de hambre, y siguiéndola inmediatamente, el Pecado con su cara carcomida. La Miseria nos despierta á la mañana y la Vergüenza se sienta á nuestro lado por la noche. ¿Pero qué te importa todo esto? Tú no eres de los nuestros; pareces demasiado feliz.

Y se volvió con un gesto feroz y arrojó la lanzadera de una parte á otra del telar; el joven rey vió que tejía hilos de oro.

Un gran terror apoderóse de él y dijo al tejedor:

—¿Qué vestido tejes?

—Es el vestido para la coronación del rey joven respondió, ¿pero qué interés tiene esto para tí?

Y el joven rey largó un grito y despertóse ¡ay! en su cámara; por la ventana vió la luna llena, con un color de miel, suspendida en el cielo sombrío.

* * *

Y volvió á dormirse y tuvo un nuevo sueño, y hé aquí como fué:

Imagínóse estar acostado sobre el puente de una galera, que los remos de una centena de esclavos movían. Sobre una alfombra, á su lado, hallábase el jefe de la embarcación. Era negro como el ébano y llevaba un turbante de seda escarlata. Grandes anillos de plata pendían de los gruesos lóbulos de sus orejas, y en sus manos tenía una balanza de marfil.

Los esclavos estaban desnudos, y cada hombre veíase encadenado á su vecino. El sol ardiente caía sobre ellos, de lleno; los negros subían y bajaban el pasamano y los azotaban con látigos de cuero. Los esclavos extendían sus secos brazos y tiraban los pesados remos que hendían las aguas. El rocío flotaba sobre las olas.

Por fin llegaron á una pequeña bahía y pusiéronse á tomar sondajes. Una ligera brisa soplaba de la ribera, y cubría el puente, así como la gran vela latina, de un delgado polvo rojizo. Tres Árabes montados sobre asnos salvajes, avanzaron y dispararon lanzas en su dirección. El patrón de la galera tomó un arco pintado y alcanzó á uno de ellos en la garganta. Cayó pesadamente en las olas de la orilla y sus compañeros huyeron al galope. Una mujer embozada, con un velo amarillo les seguía lentamente sobre un camelllo, volviéndose de tiempo en tiempo hacia el cadáver.

Desde que hubieron arrojado el ancla y arriado las velas, los negros retiráronse á la cala, y volvieron á subir con una larga escala de cuerda, asegurada por un fuerte peso de plomo. El patrón de la galera la arrojó por un costado, cuidando de fijar los extremos en el medio de dos puntales de hierro. Entonces los negros tomaron al más joven de los esclavos y le desembarazaron de sus cadenas; cerráronle cuidadosamente con cera las ventanas de la nariz y las orejas, y atáronle al talle una piedra pesada. El esclavo descendió trabajosamente la escala de cuerda y desapareció en el mar. Un ligero hervor, produjose en el sitio de la sumersión. Algunos esclavos miraron con curiosidad por encima del empalletado. En la proa de la galera, un encantador de tiburones batía sobre un tambor un ritmo monótono.

Al cabo de algún tiempo el buzo salió del agua, y asióse jadeante á la escala, teniendo en su mano derecha una perla. Los negros se apoderaron de la perla y volvieron á mirar al buzo. Los esclavos adormecíanse pesadamente sobre los remos. Una y otra vez el buzo ascendió, llevando siempre una nueva perla. El patrón de la galera las pesaba y las ponía en un pequeño saco de cuero verde.

El joven rey hubiese querido hablar, pero su lengua parecía pegada á su paladar y sus labios rehusábanse á todo movimiento. Los negros parloteaban y reñían sobre un collar de perlas brillantes. Dos grullas volaban y volaban alrededor del barco.

Al fin, el buzo subió por última vez, y la perla que trajo era más bella que todas las perlas de Ormuz, pues tenía la forma de una luna llena y era más brillante que la estrella de la mañana. Pero la cara del buzo estaba extrañamente pálida. De pronto su cuerpo rodó sobre el puente, mientras la sangre brotaba de su nariz y orejas. Tuvo un breve estremecimiento, y nada más. Los negros alzaron las espaldas y precipitaron el cadáver en las olas.

El patrón de la galera, púsose á reír, y avanzó para tomar la perla: cuando la vió acercóla á su frente y se inclinó: «Esta será para el cetro del rey joven». Después dió á los negros la señal de levantar el ancla.

Y cuando el joven rey oyó esto, dió un grito y se despertó; por la ventana vió los largos dedos grises del alba, coger, crispados, las estrellas palidecidas.

* * *

Y volvió á dormirse y, una vez más, soñó; y su sueño fué así:

Pareciale pasearse en la semi-oscuridad de un bosque donde había extrañas frutas y bellas flores venenosas. Las serpientes silbaban y los papagayos de brillantes plumajes, revoloteaban de rama en rama. Inmensas tortugas dormían en la quemante arena. En los árboles se cobijaban los monos y pavos reales.

El joven rey marchaba, marchaba siempre, y pronto alcanzó el lindero del bosque. Y allí vió una vasta multitud de hombres trabajando en el lecho de un río seco, que saltaban sobre las rocas como hormigas, cavaban pozos profundos en el suelo y descendían. Algunos hundían las rocas con grandes hachas; otros removían la arena. Arrancaban hasta las raíces los cactus y pisoteaban las flores escarlatas. Era una actividad incesante; interpelábanse entre ellos y ninguno permanecía ocioso.

De una sombría caverna, la Muerte y la Avaricia les observaban; y la Muerte dijo:

—Estoy fatigada; dame el tercio de estos hombres para que pueda irme de aquí.

Pero la Avaricia hizo un signo con la cabeza:

—Son mis servidores, respondió.

Y la Muerte le dijo.

—¿Qué tienes en la mano?

—Tres granos de trigo; ¿en qué puede esto interesarte?

—Dame uno, exclamó la Muerte, para plantar en mi jardín, nada más que uno; y luego me iré.

—Nada quiero darte, dijo la Avaricia, y escondió su mano entre los pliegues del vestido.

Y la Muerte púsose á reir, tomó una copa y sumergióla en una balsa de agua: de la copa salió la fiebre palúdica, que al atravesar entre la multitud, un tercio de hombres cayó. Una neblina fría la siguió y las serpientes del agua vinieron á arrastrarse á su lado.

Y cuando la Avaricia vió que el tercio de los hombres había muerto, golpeóse el pecho y púsose á llorar; golpeóse su pecho estéril y gritó:

—Has destruido el tercio de mis servidores; véte! Hay guerra en los montes de la Tartaria y los reyes de dos ejércitos te llaman. Los afganes han derrocado al buey negro y marchan al combate. Han golpeado con sus lanzas los escudos y colocádose sus cascos de hierro ¿quién te obliga á permanecer en mis dominios? Véte, te digo, y no vuelvas!

—No, replicó la Muerte, mientras no me hayas dado un grano de trigo, no partiré.

Pero la Avaricia cerró su mano y respondió apretando los dientes:

—Nada tendrás!

Y la Muerte púsose á reír y tomó una piedra negra que arrojó en el bosque: de una espesura de cicutas salvajes salió la gran Fiebre en traje de llamas. Pasó luego entre los hombres y todos á quienes tocaba, morían. A medida que avanzaba, la hierba, al pisar de sus pies, marchitábase.

Y la Avaricia estremecióse y cubrió su cabeza de cenizas:

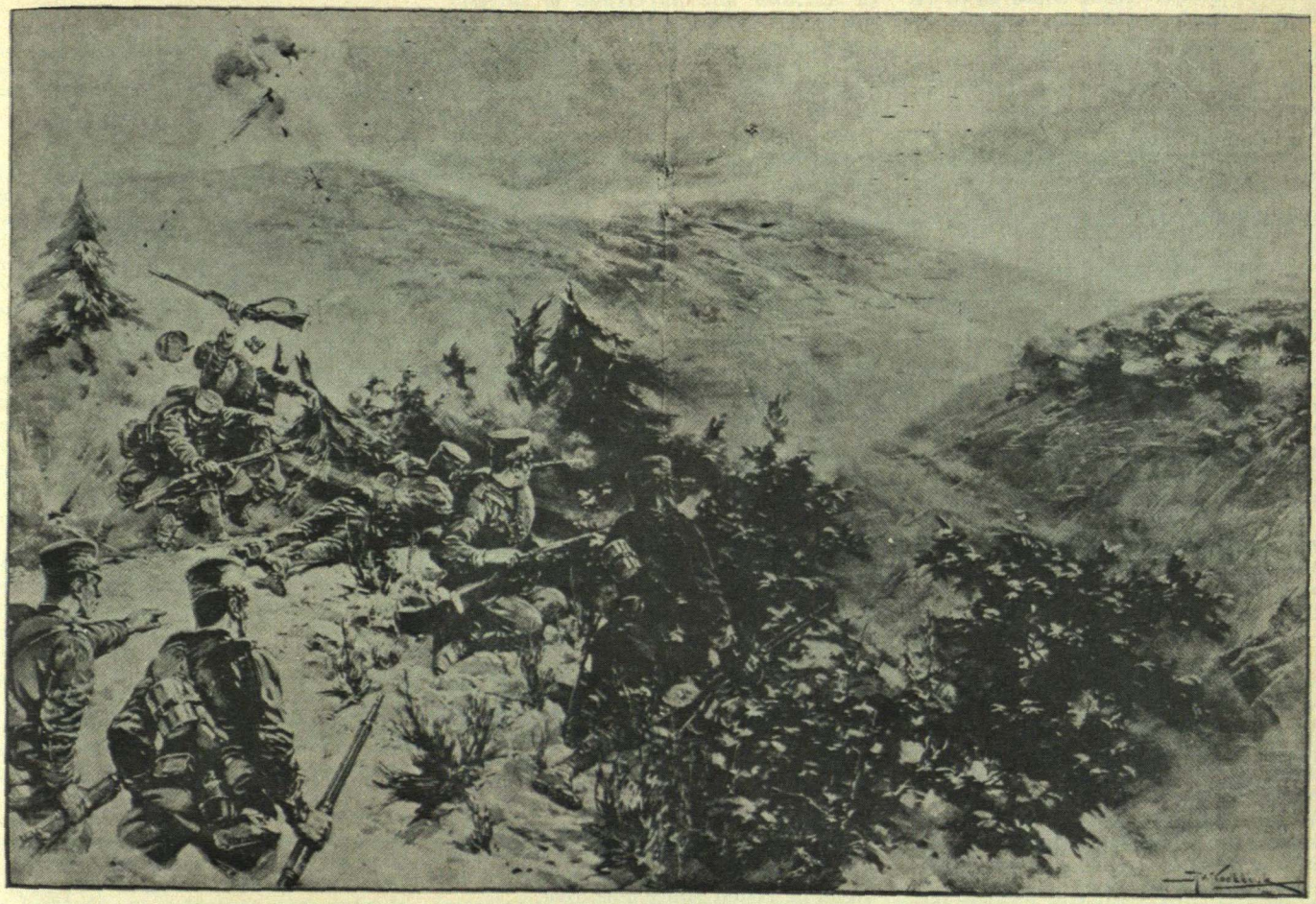
—Eres cruel, eres cruel! El hambre reina en las ciudades de la India y las cisternas de Samarcanda están secas. El hambre reina en las ciudades de Egipto y las langostas han llegado del desierto. El Nilo no ha desbordado y los sacerdotes han maldecido á Isis y á Osiris. Véte hacia donde te necesitan y déjame mis servidores.

—No, replicó la Muerte, mientras no me hayas dado un grano de trigo, no me iré.

—Nada te daré, dijo la Avaricia.

Y, nuevamente, la Muerte púsose á reír; silbó entre sus dedos y una mujer llegó volando á través del espacio. Sobre su frente estaba escrito: «Soy la Peste»; una muchedumbre de buitres descarnados revoloteaban á sus lados. Llenó el valle con sus alas y no quedó hombre con vida.

Y la Avaricia huyó, dando punzantes



ASALTO DE PUERTO ARTURO: Japoneses atacando un fuerte

gritos, hacia el bosque; mientras la Muerte saltando sobre su caballo rojo partió al galope, más veloz que el viento.

Y de el légamo á la extremidad del valle, salieron arrastrándose dragones y horribles seres escamosos; llegaron chacales trotando sobre la arena, levantando sus hocicos para respirar la brisa.

Y el joven rey púsose á llorar y dijo:

—¿Quiénes eran estos hombres y qué buscaban?

—Buscaban rubíes para la corona de un rey! respondió alguno que á sus espaldas se hallaba.

Y el joven rey tuvo un estremecimiento, volvióse y vió un hombre vestido de peregrino que tenía en su mano un espejo de plata.

Y tornóse pálido y preguntó:

—¿Para qué rey?

Y el peregrino respondió:

—Mira en este espejo y le verás.

Miró el rey en el espejo y al ver su propio rostro dió un fuerte grito; la brillante luz del sol inundaba la cámara y en los árboles del jardín los pájaros cantaban.

Y el chambelán y los grandes oficiales de la corte, entraron para presentar sus cumplimientos y los pajes condujeron la ropa tejida de oro. El rey dijo á los señores:

—Llevad todas esas cosas, porque no las usaré.

Y los cortesanos quedaron estupefactos; algunos pusiéronse á reír, en la creencia de una broma.

Pero el rey se dirigió á ellos nuevamente, y con severidad les dijo:

—Llevad todas esas cosas; separadlas de mis miradas. Aunque sea este el día de mi coronación, no las usaré. Porque esta ropa, la mía, sobre el telar del Dolor y por la pálida mano del Sufrimiento, ha sido tejida. La sangre está en el corazón del rubí y la muerte en el corazón de la perla.

Y refirióles sus tres sueños.

Y cuando los cortesanos oyeron esto, miráronse, murmurando: «Seguramente ha perdido la cabeza, pues un sueño no es sino un sueño. Una visión no es más que una visión. No son realidades para que deba prestárseles la menor atención. Y qué nos importa la vida de los que trabajan para nosotros! ¿Bebemos vino tan solo después haber hablado con el viñador? ¿no podremos comer pan antes de haber visto al sembrador?

Y el chambelán dirigiéndose al rey, le dijo:

—Suplico á Vuestra Majestad alejar esos pensamientos sombríos, vestir esta bella ropa, y colocaros esta corona sobre vuestra cabeza. Porque ¿cómo sabrá el pueblo que sois rey si no lleváis los atributos de vuestra dignidad?

Y el joven rey le miró:

—Verdaderamente, dijo interrogando, no se reconocerá en mí al rey, si no llevo los atributos exteriores de la dignidad real?

—El pueblo no reconocerá á Vuestra Majestad, exclamó el chambelán.

—Yo creía que había hombres de apariencia real, dijo el joven rey, pero quizá lo que decís sea verdadero. Y por lo tanto no quiero llevar esta ropa, ni poner sobre mi cabeza esta corona; pero quiero salir de este palacio tal como he entrado.

Y los despidió, reteniendo tan sólo á su lado, para su servicio, un joven paje, que le llevaba un año de edad y le servía de acompañante. Y después de haberse bañado en agua fresca, abrió un gran cofre pintado y sacó la túnica de cuero y el tosco manto de piel de carnero usado en otro tiempo, cuando cuidaba las cabras en la colina. Vistióse de esa manera y tomó su rudo bastón de pastor.

Y el pequeño paje abría sus grandes ojos azules, estupefacto, y díjole sonriendo:

—Vuestra Majestad, veo el vestido y el cetro: ¿pero dónde está la corona?

Y el joven rey, cogió una rama de un salvaje rosal que trepaba por el balcón, la enroscó é hizo una pequeña corona que colocó sobre su cabeza:

—Esta será mi corona, dijo.

Y así ataviado pasó de su cámara á la gran sala, donde los nobles le esperaban.

Y los nobles regocijáronse y algunos dijeron:

—Vuestra Majestad, el pueblo espera á su rey y va á ver un mendigo.

Otros se irritaban y decían:

—Hace deshonor á la corte; es indigno de ser nuestro jefe!

Pero él no les respondió una palabra, continuó su camino, descendió la esca-

lera de brillante pórfiro, pasó por las puertas de bronce, subió sobre su corcel y dirigióse hacia la catedral, seguido del pequeño paje que corría á su lado.

Y el pueblo reía, diciendo: «Es el bufón del rey quien está aquí, á caballo», y le colmaba de burlas.

Y él detuvo su corcel, y dijo:

—No: soy el rey mismo.

Y contó sus tres sueños.

Un hombre salió de la muchedumbre, y dirigiéndose á él con tono amargo, le dijo:

—¿Vuestra Majestad ignora que el lujo del rico es la vida para el pobre? Las pompas reales nos impiden morir; es por vuestros vicios que tenemos pan. Trabajar para un amo severo, es duro; pero no tener amo alguno para quien trabajar es más duro todavía. ¿Vuestra Majestad piensa que los cuervos van á traernos alimentos? Por lo demás ¿quién se inquieta por semejantes cosas? ¿Dirás al comprador: «Comprarás por tanto», y al vendedor: «Venderás á tal precio?» Creo que nó. Volved pues al palacio, vestid la púrpura y el lino fino. ¿Qué tenéis que hacer con nosotros y nuestros sufrimientos?

—¿Los ricos y los pobres no son hermanos? preguntó el joven rey.

—Sin duda, replicó el hombre, y el rico se llama Caín.

Y los ojos del joven rey llenáronse de lágrimas y continuó su camino entre los murmullos de la multitud; el joven paje, sobrecogido de temor, le abandonó.

Y cuando llegó á la gran puerta de la catedral, los soldados cruzaron sus alabardas y dijeron: «¿Qué vienes tú á buscar aquí? Nadie pasa esta puerta, sino el rey.»

Y su cara se inflamó de cólera y les dijo: «Yo soy el rey», separó las alabardas y pasó.

Y cuando el viejo obispo le vió llegar en su atavío de cabrero, levantóse, estupefacto, de su trono, y avanzando á su encuentro, le dijo:

—Hijo mío, ¿qué indumento real es éste? ¿Con qué corona voy á coronarte? ¿Qué cetro voy á colocar en tu mano? En verdad que hoy debiera ser para ti un día de alegría y no un día de humillación!

—¿La Alegría llevará lo que es obra del Dolor? dijo el joven rey.

Y refirióle sus tres sueños.

Y cuando el obispo oyó sus palabras, frunció las cejas y dijo:

—Hijo mío, yo soy viejo, y estoy en el invierno de mis años, y sé bien que se hacen muchas cosas malas en el vasto mundo. Los feroces brigantes descienden de las montañas y roban los niños para venderlos á los Moros. Los leones se acuestan sobre las arenas del desierto para esperar las caravanas y se precipitan de un salto sobre los camellos. El jabalí devasta las cosechas en los valles y los zorros comen las uvas sobre la colina. Los piratas siembran el espanto en toda la extensión de las costas, é incendian los barcos de los pescadores y se apoderan de sus redes. En las marismas viven los leprosos; tienen casas de rosales entralazados y nadie puede acercárseles. Los mendigos se van á las ciudades y comen su alimento con los perros. ¿Puedes hacer tú algo para que estas cosas no sucedan? ¿Llevarás al leproso junto á tí, á tu lecho? ¿Sentarás al mendigo á tu mesa? El león, ¿tornaráse dulce á tu vista y obedecerá tu orden el jabalí? El Altísimo que ha creado la miseria, ¿no es más sabio que tú? Por esto ruégote que vuelvas á tu palacio, que tomes aspecto de alegría y te vistas con el traje que conviene á un rey; entonces con la corona de oro yo te coronaré y el cetro ornado de perlas será puesto en tu mano. Y en cuanto á tus sueños, olvídalos! La carga de este mundo es demasiado grande para un hombre solo; el sufrimiento del universo es demasiado pesado para un solo corazón!

—Y dices semejantes palabras en este templo! repitió el joven rey, y luego avanzó, dejando á un lado al obispo, subió las gradas del altar y detúvose delante de la imagen de Cristo. Delante de la imagen de Cristo se detuvo, y en su mano derecha, como en su mano izquierda, tenía maravillosas orfebrerías—el cáliz con el vino amarillo y el viático con las santas hostias. Arrodillóse ante la imagen de Cristo; los grandes candelabros arrojaban llamas brillantes sobre la urna exornada de joyas, y el humo del incienso perdíase en delgadas volutas azules hasta la cúpula. El joven rey encorvó la cabeza, en actitud de rogar, y los sacerdotes con sus tiesas casullas abandonaron uno á uno el altar.

Y de repente un violento tumulto oyóse en la calle; y entraron los nobles, desnudas las espadas, los penachos al viento, con sus escudos de acero bruñido.

—¿Dónde está este forjador de sueños? exclamaban. ¿Dónde está el rey vestido de mendigo? ¿Dónde está este joven loco que arroja el oprobio sobre la corte? Vamos á ajustar sus cuentas, porque es indigno de reinar sobre nosotros!

Y el joven rey encorvó la cabeza de nuevo, y continuó su ruego, y cuando la plegaria concluyó, levantóse, y al volverse, les miró con tristeza.

Y hé aquí que á través de los cristales, los rayos del sol bañaron su rostro y pusiéronle una ropa más bella que la ropa destinada para su coronación.

Y su bastón muerto llevaba flores, lises más blancos que perlas; sobre su cabeza la rama seca revivía en rosas más rojas que rubíes! Más blancos que las más bellas perlas eran los lises y sus lazos eran de plata brillantes. Más rojas que los más bellos rubíes eran las rosas y sus hojas eran de oro puro.

El estaba allí, en traje de rey, y las cortinas de la urna se abrieron y del cristal del cáliz deslumbrante brotó una maravillosa y mística claridad. Él estaba allí, de pie, en traje de rey, y la gloria de Dios llenaba el templo, y los santos en sus nichos esculpidos parecían volver á la vida. Con su soberbio traje de rey, él estaba allí, y el órgano dejaba oír su gran música, y las trompetas sonaban, y los niños del coro cantaban.

Y el pueblo cayó de rodillas, sobrecogido de temor; los nobles volvieron las espadas á sus vainas y rindieron homenaje al rey; el obispo tornóse pálido y sus manos temblaban:

—Uno más poderoso que yo te ha dado la corona, exclamó, arrodillándose ante él.

Y el joven rey descendió del altar mayor y entró en el palacio atravesando la multitud. Pero nadie, entre esta multitud, atrevióse á mirar su cara, porque parecía la cara de un ángel.

OSCAR WILDE.

DEL JAPON

—

Acaban de ser traducidas al francés las impresiones que respecto al Japón recogió, *d'après nature*, el ilustre poeta inglés Rudyard Kipling, y de las cuales traducimos, á nuestra vez, algunas á continuación.

I. LA CALLE

Salvo los horribles agentes de policía, que insisten en ser europeos, el pueblo, —quiero decir, el grande anónimo, — no se desvive por las costumbres abominables de Occidente.

Los jóvenes llevan sombreros de fieltro redondos; ocasionalmente, chaquetas y pantalones, á veces botines. Todo ello es abominable. En las ciudades más populosas, se me dice que el traje occidental es más bien la regla que la excepción. Si ello es así, me inclino á creer que los pecados de los abuelos, que consistieron en reducir á biftecks á los misioneros jesuítas, están ya castigados en los japoneses, en la forma de un oscurecimiento parcial de sus instintos artísticos. Aunque parece que el castigo excede á la ofensa.

Luego, me dí á admirar, en las mejillas, la frescura de las gentes, la sonrisa de tres hoyuelos de los gordos bebés, y el extraordinario «algo de otra parte» de todo cuanto me rodeaba. Es, realmente, raro hallarse en un país pulcro, y más raro aún pasearse en medio de casas de muñecas. El Japón es país halagüeño para un desconocido: nadie lo avasalla y puede mirar de arriba abajo á todas las mujeres, como es de justicia y conveniencia.

II. LOS CAMPOS

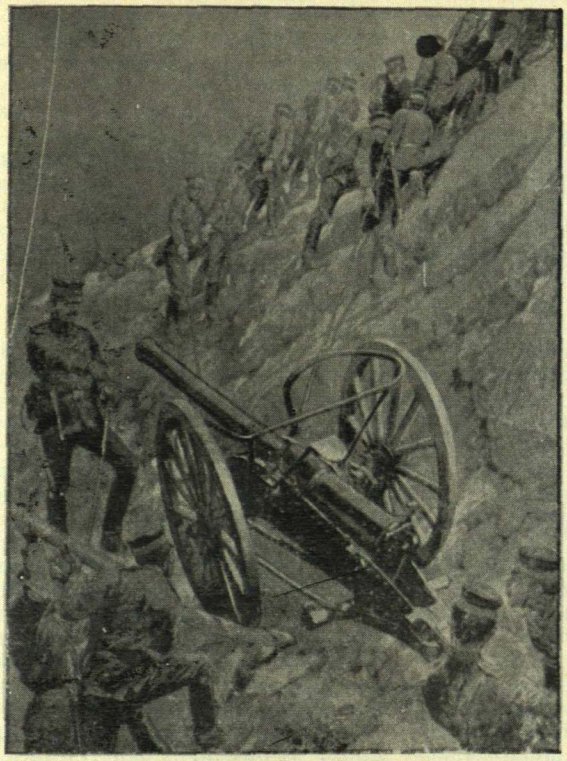
Pero lo que es maravilloso es la campiña.

Imaginaos un país rico de gleba negra, abundantemente abonado y trabajado casi exclusivamente á azada y escardillo. Dividido el campo (de visión) en pequeñas piezas de un semi-acre, se tendrá una idea de la materia bruta sobre la cual procede el labrador. Pero todo lo que pueda escribirse, no sería siquiera un esbozo de los minuciosos cuidados que revelan aquellos campos, del sistema complicado de riego y de la precisión matemática de la plantación. No hay mezcla de cosecha, ninguna pérdida de terreno en senderos de limitación, ninguna diferencia de valor de la tierra. El agua burbujea por donde quiera á diez pies de la superficie, como lo atestiguan las ruedas de los pozos. Sobre la pendiente de las colinas bajas, ni un declive entre los niveles que no esté cuidadosamente reducido por medio de piedras sin argamasa, y el borde de los riegos arreglado de la misma manera. El arroz está sembrado casi con la regularidad de las piezas de un ajedrez; el té pudiera pasar por el boj podado de un jardín; y entre las hileras de sen, el agua reposa en los surcos como en un artesa de madera, en tanto que la púrpura de las habas avanza sobre el sen y se detiene como cortada á escuadra.

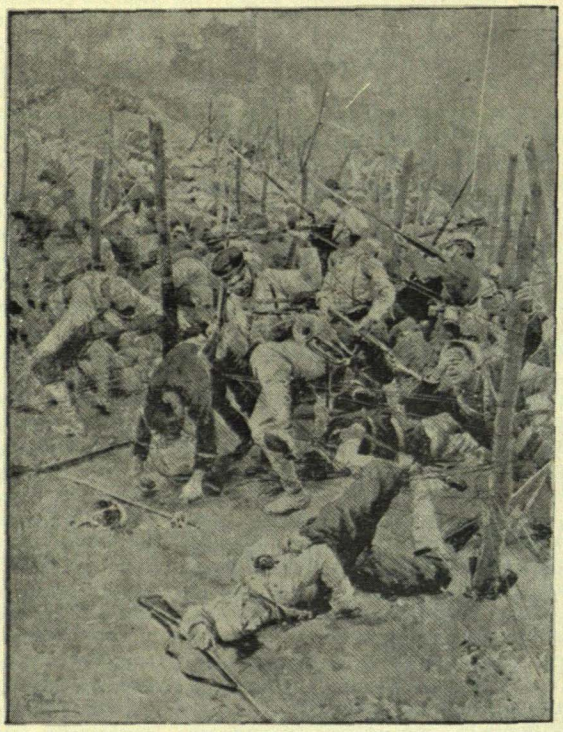
III. LA CASA DE TÉ

¿Cómo llegué á la casa de té?

No sabría decirlo. Acaso alguna linda geisha me hizo señales con alguna rama de cerezo en flor, y yo fuí dócil á la invitación. Sólo sé que me tendí cuan largo soy sobre las esteras, á contemplar las nubes que huían por detrás de las colinas y á oír cómo murmuraban los bate-



Japoneses colocando su artillería en Lien-Shan-Kwan



Hecatombe de tropas japonesas enredadas entre alambres de púas, bajo los fuegos de un fuerte de Puerto Arturo

leros, luchando con la corriente, y me sentí más feliz de lo que un hombre puede serlo.

El ama de la casa de té insistió en aislarnos, por medio de un *paravent*, de los otros parroquianos que tomaban su té en la misma galería. Trajo biombos azules, decorados de cigüeñas y los deslizó en unas ranuras. Soporté aquello todo lo que pude. En el compartimiento vecino se oían risas, pasos, retintín de platos, y, por las junturas de los biombos, cintilar de ojos de diamante. Toda una familia había ido de Kioto, en una partida de placer. La mamá cuidaba de la abuela, la joven tía cuidaba de una guitarra, y las dos chicas de catorce y quince años cuidaban de un alegre rapazuelo de ocho, que, cuando se acordaba de ello, cuidaba á bebé, quien tenía el aspecto de hacerlo con toda la familia. La abuela estaba vestida de azul oscuro; la madre, de azul y gris; las jóvenes llevaban suntuosas toilettes de gasas lilas, vellón, y color de primavera, ceñidas con cinturones de seda manzana y carne de melón; el chiquillo trajeaba oro antiguo y hoja seca, y bebé echaba por tierra, en medio de los platos, su cuerpecillo regordete, en medio de los colores del iris japonés, el cual no posee tintes crudos.

Todos eran bellos, á excepción de la abuela, que estaba sencillamente de buen humor y era muy calva. Cuando concluyeron su alegre comida, levantadas las fuentes de laca bruna, la porcelana azul y blanca y las copas verde claro, la tía ejecutó un trozo de música en el *samisen* y las chicas jugaron á la gallina ciega, al rededor del minúsculo aposento.

Un hombre de carne y hueso no habría podido resistir más del otro lado de los biombos. Quise jugar también, pero era demasiado grande y demasiado rudo, y no pude hacer otra cosa que sentarme en la galería, á mirar cómo se divertían aquellos delicados pedazos de Sajonia. Gritaron, se ahogaron de risa, charlaron, y se sentaron en el suelo, con el puro abandono de la inocencia, interrumpiéndose para acariciar á bebé cuando daba á entender que se hallaba abandonado. Cuando á fuerza de reír, ya no fueron capaces de jugar, fueron á abanicarse en el sitio en donde se hallaban reclinadas contra los biombos azules, formando cada una un cuadro que ningún pintor sabría reproducir, y yo reí con ellas, tanto, que rodé fuera de la galería y fuí á caer casi en la calle.

IV. SOLDADOS EN MANIOBRAS

Las voces de mando tenían esa belleza ininteligible que se halla en nuestros campos de maniobras. De tiempo en tiempo, los oficiales de cada media compañía arengaban fogosamente á su gente, blandiendo los sables con un gesto evidentemente poco militar. La precisión de sus movimientos es superior á todo elogio. Tuvieron tres horas de ejercicio sostenido, y las raras veces que se les ordenó «descansen», á fin de respirar, busqué un instante de cansancio de alto abajo de las filas; pero todos estaban «descansando», ni más ni menos, sin que una mano bajase á tocarse un zapato, la corbata ó un botón, durante todo el tiempo que estuvieron de pies. Cuando se arrodillaron, en esa formación extraña de compañía en columna, comprendí el misterio del largo sable-bayoneta, que tan cruelmente me embarazó á mí.

Durante el paso gimnástico, nadie sostuvo con una mano la cartuchera, mientras que con la otra aseguraba la bayoneta, como se ve á diario en los campos de tiro de la India. Corrían correctamente, como corren nuestros *qurkhas*.

Tuve un pensamiento poco cristiano; pero habría dado algo por ver á aquella compañía en brega con un número igual de nuestra infantería indígena, solamente por ver cómo se portaban. (*) Si tienen valor,—y nada en su pasado puede probar lo contrario,—deben ser unos enemigos de primer orden. Bajo el mando de oficiales ingleses, en lugar de los que tienen, y con mejor fusil, deben ser tan excelentes como cualquiera de las tropas del Este de Suez. Esto, en cuanto la idea general de la infantería japonesa.

Por lo que hace á la caballería, se disponía á partir para un *pique-nique*, detrás del campo de maniobras, convergiendo á derecha é izquierda por pelotones, tratando de hacer sabe Dios qué. Quiero creer que los caballeros que ví eran reclutas. Pero todos llevaban armas y la mayor parte de uniforme blanco de servicio, gorro aplastado y medias botas de cuero oscuro, con espuelas cortas de cacería y polainas negras. Llevaban sable y carabina, el sable ceñido al individuo y la carabina portada á la granadera. Nada de gamarras, sino «pretales» y gruperas; una enorme y pesada silla, con una simple cincha de cuero, encima dos *numdahs*, que completaban el equipo de que trataba de desembarazarse un doble poney, que todo se vuelve crines y cola. Realmente, atravesarle en la boca á un poney un freno de un kilogramo, es herirlo en sus más delicados sentimientos.

Debiera hallarse alguien al lado del Mikado que le dijese que nunca jamás los poneys fueron destinados á llevar dragones.

Si los azares y las vicisitudes militares os llevan alguna vez á combatir contra tropas japonesas, sed compasivos con su caballería: sembrad en tierra cuantos hachones podáis, á fin de que los caballos pasen por encima, y enviad gente de servicio á recoger á los que milagrosamente queden vivos.

Pero si os encontráis con la infantería japonesa al mando de un oficial «continental», comenzad por tirar los primeros, á la mayor distancia posible. Aquellos hombrecillos conocen el oficio.

RUDYARD KIPLING.

(*) Se recuerda que esto fue escrito antes de la actual guerra con Rusia.

EL CAUTERIO Y LA SANGRIA EN 1904

(REGRESO Á LA MEDICINA ANTIGUA)

I

Los médicos antiguos eran simplistas, en lo cual no se diferenciaban mucho de los médicos de hoy. Como éstos, tenían ideas teóricas acerca de la naturaleza y origen de las enfermedades; como éstos, se inspiraban en su ciencia para ordenar tal ó cual tratamiento, ó emplear tales ó cuales medicamentos.

Nosotros, los contemporáneos, creemos en los microbios, y les atribuimos la destrucción de los pulmones en la tuberculosis, las ulceraciones que se forman en la superficie del intestino en la fiebre tifoidea, las pústulas que cubren la piel de los variolosos.

Los médicos antiguos tenían otra idea de las enfermedades.

Creían que éstas eran ocasionadas por la retención, en la sangre y los tejidos, de principios acres, de líquidos irritantes, de humores «venéreos», de los que el organismo enfermo trataba á toda costa de desembarazarse, expeliéndolos de cualquier manera. Si la expulsión de los mencionados líquidos se efectuaba por los pulmones, éstos se cubrían de ulceraciones, que constituían la tuberculosis. Si los líquidos de naturaleza nociva se encaminaban hacia el intestino, hacia la piel, ó hacia la conjuntiva, sobrevenía, según el caso, una enteritis, un eczema, ó una oftalmía. En todo caso se admitía que una vez que los líquidos eran expulsados á través de la mucosa inflamada ó ulcerada, las lesiones ocasionadas por su paso se cicatrizaban, se cerraban, y el enfermo sanaba.

Como nosotros creemos en los microbios, tratamos generalmente las enfermedades por antisépticos, que matan los microrganismos, y por sueros que destruyen sus venenos. Esta manera de pensar y de hacer está completamente en el orden de las cosas. Los médicos antiguos, que juraban por los humores acres y venéreos, no eran menos lógicos cuando consideraban el cauterio y el «exutorio» como un medicamento esencialmente científico.

Razonaban en esta forma:

El tuberculoso sana cuando los líquidos «morbíficos» salen al exterior por la ulceración de los pulmones. En consecuencia: ¿por qué no favorecer el esfuerzo de la naturaleza, creando completamente, en cualquier sitio de la piel, una ulceración artificial, un *exutorio*, una especie de puerta de escape, que dé paso á los humores que envenenan el organismo? Supongamos la existencia de un paciente, que á cada instante sea víctima de dolores reumáticos, debidos á la acumulación en el organismo de los líquidos acres, que buscan en vano por donde salir, y acometen, bien sea á los músculos, ya á las articulaciones. ¿No es hacer obra médica establecer un exutorio al nivel del hombro adolorido ó de la rodilla que se queja? Es evidente que, dando salida á los líquidos que engendran el reumatismo, el efecto del exutorio será la curación del enfermo....

Para establecer un exutorio se recurría al cauterio, el cual se aplicaba de varias maneras.

La más expeditiva consistía en plegar la piel del brazo ó de la pierna, atravesar la base del pliegue con un bisturí agudo, y colocar en la úlcera hilas que se renuevan cada dos ó tres días. Para los pusilánimes estaba reservada la bolita de potasa cáustica, que al fundirse ulceraba la piel y ponía á descubierto los tejidos profundos. Lo más frecuente era poner un vejigatorio: se arrancaba la epidermis soliviantada y se plantaba en todo el centro de la parte descubierta de la piel un garbanzo partido en dos. Naturalmente, todas estas úlceras supuraban, y los líquidos acres y morbíficos se veían obligados á salir con el pus que brotaba á la superficie de la ulceración sabiamente mantenida.

A la luz de nuestras ideas actuales, esta terapéutica nos parece tan infantil como cruel. Nosotros, que temblamos á la idea de un bacilo tífico extraviado en el intestino, no concebimos cómo, tan á general contentamiento, los médicos *hacían* úlceras á las cuales infectaban de propósito y que exponían á los enfermos á toda suerte de complicaciones. Sin embargo, hace solamente cincuenta años que esta terapéutica gozaba de todo honor y era incontestable su eficacia en todo género de enfermedades. Así lo creían los médicos, y, lo que es aún más importante, los enfermos mismos.

¿Médicos y enfermos eran víctimas de una ilusión, y los buenos efectos del exutorio se debían á la sugestión? O bien, ¿el cauterio y el exutorio constituían, realmente, una medicación poderosa, cuyo abandono ha sido un error?

II

Para responder á estas preguntas, desde el punto de vista de las teorías médicas modernas, abramos un periódico de medicina, la *Prensa médica*, en donde no hace muchos días el doctor Brocq ha publicado un artículo sobre el *Cauterio en los artríticos*. Me apresuro á advertir que el doctor Brocq es un médico instruidísimo, muy erudito, particularmente versado en todas las cuestiones de la medicina moderna. Su trabajo contiene dos observaciones clínicas, que vamos á traducir en lenguaje profano.

1ª Un sujeto de sesenta años, obeso, artrítico desde hacía mucho tiempo, *productor* de cálculos y arenillas tanto en el hígado como en los riñones. Su salud decaía visiblemente. A cada instante, accidentes de toda especie: edemas, hidropesías con albuminuria, flebitis, congestiones pulmonares; algunas veces, accesos de hemiplegia con convulsiones y pérdida de la palabra. Se le trataba lo mejor que se podía; pero á pesar del régimen lácteo, de los laxantes, aguas minerales, quinina, á pesar de los tratamientos más científicos y mejor sostenidos, aquello no marchaba.

Al contrario, empeoró de tal manera, que el paciente parecía condenado á una muerte próxima; y un día la situación se agravó tanto, que se juzgó necesario administrarle una inyección subcutánea de éter. Desgraciadamente, ó mejor, felizmente para el enfermo, aquélla fue mal aplicada y provocó una gangrena de la piel. Como acontece en casos semejantes, la piel gangrenada se desprendió y dejó una úlcera que supuraba.

Ahora bien, ¿cuál fué el resultado de esta supuración? «Al cabo de diez días, escribe el doctor Brocq, el estado del enfermo mejoró de una manera inconcebible. El paciente recuperó el contento, la energía y las fuerzas, y pudo levantarse, lo cual no hacía desde un año atrás.» ¿De dónde provino aquella inesperada mejoría? Bien se comprende que la inyección de éter, mal aplicada, había obrado á manera de un cauterio y creado un exutorio, el famoso exutorio de nuestros abuelos.

Pero ¿fue realmente al cauterio á lo que el enfermo debió la curación?

El curso del relato va á demostrarlo.

Dos meses, próximamente, después de la inyección, cesó la úlcera de supurar. De pronto, el enfermo volvió á su antiguo estado y se repitieron los accidentes. Sin vacilar un momento, «pero no sin repugnancia», el doctor Brocq le aplicó un cauterio al brazo izquierdo, y desde que se restableció la supuración, los accidentes desaparecieron y el enfermo mejoró de nuevo. Un día, por descuido, se dejó cerrar el exutorio, y el mal estalló violentamente: fué conjurado con un segundo cauterio, que, desde entonces, el paciente rodea de los más minuciosos, y aun diré piadosos cuidados.

2ª Un sujeto, ya de cierta edad, había abusado ampliamente de la vida, desde todos los puntos de vista. Era, simultáneamente, arterioescleroso, reumático y gotoso y presentaba desde hacía algún tiempo toda una serie de accidentes que hacían temer la «dolorosa» catástrofe final. La inteligencia se hizo menos viva, la digestión menos y menos regular; sobrevino apatía, somnolencia, opresión, y el estado cerebral dió serias inquietudes á la familia.

En estas condiciones, sufrió accidentalmente una profunda quemadura en el muslo. La úlcera comenzó á supurar y á pesar de las más esmeradas «curas» no se cerraba. Pero, cosa extraña, desde que comenzó la supuración, comenzó también la mejoría del paciente. La apatía desapareció, la inteligencia se hizo más viva, la digestión se normalizó, y todo marchó á satisfacción. Solamente quedaba de incómodo aquella interminable supuración de la cual quería el enfermo desembarazarse á toda costa. El doctor Brocq accedió á su deseo y llegó á obtener la cicatrización de la úlcera; pero, desde el siguiente día, el paciente fué de mal en peor y en los días subsiguientes la situación se agravó de tal suerte, que el doctor juzgó necesario restablecer la supuración y le aplicó un cauterio al enfermo. El efecto fué decisivo; y hoy, gracias al cauterio que mantiene cuidadosamente, el ex-enfermo goza de perfecta salud.

Hé ahí dos hechos destinados á producir un ruido enorme en el mundo médico. Se tratará ahora, naturalmente, de conciliar las teorías médicas modernas con los efectos curativos del cauterio, y de explicar éstos por aquéllos. Poco nos importa la manera como se haga; pero lo que importa no olvidar—siquiera sea á título de curiosidad—es que, en ciertas enfermedades, el tratamiento antiguo por el cauterio y el exutorio da buenos resultados.

III

Con la sangría acontece otro tanto.

En virtud de las teorías médicas ya expuestas, la sangre se consideraba como un receptáculo de todos los humores morbíficos. Como se la juzgaba encubridora de los agentes, de las causas de las enfermedades, se la trataba como enemigo, y se sangraba á quienquiera

que se sintiese mal: se sangraba á los ancianos y á los niños, á las parturientes y á los reciennacidos; se sangraba á los tíficos y á los pneumónicos, y la sangría se empleaba contra las anginas igualmente que contra las dispepsias, contra el sarampión como contra las jaquecas.

Se sangraba para curar y se sangraba para preservar contra las enfermedades en tiempo de epidemias.

Había verdaderos desbordamientos y sin ninguna exageración, ciertos médicos fueron tratados de pedantes sanguinarios. Botal sostenía, por ejemplo, que la sangre en el cuerpo humano es como el agua en un buen manantial: mientras más se extrae, más se encuentra. Aurac quería *habituar* por la fuerza la viruela á la lanceta, y sangraba á todos los variolosos. Otro médico, profesor en la Facultad de París, enseñaba que siempre existe en el organismo suficiente sangre para sostener la vida y que nada pulula tanto como este fluido. Sustraer cinco, seis, á veces diez litros en el curso de una pneumonía no se tenía por una terapeútica extravagante. Hacia 1850 se hallan aún en ciertos trabajos de medicina observaciones clínicas por este estilo: Joven sujeta desde su infancia á vómitos y vapores que desaparecen cada vez que se la sangra. Así, fue sangrada 1020 veces, 80 en el pie y 940 en el brazo!

La sangría no desapareció de la terapéutica sino con el advenimiento de la medicina moderna, tal como la ha creado el genio de Virchow y de Pasteur. Hoy existen generaciones de médicos que jamás han visto sangrar y que se verían muy embarazados para manejar correctamente la lanceta, la cual, por otra parte, ya no figura en sus estuches de cirujía.

Y, sin embargo, hace algunos años se opera una verdadera reivindicación en favor de la sangría. Naturalmente, estamos lejos de la manía sanguinaria de nuestros bisabuelos; pero, al fin, vuelve á aplicarse la sangría en gran número de enfermedades.

En una tesis presentada hace dos años á la Facultad de medicina de París, bajo la presidencia del profesor Hutinel, se declara que la sangría es maravillosa para los cardiacos, cuyo corazón debilitado se deja distender por la sangre. En ella se excita también á los médicos á recurrir á la lanceta en la congestión pulmonar, cuando el pulmón infartado opone un obstáculo á la circulación de la sangre, que desde luego se estanca en el corazón y concluye por violentarlo.

Más se agrega: la sangría produce verdaderas resurrecciones en la uremia y constituye el recurso supremo en la difteria grave. Es que, en ambos casos, el organismo se halla bajo el efecto de una intoxicación producida por los venenos que se acumulan en la sangre. En la difteria, estos venenos son secretados por los bacilos que ulceran la garganta del paciente. En la urenia, es el riñón atacado de nefritis el que no elimina los desechos de los tejidos, los venenos que se forman en el intestino durante la digestión ó que resultan de la combustión incompleta de las células. En ambos casos, la sangría disminuye la cantidad de veneno que circula en la sangre y permite al organismo restablecerse y salir victorioso de una lucha mortal.

¿No parece que esta teoría de acumulación en la sangre, de toxinas microbianas ó de venenos formados constantemente por el organismo, recuerda punto por punto á los agentes morbíficos, los humores «venéreos» y los líquidos acres de los médicos antiguos? Como que, una vez más, nos vemos obligados á decir que si las teorías pasan, los hechos quedan.

Molière no amaba los médicos. Para él

Clysterium donare,
Postea seignare,
Ensuita purgare,

era la primera y última palabra de su ciencia. Evidentemente, el cuadro que pinta de los Purgons y de los Diafoirus de su época, es ultrajantemente exagerado y francamente caricatural.

¿Nos será permitido agregar que semejante cuadro, como toda sátira y como toda caricatura, encierra una partícula de verdad?

DOCTOR R. ROMME.

«EL IMPERIO JESUITICO»

POR LEOPOLDO LUGONES

La prose n'est jamais finie.
FLAUBERT.

Con «El Imperio Jesuítico» ha alcanzado Lugones un hermoso triunfo de impopularidad. Alrededor de este libro, efectivamente, hase hecho la conspiración del silencio...

Habituados al desborde de elogios incondicionales que á diario tributan los panegiristas de profesión, á cuanto libro mediocre publica tal cual almacenero de Letras, pudiera extrañarnos esa indiferencia. Ella paréceme bien lógica, sin embargo.

Pequeño esfuerzo representa, en verdad, remendar un artículo, á base de adjetivos de sonoridad más ó menos legítima, y de frases hechas—simples lugares comunes—cuando se quiere ensalzar novelitas, cuentos y poemas cortos, donde los «Vizcondes de abanico», las «Princesas azules», «el leve peinador blanco» y «la alcoba perfumada», forman escena, decoraciones y personajes de idilios azucarados ó tragedias de broma...

El caso es sugerente, tratándose de Lugones, víctima favorita antes de ahora de los incensadores de oficio. Esta vez, el real mérito de su obra, sírvele de escudo para repeler agresiones de ese género. Pero debe felicitarse, porque es siempre preferible el discreto vacío, á la avalancha de notas encomiásticas de crueldad espeluznante conque tantas veces se le ha asediado.

Ello es prueba elocuente de la bondad del libro. La acometida *crítica* se torna difícil, porque, de cualquier modo, sean cuales fueren sus defectos, estamos en presencia de una de las obras más dignas de análisis publicadas en esta última década.

* * *

Iníciase con un conceptuoso estudio psicológico del pueblo español. El autor llama «El país conquistador» á este primer capítulo.

Por las proyecciones del tema, la sinceridad de criterio y la sutileza de observación que revela, esta parte del libro es sin duda la más interesante.

Hombres, costumbres é Instituciones de la España de los Austria, desfilan en brillante sucesión. El cuadro es completo. Los contornos están delineados con maestría, y fuertemente acentuados los rasgos más característicos.

Nada escapa al análisis concienzudo. Una á una, destácanse del conjunto, todas las modalidades típicas de aquel pueblo hecho de grandezas y miserias.

Le es fácil demostrar cómo el espíritu de la Edad Media, que continuó preponderando en la Península después de la Reforma, imprimió rumbos especialísimos á la civilización hispánica del siglo XVI.

En política, «fracasado el plan del Emperador, entre las ruinas de un mundo que se desmoronaba, nació en Felipe II la idea del Imperio Cristiano». Esta obsesión por la monarquía universal, despojó al pueblo de «todas las virtudes que constituyen el término común de las sociedades normales, para ser reemplazadas por las condiciones heroicas. Por eso, «el siglo XVI fué el siglo Conquistador».

Era, pues, fatal que el descubrimiento de América, empresa esencialmente aventurera, fuese realizada por los españoles. Después de siete siglos de incesante batallar, su temperamento guerreador necesitaba la nueva válvula de escape que oportunamente le proporcionó la idea de Colón. A la toma de Granada, debía seguir, sin solución de continuidad, otra campaña épica. Las armas castellanas, que ya no se iban á esgrimir más contra los moros, no podían enmohecerse.

Las riquezas del nuevo mundo aniquilaron las industrias. El Gobierno, teocrático y militar, encontró «en la ignorancia pública una garantía de impunidad á todo abuso». Decaían las fortunas «en un medio de pura especulación.» «El azar se volvió entonces un árbitro económico.» «El empleado fué el único que siguió lucrando en una administración cada vez más complicada por la necesidad de encontrar recursos en el impuesto.»

«En sus marchas á través de la Europa y del Asia, el soldado se había vuelto un transeúnte del mundo.» Y la venalinad y la torpeza distinguían al hombre de ley.

También el bajo clero «experimentó análoga evolución»: el tipo del clérigo vividor, satirizado por las novelas picarescas, es un tipo legendario.

Sólo la nobleza, en su aislamiento, pudo libertarse de la irresistible influencia desmoralizadora de aquel ambiente.

La teología y la jurisprudencia, saturaron las letras de estirada solemnidad. «El tono jurídico era de rigor; las intrigas dramáticas, resultan siempre coartadas; en las más altas efusiones de la mística—otra veta casi original del ingenio español—hay algo de abogadil...»

Hay demasiada acritud en ésta y otras apreciaciones sobre la literatura de la época. Ese criterio un tanto exclusivista, se justifica con el homenaje tributado á Quevedo, «mucho más castizo, mucho más artista, verdadero dechado, fruto de meditación y flor de antología.» Ya es tiempo, en verdad, de comprender la profundidad y galanura «del más noble estilista español», transformado por una cruel ironía «en un prototipo chascarrillero».

Hé ahí, bosquejado á grandes rasgos, el estado social de la Península al fundarse la Compañía de Jesús. La síntesis pre-

cedente,—cuyas transcripciones responden al propósito de quitarle la menor dosis de fidelidad—basta para inferir la norma de criterio que inspira á la totalidad de la obra.

*
* *

La imparcialidad, siquiera sea relativa, es virtud de excepción. En materia dogmática, especialmente, el apasionamiento es todavía la *ultima ratio* de todas las argumentaciones.

Si la amable despreocupación contemporánea suaviza viejos rencores, temas hay que continúan prestándose á las apreciaciones violentas y extremas de otros tiempos.

La orden jesuítica es sin duda uno de ellos. Al presentarla, Lugones colócase desde luego en un punto de vista puramente racional. El análisis frío y desinteresado, substituye á las *creencias* individuales.

Los lirismos sentimentales que inspiran á detractores y apologistas de los jesuitas, quedan descartados, sin duda porque «los odios históricos, como la ojeriza contra Dios, son una insensatez que combate contra el infinito ó contra la nada.»

Para valorar debidamente el carácter de la conquista espiritual realizada sobre algunas tribus guaraníes, ha comenzado por extraer, después de pacientes estudios, lo que podríamos llamar «el alma jesuítica.»

Todo está netamente definido: los móviles ostensibles de la creación de la Compañía, su verdadero significado dentro de la Iglesia, su inmediata adaptación al medio, el espíritu de la Regla, la índole de su literatura, sus fines y alcances religiosos, políticos y sociales...

No tienen sus observaciones sitio preferente en el libro. En el capítulo primero deja, como si dijéramos, tendidas las líneas. Viene luego, aquí y allá, enquistada en los subsiguientes, una serie de detalles que perfeccionan el conjunto, y contribuyen á proporcionar la exacta impresión de psicología de la Orden.

Desde la primera ojeada, adviértese en los capítulos «Las dos conquistas», «La conquista espiritual» y «Expulsión y decadencia», la inmensa cantidad de datos, algunos de mera erudición, allí acumulados.

A todas luces, el examen externo de las *Misiones*, resulta minuciosísimo. Pero con todo, y sin pretender formular una observación fundamental, lo cierto es que el estudio de la *obra*, no está á la altura del estudio de la Institución que la realizó.

El surco de su arado no deja esta vez huella tan profunda. Algún problema está tratado á flor de tierra, y en más de una ocasión, no extrema el raciocinio hasta donde estaba en el caso de hacerlo: el bisturí del cirujano, vacila á ratos...

El «Epílogo», destinado á borrar este pequeño lunar, llena su misión de manera incompleta. Necesita el lector del hacha demoledora para abrirse camino en esa selva enmarañada, pletórica de vegetación, y no es sin esfuerzo que consigue penetrar hasta el fin sus atrevidas conclusiones. Ese es el momento de sacrificar la intención literaria, en obsequio á la claridad didáctica, descartando incidencias de puro lujo externo...

*
* *

Por su carácter y tendencias, es «El Imperio jesuítico» una obra de pensamiento. Obra llena de observaciones ingeniosas, revela total comprensión del vasto tema desarrollado, á la vez que una ilustración poco común. Pero es preciso convenir, sin embargo, que ni lo uno ni lo otro constituye su virtud más descollante.

La exposición se resiente de falta de método. Y en términos generales, es más un libro de «impresiones», que un «Ensayo histórico». Su erudición, de buena ley es cierto, resulta á las veces un tanto forzada: en el abultado índice bibliográfico, huelgan quizás varios nombres...

Lugones no ha podido desligarse de su propia tradición. Y Lugones es ante todo, hombre de letras. Íntegramente, página por página, línea por línea, está sellado el libro con el cuño de su estilo personalísimo.

Y hé ahí cómo una obra sociológica, viene á ser, substancialmente, una obra literaria.

En el desarrollo de una tesis determinada, hiere antes la atención, la armonía de la frase, que el acierto del juicio. Porque Lugones no es al fin pensador original en esa materia, sino disertador habilísimo y consciente. Pero es un estilista en la más alta acepción del vocablo.

Ya en sus trabajos anteriores, dejábase traslucir el temple de su prosa, sonora, flexible y fuerte como el acero.

La inmoderada pasión por los giros y las expresiones novedosas, trae como consecuencia inmediata, el amaneramiento. Y séame permitido observar que ese anhelo de originalidad, frecuente en los escritores de la moderna escuela simbolista, es el defecto capital del estilo de Lugones. Pero si tal defecto existe, se le perdona de buen grado, en obsequio á la riqueza sorprendente de su idioma, á la precisión del concepto, y para decirlo todo de una vez, á la elegancia escultural de la forma.

Aunque parezca paradójico, hay exceso de perfección en su lenguaje. La expresión mejor pulida, en efecto, no es siempre la más hermosa. Dentro de este orden de ideas, atreveríame á asegurar que si la prosa de Lugones, cae por momentos en rebuscamientos de dudoso buen gusto, ello se debe por entero á la tentación de abusar, precisamente, de sus más nobles cualidades.

Los epítetos, por ejemplo, son magistrales. Expresan con tal vivacidad la intención del autor, que valen más, en ocasiones, que un discurso completo. No obstante por el placer de insistir, por el amor á las rarezas, amontona calificativos en un período relativamente corto, hasta el extremo de quitar á la frase su soltura. En el afán de evitar á todo trance las locuciones trilladas y corrientes, da en extravagancias ó recurre innecesariamente á arcaísmos ó neologismos de oropel.

Su admirable conocimiento del léxico, le lleva asimismo á exageraciones peligrosas. Abusa de la riqueza desbordante de su vocabulario y casi, casi, agregaría también, que abusa del diccionario de sinónimos.

En una palabra, su pecado consiste en la falta de sobriedad. La suprema distinción requiere sencillez en el adorno: pocas joyas, pero legítimas todas.

No pretendo disminuir el valor intrínseco de su estilo. Antes bien, quisiera demostrarlo. Pero para ponerlo de relieve, necesitaría recurrir á las transcripciones. Evítolas, sin embargo, porque puesto á citar, los ejemplos comenzarían á multiplicarse, además de que vacilaría en la elección....

Lejos de participar del exclusivismo corriente, menospreciador de puristas y académicos, que sólo acepta las maneras ultramodernas de dicción, pediría su parte de clasicismo á nuestros pocos escritores de verdad. Pero no sería honesto terminar esta nota sincera, callando sobre la obra total, mi impresión sintética: «El imperio jesuítico» es de los contados libros argentinos, capaces de fundamentar la arriesgada tesis de quienes—exageradores de optimismos—creen en la existencia de «nuestra literatura»....

ROBERTO J. BUNGE.

SUELTOS EDITORIALES

"ALMA DEL TROPICO"

Fundada por el señor Ramón Ayala Aguinagalde y dirigida por el joven poeta R. Benavides Ponce, ha circulado en esta ciudad una Revista literaria, que tiene por título el de estas líneas.

En su primer artículo hace especial mención de EL COJO ILUSTRADO, en párrafos que como una demostración de nuestro reconocimiento, copiamos. Dicen: «EL COJO ILUSTRADO ha sido, hasta ahora, el único mensajero que ha llevado tras de las fronteras la flor del decoro patrio y la fina esencia ascendente del honor nacional. La obra benemérita del Director de aquella Revista, ha logrado hacer sospechar la cifra y la robustez de la gente ateniense que bulle entre los pórticos, sobre esta acrópolis del continente.

«Es, pues, de dignidad patria, de propia reputación, y de nuestro honor, secundar la misión que en las letras y el arte americanos ha hecho ilustre el nombre del Director de EL COJO ILUSTRADO.»

Al retribuir á la nueva Revista el saludo que nos dirige, hacemos cordiales votos por su prosperidad y por su renombre.

SEÑORA MERCEDES L. DE HENRIQUEZ

La vida de la apreciable dama que ha muerto en estos días, estuvo toda ella llena de una labor meritísima. Jefe de un hogar por sus virtudes distinguido, maestra de generaciones, ejerció sus delicados magisterios,—ambos augustos,—en donde quiera que lo demandaron sus constantes deberes: en Coro, Curazao, Maracaibo, Valencia y Caracas.

Sus discípulas, la sociedad y la familia lloran con hondo dolor la pérdida de la excelente maestra, de la honorable matrona, de la amante madre.

Vaya á su apreciable hija, la señorita María Henríquez, la expresión de nuestra sincera condolencia.

PÉSAME

Cumplimos el triste deber de enviar la expresión de nuestra pena á la familia del señor general CLODOMIRO TIRADO, fallecido recientemente en esta ciudad y hombre público de reputación en nuestros anales militares y administrativos.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Candidatura nacional: insólita aclamación del general Cipriano Castro, por Pérez Veracoechea.

Recopilación de leyes y decretos de Venezuela, tomo XXIV, año 1901.—Edición oficial.

Sociedad Cooperativa de Ahorros y Construcción de Porlamar.—Documentos relativos al primer año de su establecimiento, concernientes á la Junta Directiva y á la Asamblea General ordinaria efectuada en sesiones del 28 de octubre y 6 de noviembre de 1904.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Dante y Beatriz

CUADRO DE C. SACCAGGI

Casi al salir de la infancia, Dante sintió el amor, un amor puro, verdadero, profundo; él ha expresado sus ilusiones y dolor con una fuerza que aleja toda poesía artificial y el lenguaje afectado del siglo; él guardó el indeleble recuerdo como un sello de Dios, poeta consagrado en adelante por la religión y el amor. A esta originalidad primera del Dante, á este duelo, á este culto de Beatriz á quien inmortalizó, inmortalizándose á sí mismo, debe añadirse otra inspiración: la antigüedad. La vida del Dante fué una serie de peregrinaciones. Ibase el pobre desterrado donde le conducían las circunstancias, la necesidad urgente, la inquietud de su espíritu, la incurable tristeza de su alma. Errante así y desgraciado, terminó su poema, que había comenzado en el destierro. Este trabajo fué su venganza y su arma. Dueño del infierno, del purgatorio y del paraíso, y poseyéndolos por derecho de talento, él tenía puéstos que dar á sus enemigos y á sus amigos. Este extranjero, este proscripto, que habéis arrojado de Florencia, cuya sentencia de muerte habéis redactado, apenas tenía un asilo, estaba obligado á saber *lo amargo que es al gusto el pan del extranjero, y cuán duro es subir y descender la escalera de otro.*

Así habla uno de nuestros más poderosos escritores del Homero de la Edad Media.

Cuanto á Beatriz, es Dante mismo quien de ella ha dicho que, al pasar, un espíritu sutil, lleno de amor, iba diciendo al ánima: *Suspira!*

Intimación al ruso

Antes del advenimiento de Pedro el Grande, Rusia ni siquiera es contada en el número de las naciones de Europa.

Su origen, su población, sus expansiones asiáticas, la acercan más y más á Tartaria y á Manchuria; y en ese proceso de formación y desarrollo, mil ocasiones en la historia tienen que sufrir los moscovitas el dominio y la rudeza de los invasores manchúes.

Nuestro grabado es un episodio de aquellos tiempos anárquicos, en que un conquistador manchú se acerca á las fronteras rusas é intima rendición á su general.

Venus desarma á Cupido

DE BOUCHET

Pertenece á la colección de M. Alfred Rothschild el cuadro del gran decorador y gran pintor Bouchet, que representa el consejo administrado por los maestros de amor y de arte para hacer inofensivo, desalentado y triste al caprichoso y travieso dios: acercarse á los altares de la madre milagrosa que posee el arcano del sér y de la vida; ampararse de su túnica sagrada, y entonar el himno íntimo, humano y profundo que pide, para su imperio entre los hombres, la divinidad misteriosa y augusta.

Escenas de enajenados

Hace poco, la prensa de Europa se ocupó en una serie de hechos delictuosos cometidos por los enfermos de un manicomio italiano, en momentos en que los guardianes procedían á extraerlos de las celdas, para darles el recreo reglamentario.

El grabado que reproducimos muestra las actitudes de los enajenados, después del acceso de furia que los acometió.

El "coolie" en Manchuria

Como se ve por nuestro grabado, el infeliz inmigrante hindú, á quien su carácter miserable ha llevado á las regiones de Manchuria, es utilizado en ellas para los trabajos de tracción de los cargamentos, cuando falta absolutamente toda otra especie de motor.

Asalto de Puerto Arturo

Nuestros grabados relativos á la guerra ruso-japonesa llevan el propósito de ilustrar, para nuestros lectores, las diarias informaciones que nos trasmite el telégrafo, relativas á los grandes hechos de armas que largamente se preparan en el asedio de Puerto Arturo y en la defensa de la plaza de Moukden, por las fuerzas japonesas el primero y por las de Rusia la segunda.

Muerte del Mariscal Beziéres 1813

El glorioso Mariscal de Francia muerto en la batalla de Lutzen, en 1813, comenzó la carrera del honor y de la gloria, como simple soldado en la guardia constitucional de Luis XVI. Capitán, en el ejército de los Pirineos, sirvió en Italia y mereció de Bonaparte, por las acciones que realizó en Roveredo y en Rívoli, que el general en Jefe le confiara el mando de los guías. Llevado á Egipto con el grado de Brigadier, se hizo notable ante San Juan de Acre y Aboukir. Complicado en el 18 brumario, aseguró la victoria de Marengo, con una última brillante carga de caballería, y fué ascendido por el Emperador á la dignidad de Mariscal. Mostróse gran general, batallador audaz, valeroso é inteligente en Austerlitz, en Jena y en Friedland. En España ganó, en 1808, las batallas de Medina de Rioseco, Burgos y Somosierra. Duque de Istria, combatió en Ebersberg, Essling y Wagram: volvió á España con Massena, en 1811: asistió á la campaña de Rusia, y fué muerto por una bala de cañón la víspera de la batalla de Lutzen. En Praissac, donde nació cerca de Cahors, sus compatriotas le han levantado un monumento, conmemorativo de su valor intrépido y de su genio militar.

SECCION RECREATIVA

Lo que hay en una lágrima

Se ha entretenido un médico inglés en recoger algunas lágrimas,—y sin decirnos por supuesto, qué ha hecho para que corran, ni cómo las hace evaporar sobre una lámina de vidrio muy delgado,—refiérenos lo demás.

Terminada la operación, examina el residuo en el microscopio, y nos lo presenta lindísimo. Consiste éste, en cristales de formas extraordinariamente variadas, que se han constituido por la evaporación del líquido, que tenía en disolución distintas sales. Entre éstas, hállase abundante la sal marina ó cloruro de sodio, y nadie ignora que las lágrimas son saladas. Deposítase el cloruro de sodio, ó queda sobre el vidrio, en forma de cristales que muestran un aspecto característico, al igual de otras sales que también se depositan, como el fosfato de soda, particularmente.

Todos estos cristales se mezclan unos con otros, ó se yuxtaponen, presentando dibujos varios y elegantísimos, que recuerdan los que se encuentran por la mañana en los cristales ó vidrios de las ventanas, cuando ha helado mucho la noche precedente, y el aire de la alcoba se ha mantenido en una temperatura baja ó húmeda.

Si la composición de las lágrimas es desde hace mucho tiempo muy conocida, nadie hasta hoy, que nosotros sepamos, había pensado en hacerlas distinguir y ver por el procedimiento puesto en práctica por M. James Scott, el cual es de fácil imitación, con sólo tener á mano un microscopio, ó por lo menos, una lente grandecita y vigorosa.

El salto de la cuerda como ejercicio para los adultos

Un corresponsal del *British Medical Journal*, ha escrito últimamente en esta seria publicación, que en su concepto, ninguna clase de gimnástica privada es tan conveniente, como el magnífico ejercicio que puede uno hacer, saltando á la cuerda, como en los días más ó menos lejanos de la infancia risueña.

El saltar á la cuerda sería superior, excelente, como un pretexto para movimientos violentos, en todos los métodos que se puedan imaginar. Tiene, por otra parte, ventajas reales, positivas, que son altamente apreciables. Antes que todo, obsérvase que no exige gastos considerables como aparato gimnástico, porque, con un pedazo de cuerda, basta.

Sólo, necesítase de espacio; y en muchas habitaciones urbanas no hay campo suficiente donde poder saltar libremente, sin que no se engarse uno con un mueble, ú otro objeto cualquiera Además, el inquilino del piso inferior puede quejarse, si el aficionado á saltar la cuerda es muy pesado y voluminoso, ó inhábil, ó torpe en sus movimientos; y más fácilmente se incomodan, cuando los aparatos para el ejercicio del tronco y de los brazos no son de caoutchouc, circunstancia que tan en boga los tienen ahora.

Mas, hechas estas reservas, es necesario convenir, sin rodeos, que el salto de la cuerda constituye un ejercicio excelente, inmejorable. Fortifica las piernas, claro es; hace trabajar los músculos del abdomen, lo que es utilísimo para las personas que sufren de tendencia á la constipación; opera un *masaje* general de los órganos abdominales, y hace circular la sangre en las vísceras, en donde, quizá, se retrazaría con detrimento nuestro, puesto que se haría lentamente la eliminación de los productos desasimilables. En fin, ejercita los brazos; y practicado con inteligencia, abre el pecho y acelera las funciones del corazón y los pulmones, siendo por tantos respectos un ejercicio completo, absoluto, y en materia de ejercicio, sabido es que debe acordarse la preferencia á los movimientos que desarrollan y hacen funcionar todas las partes del cuerpo.

¿Veremos el saltar á la cuerda adquirir en el interior de nuestros hogares, el puésto que ha alcanzado el lown-tennis, en los jardines y paseos? Es posible. La moda tiene caprichos incomprensibles, y bien no esté quizá distante el día, en que quiera conceder una aureola nueva á una forma de la gimnástica, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Sólo hemos de confesar, que el saltar á la cuerda no presta, ni con mucho, grande alimento al espíritu. El lown-tennis, el globo ó bombas, el *cricket*, y, en general, los demás juegos, ocupan el intelecto, y reclaman su intervención á un mismo tiempo que la actividad de los músculos. De ahí, el triunfo de todos ellos. El salto de la cuerda deja al espíritu en absoluto reposo, es decir, sin la menor participación en el juego, lo cual es triste, ó enfadoso, cuando menos; porque, en el fondo de las cosas, aun jugando, al hombre le gusta trabajar, y siente la necesidad que su espíritu se ocupe. De no ser así, trabaja ú obra como autómata, y el automatismo no puede ser, ni nunca ha sido, una distracción ni menos, un placer.

Un idioma antiquísimo

En Chu-Yung (Mongolia) existe una colección de inscripciones que recuerdan las de la piedra de Roseta, de Egipto. Se encontró en una bóveda de mármol construida en 1345. Toda ella está cubierta de figuras budistas en relieve, así como las paredes, en las cuales, además de las figuras, hay inscripciones en seis idiomas diferentes: sanscrito, chino, tibetano, mogol y nigur, pueblo que desempeñó importante papel en la etnología é historia del Asia central. El otro idioma no se había podido averiguar cuál era. Por el pronto se creyó que era la escritura nacional de los Chin, ó «Dinastía de Oro», á la cual siguió la de los Kitans, que dominó el Norte de China á principios del siglo XII, pero los pocos ejemplares que hay de dicha escritura no se parecen á los de la inscripción misteriosa.

El doctor Bushell, médico de la legación inglesa en Pekín, cree haber identificado el idioma raro, comparándolo con los pocos escritos tangutos que existen. Dicha escritura, adoptada en 1036 por Juan Hao, fundador del reino tanguto, fué, según parece, la que sirvió de modelo á la antigua escritura oficial china.

Las inscripciones de la bóveda de Chu-Yung-Kuan y las de una estela de piedra de un monasterio budista, son los únicos ejemplares de escritura tanguta dignos de consideración que existen en el mundo.

El más viejo habitante del mundo

Se ha convenido, á lo menos, entre los Americanos que «cuanto se halle en América, excede á todo lo que se haya conocido hasta nuestros días. Es el país más grande del globo, y el que presenta las mayores catástrofes al lado de las más altas virtudes. Y desde el momento en que ellos consideran las batallas de las guerras civiles como las más importantes que la tierra haya visto, tanto por el valor como por el número de los combatientes, nadie se llamará á sorpresa, si la exposición de San Luis se jacta de poseer el habitante más viejo de nuestro planeta.»

Pero este habitante más antiguo ó más viejo, no es un sér humano: es una tortuga, que no tiene ni el mérito, siquiera, de haber nacido americana, sino que viene de las islas Seychelles, cerca de Madagascar.

Esta tortuga era cuasi histórica, allá, en las isletas del mar del Sur, donde se le veneraba como una divinidad. Se le conocía, cuando menos, hacía más de ciento cincuenta años, y debía contar ella,—por no decir nada, doscientos cincuenta. Como prueba de su avanzadísima edad, tenía en el carapacho una profunda cicatriz, de la cual salía una elegante palma, chiquita y graciosa.

Un empresario de Circo de animales raros, obtuvo de los moradores de las Seychelles el préstamo de la tortuga, por algunos meses solamente, y hé aquí cómo se explica que figure ahora ese semi-dios en la exposición americana de San Luis.

Aunque su edad es absolutamente desconocida, el reptil puede ser, en verdad, muy viejo; y sabido es por demás, que las tortugas tienen reputación y fama de vivir muchísimo tiempo. Justo es decir, que, nada prueba que sea esta tortuga el más viejo habitante del mundo. Indudablemente que pueden existir otros más venerables; pero en Estados Unidos no se paran en pelillos. Basta que un certificado cualquiera declare que es el animal de mayor edad sobre la tierra, y eso basta y sobra, porque nadie presentará duda alguna, ni mucho menos pide pruebas ni exige testimonio.

La hidroterapia en el Japón

COCERSE VIVO PARA CURARSE

Como terreno volcánico, el del Japón es muy abundante en fuentes termales, algunas de las cuales son muy renombradas por sus condiciones terapéuticas, reales ó inventadas.

Las virtudes de la Ko-Nu-Yo (agua caliente de la grulla) fueron descubiertas, según la leyenda, por una de estas aves que padecía de dolores en las patas, 593 años antes de Jesucristo.

Un aldeano que la veía dirigirse todos los días, cojeando, á cierto lugar del llano, observó que, pasado algún tiempo, la grulla andaba con perfecta soltura. Impulsado por la curiosidad, siguió á la paciente y descubrió el manantial donde se bañaba. Desde entonces van á él muchos enfermos.

La credulidad popular atribuye cualidades terapéuticas á ciertos objetos bañados en estas y en otras aguas. En Yumoto, por ejemplo, hay unas aguas extraordinariamente ferruginosas que dejan unos pozos amarillentos, en los cuales impregnan pedazos de tela, y que una vez secos y aplicados al cuerpo durante doce horas producen, según la vulgar creencia, igual efecto que toda una temporada de baños.

Los japoneses toman los baños muy calientes, por lo general de 46° centígrados. Las aguas de Kusatsu son excelentes para la gota y el reumatismo. Sus principales componentes son ácidos minerales. Del manantial brota el agua con una temperatura de 51°, pero luego desciende á 46°. En este balneario toman los enfermos cinco baños diarios: dos por la mañana, dos por la tarde y uno por la noche, hasta el número de 120, que suelen bastar para una cura ordinaria. A la hora del baño ó *likanyu* retiemblan en el espacio los sonidos de una banda de cuernos para llamar á los bañistas, que, no obstante su fuerza de voluntad, tiemblan ante la idea de meterse en aquellas aguas tan calientes. Para evitar que el miedo les quite las ganas de bañarse, rige en el balneario una especie de disciplina casi militar. Cada bañista se mete en su cuarto, y á una orden del «jefe de baños» todos se humedecen. Luego el «jefe» se sienta y empieza á cantar una canción que corean los que ya están dentro del agua para animar á sus compañeros menos decididos. Durante los tres minutos y medio que el baño dura, el «jefe» canta los minutos que van transcurridos y los que faltan para salir de aquellas calderas, dignas de Pedro Botero.

Los bañistas cantan también los tiempos á coro, hasta que el jefe grita «¡Se acabó!» Entonces todos salen del baño con gran presteza, y se visten.

En el balneario de Beppu, que está dividido en dos partes: Yligarki-noyu y Nishi-noyu, ó sea baño del Este y baño del Oeste, se curan diferentes afecciones crónicas. Sus aguas

LA HERMOSA NIÑA RENÉ GONZÁLEZ, que estuvo gravemente afectada por una bronquitis aguda y gracias á la **Emulsión de Scott** se encuentra ya bien.

Como lo más necesario para la vida es la salud, cada cual debe procurar los medios de adquirirla. Los mejores síntomas de una salud perfecta son: buen semblante, robustez y fuerzas. Con la **Emulsión de Scott** se consigue todo ésto, pues es un alimento importantísimo y una medicina heroica que regenera los organismos debilitados, purificando y enriqueciendo la sangre.

Con buen éxito y en gran escala he venido haciendo uso durante muchos años de la excelente preparación denominada Emulsión de Scott, notando que, en muchas enfermedades, como en la tuberculosis, escrófula, etc., y sobre todo en la infancia da resultados superiores á los que se obtendrían con cualquiera otra preparación de su género.

DR. JUAN N. CAMPOS,
President del Consejo de Salubridad,
en Toluca, México.

De venta en las Farmacias y Droguerías.

SCOTT & BOWNE, Químicos, NUEVA YORK.

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22-Teléfono N. 2159

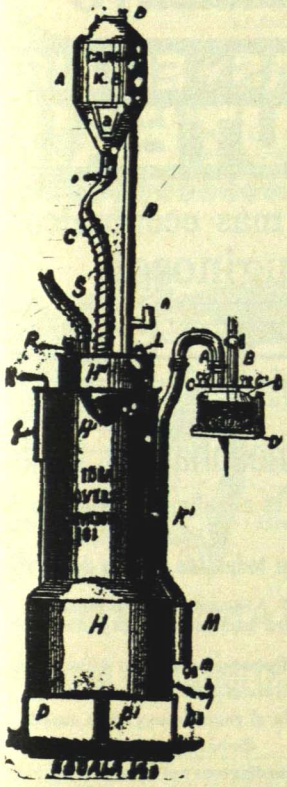
TELEGRAMAS: **ROVERSI - CARACAS**

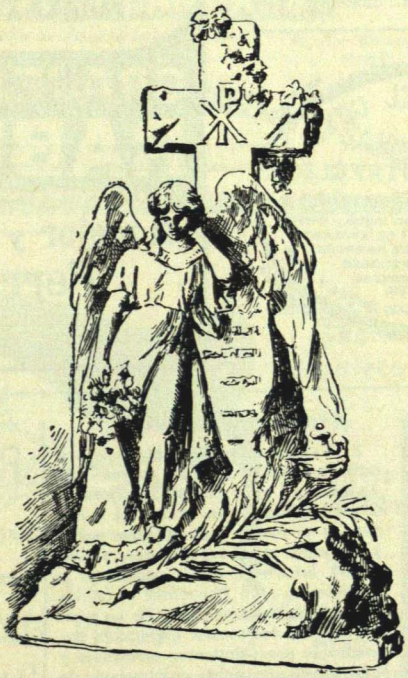
Departamento Acetileno

Aparatos sistema Roversi—Carburo de calcio de primera á $ 17 los kilos 100 netos—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberias y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL á caida de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.





Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacavalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodriguez—Tipografía Vidal—Marmolería Rovers—Panadería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados

Carga de k 1 á k 50 — Valor: de $ 10 á $ 250

VINO NOURRY

YODOTÁNICO

á la vez

Depurativo y Fortificante.

DEBILIDAD GENERAL
ANEMIA
LINFATISMO
ENFERMEDADES del PECHO

El **VINO NOURRY** *reemplaza con ventaja el Aceite de Higado de Bacalao.*

Excita el apetito *y constituye el mejor remedio contra las enfermedades de las* **Mujeres** *(colores pálidos, épocas dolorosas) y de los* **Niños** *(escrófulas, usagres, etc.*

SE VENDE

F. COMAR & FILS
PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS ACREDITADAS

619

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL

prescrito por los Médicos en los casos de

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.

102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor éxito.

contra las diversas **Afecciones del Corazón, Hidropesias, Toses nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.**

HEMOSTATICO el mas PODEROSO

SOLUCION TITULADA

Las *Grageas* hacen mas facil el *labor del parto* y *detienen las pérdidas.*

AMPOLLAS ESTERILIZADAS

para *Inyecciones Hipodérmicas*

Ergotina y Grageas de **ERGOTINA BONJEAN**

Medalla de ORO de la Sad de Fia de Paris.

LABELONYE y Cia, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y en todas las FARMACIAS.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE

al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado

El remedio más eficaz para curar las **ENFERMEDADES DEL PECHO** las **TOSES RECIENTES Y ANTIGUAS** las **BRONQUÍTIS CRÓNICAS**

L. PAUTAUBERGE, 9bis, *Rue Lacuée, Paris* Y LAS PRINCIPALES BOTICAS.

Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EXIJASE EL VERDADERO ELIXIR TONICO ANTIFLEMÁTICO DEL Dr GUILLIE

Empleado con éxito desde hace más de ochenta años, contra las enfermedades del *Hígado*, del *Estómago*, del *Corazón*, *Gota*, *Reumastismos*, *Fiebres Palúdicas y Perniciosas*, la *Disentería*, la *Grippe o Influenza*, las enfermedades del *Cutis*, las *Lombrices* y todas las enfermedades ocasionadas por la *Bilis* y las *Flemas*.

Rehúsese todo antiflemático que no lleve la Firma **Paul GAGE**

Depósito General, Dr **Paul GAGE Hijo**, Fco de 1a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris

y en todas las farmacias

HIERRO QUEVENNE

Cura: **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD**

Aprobado por la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS. — El mas activo y economico, el único Hierro INALTERABLE en los paises cálidos

Exigir el Verdadero con el Sello de la "UNION DES FABRICANTS".—14, R. des Beaux-Arts, Paris.

cen la cabeza doce veces para evitar congestion- son alcalinas y ferruginosas, y contienen gran cantidad de ácido carbónico libre y en disolución, pero su temperatura se gradúa según la enfermad.

En los baños de vapor de Kannawamura se meten los bañistas en un edificio de piedra de forma circular, sin más ventilación que un agujero y una puerta muy baja que se cierra herméticamente, y allí aguantan una hora de horrible calor. Al salir se zambullen en una piscina de agua fría para lavarse.

Entre las principales fuentes del Japón figuran Jigoku (El Infierno), y Umi Jigoku (El paso del Infierno), que al brotar forman un lago rodeado de árboles, en el cual se han suicidado muchos japoneses, muriendo verdaderamente cocidos en sus hirvientes aguas.

Cerca de Obama, junto al golfo de su nombre, hay unos baños muy frecuentados por los extranjeros residentes no sólo en Nagasaki sino en varios puertos chinos, que consideran el lugar como un buen sanatorio. En sus al rededores hay muchos manantiales que hacen peligrosa lamarcha para el que desconoce el terreno. Hay también aguas minerales muy buenas en el cráter del Shirane-San, que contienen dos y medio por ciento de ácido clorhídrico libre, y que se recomiendan para los padecimientos del estómago.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias
Jaqueca
Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
607

Libros de Registro para 1905

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadernación, están de venta en esta Empresa.

Precio 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS & Cie — 5 bis St-Denis, 16

COLORES PÁLIDOS AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR RABUTEAU
El mejor y más económico Ferruginoso.
CLIN Y COMAR — PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 612

Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. **Su valor 4 reales.**

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida
—
Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas.
—
Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales.
—
Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Doble manifestación.—Y dos veces respetable es la siguiente firmada por los doctores José I. Cardozo y José Henrique Cardozo, de Caracas:
«Hace mucho tiempo que en nuestra práctica profesional venimos usando la preparación conocida con el nombre de Emulsión de Scott, y en obsequio de la verdad tenemos el gusto de manifestar que siempre hemos quedado satisfechos de los buenos resultados alcanzados con su aplicación, sobre todo como un gran vigorizador de los niños.»

INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA **VINO AROUD** CLOROSIS
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

MANUAL DE HISTORIA DE VENEZUELA
Por Felipe Tejera
—
Avisamos al público que ya está en prensa en los talleres de la Empresa El Cojo la 4ª EDICION de esta importante obra didáctica que ha sido aceptada como texto en los Colegios y Escuelas de la República y que esta Edición está notablemente corregida y aumentada y lleva la narración histórica hasta el fin del siglo XIX.

Los meses en que perdemos pesos

El doctor R. W. Richardson ha estudiado las variaciones de peso que el cuerpo experimenta en el curso del año, durante veinte años consecutivos.

Estas observaciones se han realizado sobre los presos de un correccional que contenía más de cuatro mil individuos; los resultados son casi convincentes, puesto que los individuos examinados estaban sujetos al mismo género de vida, trabajo, alimento, duración del sueño, etc.

Ha confirmado que durante ciertos meses del año el cuerpo experimenta un aumento, y durante otros una disminución de peso.

Las cifras son estas: enero, 0,14 disminución; febrero, 0,24 disminución; marzo, 0,95 disminución; abril, 0,03 aumento; mayo, 0,01 aumento; junio, 0,25 aumento; julio, 0,08 aumento; agosto, 0,70 aumento; septiembre, 0,21 disminución; octubre, 0,10 disminución; noviembre, un aumento pequeñísimo; diciembre, 0,05 disminución.

De los datos se deduce inmediatamente que el peso del cuerpo es menor en invierno que en verano; la disminución comienza en septiembre y el aumento en abrii.

La moneda más antigua del mundo

Ningún aficionado á la numismática podía asegurar hasta hoy que poseía la moneda más antigua del mundo. Y decimos hasta hoy, porque un sacerdote alemán, el reverendo Lohman, jefe de una misión científica en Anatolia ó Asia Menor, paseándose cierto día por una región del Norte de Asiria, tropezó con un aldeano turco que le ofreció, creyendo que era una medalla de plata, una moneda antiquísima.

El sabio misionero, en cuanto leyó en el anverso de la pieza las fatídicas palabras *Panammu–Bar–Rerub* en caracteres arameos, pudo comprobar que este nombre compuesto era el de un rey de Schamal que reinó ochocientos años entes de la era cristiana, y que la moneda en cuestión era la más antigua que se conocía en el mundo.

Era creencia general que los lidios habían inventado el arte de fabricar moneda, pero con el nuevo descubrimiento queda comprobado que los arameos, pueblo semítico, se adelantó muchos siglos á los lidios en el arte monetario.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA
DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO — ANEMIA — CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

y la Dirección 40, Rue Bonaparte, PARIS

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el **Jarabe de Blancard.**

Un nuevo anestésico

Del mismo orden que la cocaína, se ha descubierto últimamente un nuevo anestésico, al cual se ha dado el nombre de *Eucaína.*

Tiene, como una de las mejoras y ventajas, entre muchas, la muy importante de permitir operaciones que no podían practicarse con el cloroformo, por motivo de condiciones cardíacas del paciente. La eucaína se inyecta por medio de una inyección hipodérmica, —subcutánea,—en el punto mismo en que se debe hacer la incisión, y unos momentos después la persona no siente nada, absolutamente nada, anestesiada de un todo por la eucaína.

Una operación verificada en un hospital de Londres con este nuevo anestésico, pudo durar hora y media, sin que nada sintiera la persona que estaba bajo el efecto de la eucaína.

EL ARTE DEL POSTIZO

Creaciones artísticas y seductoras de todos los accesorios para el peinado

M. et Mme. DESFOSSÉ

21 Rue Lavoisier, París

Bello é instructivo catálogo que se enviará á quien lo pida

Sur I - No. 36 Bolsa á Mercaderes

Teléfono 686 CARACAS

GATHMANN HNOS.

Joyería-Relojería-Casa de Óptica

Súrtido más completo

Garantía absoluta

Trato más esmerado

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS DRES JORET-HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fcia G. SÉGUIN, PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

EXIJAN Vds. sobre cada PILDORA BLANCA las palabras: DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las PILDORAS Purgativas y Depurativas del Doctor DEHAUT se toman al comer.

Ningun Regimen. No más Dieta. Las menos COSTOSAS puesto que son las mas activas.

Probar vino por teléfono

M. Mancuvrier, subdirector del laboratorio de la Facultad de Ciencias de París, ha descubierto un método infalible para averiguar, por medio del teléfono, si una cantidad determinada de vino está aguadaó no.

El invento está basado en la conductibilidad variable de diferentes líquidos, que es muy notable en el agua y en el vino.

El aparato funciona de este modo: En una vasija se echa vino, que se tenga la certeza que es puro, y en otra igual cantidad del vino que quiera examinarse, y ambas se colocan sobre un aparato muy semejante á una balanza. Entonces se ponen los hilos del teléfono en comunicación con ambos líquidos y se escucha. Si el vino que se examina es tan puro como el que sirve de comparación, no se percibe ruido alguno en los receptores; mas si por el contrario el vino está aguado, se oye un rumor tanto más pronunciado cuanto más agua tenga. Junto al teléfono coloca el inventor un aparato con una esfera numerada puesto en comunicación con el teléfono, por medio del cual se puede precisar la cantidad de agua que hay mezclada con el mosto.

Varia

El gobierno coreano ha ordenado que todo natural de Corea, sea cualquiera la clase á que pertenezca ó la dignidad que ocupe, vaya siempre vestido de azul ó de colores oscuros.

En Paderborn, pueblo de Westfalia (Alemania), se ha celebrado el centenario del descubrimiento de la morfina por el farmacéutico Adam Sertuerner, el cual hizo sus estudios protegido por el príncipe Federico Guillermo. Descubrió la morfina trabajando en el laboratorio del farmacéutico Cramer. t La Universidad de Jena le premió sus trabajos nombrándole doctor honorario en 1817.

Es de esperar que antes de mucho habrá una ciudad de hombres solteros, en la que no se permitirá la entrada á ninguna mujer en el Estado de Utah.

Una gran expedición de celibatarios se ha establecido con este objeto en las cercanías de Denver.

Recientemente se ha encontrado en el fondo del glaciar de Grossvenediges de los Alpes austriacos el cadáver de un guía tirolés, que hace treinta años resbaló al borde del precipicio. A pesar del tiempo transcurrido, el muerto se conserva en un estado de conservación por todo extremo notable.

Se ha propuesto en París una ley para que todas las lavanderas se pongan guantes de goma cuando estén lavando la ropa.

PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta Empresa artículos de personas á quienes no conocemos. Esto nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y además nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones.

Repetimos hoy nuestra súplica y encarecemos de nuevo á esas personas con quienes no tenemos relaciones: QUE NO NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HEMOS PEDIDO, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

Después de probar todos los engañosos remedios que se anuncian es cuando más se agradece la eficadia RADICAL del Digestivo Mojarrieta, cuya superioridad está universalmente confirmada en las enfermedades del estómago.

Curaciones desesperadas, en personas bien conocidas que lo tomaron durante tres meses, son las que lo han hecho glorioso; pues, un solo estuche produce mejor efecto que una docena de frascos de cualquier otro remedio, porque, además de ser el único verdadero Curativo radical del estómago y del intestino, sin engañosa acción calmante, es Digestivo y Purificador de los alimentos.

Se debe exigir que cada hostia tenga grabado el nombre Digestivo Mojarrieta.

De venta en la Farmacia de **Valentiner y Cª**, Caracas; y en las principales Droguerías de Europa y América.

Un ingeniero naval alemán ha inventado un aparato para evitar el mareo, disminuyendo la amplitud y frecuencia de las oscilaciones de los buques. El aparato se compone principalmente de una rueda volante horizontal, que impulsada por un motor eléctrico, gira rápidamente en el centro de la cubierta. Una rueda de diez toneladas de peso y cuatro metros de diámetro es suficiente para amortiguar los bandazos de un buque de 6.000 toneladas.

En Abisinia hay más de 1.600 kilómetros de líneas telefónicas construidas y cerca de 2.000 en construcción.

Cuéntase que no suelen funcionar los aparatos con regularidad, porque los elefantes se rascan con los postes y los monos juegan con los alambres.

En muchos de los más elegantes restaurants de Londres, los camareros son pagados por la policía para espiar á los parroquianos sospechosos. De esta manera, muchos ladrones y criminales son capturados fácilmente.

A veces, los mismos agentes de policía se contratan como camareros. No hace mucho, uno de ellos obtuvo una colocación en un restaurant del West End, y pudo un día oír en una de las mesas lo bastante de una conversación para reconocer y detener á un caballero de industria que estaba reclamado por las autoridades de varias naciones.

El mismo procedimiento permitió en otra ocasión descubrir el secreto de una conspiración anarquista, en la que se trataba de volar varios edificios públicos.